

BIANCA®

Viejos rencores

Lilian Darcy

Viejos rencores
Lilian Darcy

Viejos rencores (1999)
Título Original: Wanting Dr. Wilde (1998)
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Bianca 1050
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Luke Wilde y Francesca

Argumento:

Luke Wilde había sido un rebelde en su juventud, pero cuando volvió a su pueblo natal a hacerse cargo de la consulta de su padre, era un hombre distinto al que conoció Francesca. Ahora era el doctor Wilde, su único rival, resuelto a demostrar al pueblo que los había condenado a su padre y a él que estaba equivocado.

Cuando el trabajo los reunió, Luke se vio obligado a admitir que había algo más en Francesca que la inocente adolescente que él había conocido. ¿Era posible que ella no supiera que su propio padre había sido el responsable de arruinar la reputación de la familia Wilde?

Capítulo 1

—Acabarás viendo fantasmas en cada esquina —se rió el doctor suplente, Presten Stock.

—¿Fantasmas?

Francesca Brady estaba sorprendida.

—De tu pasado —aclaró él—. No sabía que habías crecido en esta ciudad.

—Sí, pero me fui a los dieciocho años —dijo ella un poco a la defensiva—. Y ahora tengo treinta. Doce años y apenas algunas visitas de vacaciones, ya que mis padres solían irme a ver a Florida. Dudo mucho poder encontrarme con fantasmas.

—Ah, pero es así exactamente como aparecen los fantasmas —él agitó una mano de perfecta manicura—. Cuando no has vuelto. No tienes posibilidades de superar el pasado con recuerdos más recientes.

—Parece como si creyera que mi pasado hubiera sido particularmente sombrío, doctor Stock.

Él pareció considerar aquel corto almuerzo como su oportunidad de hacer sabias afirmaciones acerca de muchas materias. Ya había atacado verbalmente la vida social de Darrensberg, sus oportunidades de compras y a muchos de sus ciudadanos. ¡Ahora le había tocado a ella!

—Cariño, todo el mundo tiene un pasado sombrío.

—Yo no —dijo ella con ardor—. Yo tengo un pasado muy agradable. Una madre estable y cariñosa, un padre con éxito y respetado en su profesión y un hermano y hermana mayores con los que me llevaba muy bien. En definitiva, una infancia feliz. No habrá fantasmas.

—Si tú lo dices…

Hubo un breve silencio mientras los dos empezaban el plato principal. Francesca había decidido invitar al doctor Stock al mejor restaurante de Darrensberg como gesto de despedida, pero estaba empezando a pensar que no se lo merecía. Él había cotilleado de todo lo que se movía bajo el sol, pero apenas había hablado de la consulta de familia que había llevado durante tres meses y de la que ella iba a hacerse cargo. ¿Por qué su padre lo habría escogido a él? Le preocupaba un poco. Decidió devolver la conversación a los temas profesionales sin rodeos y empezó con rapidez después de tomar un bocado de exquisito salmón:

—Bien, el ataque al corazón de mi padre fue a finales de febrero y usted se encargó de la consulta entonces. Dentro de un minuto me

gustaría que me hablara de los pacientes que considere que debe darme alguna información especial, pero aparte, ¿hemos perdido pacientes desde el fallecimiento de mi padre? ¿Ha mostrado alguien insatisfacción por el cambio? —decidió ser un poco más diplomática—. Después de todo, fue tan repentino… Comprenderá que papá estuvo aquí de médico durante cuarenta años. Le dejarían claro desde el principio que yo me encargaría de la consulta en cuanto terminara mi residencia de prácticas en New Jersey, ¿verdad?

—Sí, lo sé —respondió Presten—. ¡Dios, no puedo imaginar que alguien piense quedarse aquí para siempre! Y en cuanto al descontento o perder pacientes, no que yo sepa. ¿Y pacientes especiales? Cuando volvamos miraré el libro de citas de la señora Mayberry para recordar los casos que le harán tomar un frasco de píldoras contra el dolor de cabeza aunque hay un par de ellos que le podría contar ya mismo. Y también le he dicho a todo el mundo que la hija de Frank Brady se encargaría de la consulta desde junio, pero no he oído muchos comentarios, la verdad. Por eso saqué la conclusión de que tu padre debió venir aquí cuando tú ya te habías ido de casa. Evidentemente eras una niñita buena y no dejaste mucha impresión en la conciencia colectiva de Darrensberg.

—¡Yo no era ninguna niñita buena! —de verdad, aquel hombre era imposible—. Era… un poco tímida, eso es todo, y la hija menor.

Pero para sus adentros, tenía que admitir que Presten Stock tenía cierta razón. Aparte de su indudable timidez, había sido una niña terriblemente buena de pequeña e incluso de adolescente, siempre obediente, siempre limpia y con el pelo rubio recogido, siempre con los deberes hechos a tiempo y nunca había creado ningún tipo de escándalo.

Se estremeció y se sintió un poco sorprendida por los recuerdos.

Y en cuanto a la conciencia colectiva de Darrensberg, desde luego, tampoco pensaba causar ninguna impresión ahora.

—En cuanto a lo de perder pacientes por la transición —estaba diciendo Presten Stock—, es muy improbable. ¿A dónde iban a ir? ¿Conducir hasta Wayans Falls? Oh, es cierto que está el doctor Wilde, pero hasta ahora no me parece que sea mucha competencia. La gente no ha dicho ni una sola palabra buena de él.

—¿El doctor Wilde? —preguntó ella con asombro—. ¿Pero cómo puede seguir trabajando? Perdió su licencia hace años. O al menos…

Frunció el ceño.

Su padre le había mantenido informada de lo que ocurría en el

pequeño mundo médico de Darrensberg y los pueblos cercanos, pero, para ser sincera, no siempre había prestado mucha atención. Recordaba en concreto, un par de visitas de sus padres a New York en la época de sus exámenes y que ella apenas había sido capaz de mantener los ojos abiertos durante la cena.

Los problemas médicos de un pequeño pueblo rural habían sido como una tempestad en una tetera comparado con sus exámenes finales, ya que en aquella época, antes de la enfermedad de su padre, ella no había pensado que acabaría en Darrensberg.

Continuó con menos seguridad:

—Como mínimo, debería estar retirado por lo que yo sé. Era más viejo que mi padre.

—¿Viejo? Este doctor Wilde no, querida —el doctor Stock se rió—. Quizá sea su hijo.

—¿Su hijo? ¿Adam?

Estaba un poco desconcertada. Su padre no se lo había mencionado. ¿Qué le había contado su padre? Su voz había sido tan débil después del ataque al corazón cuando yacía en una cama de hospital en Nueva York… En aquel momento, sin haber aceptado el estadio de su enfermedad, todavía creía que volvería a trabajar en unas cuantas semanas.

Sólo cuando había conseguido que su hija prometiera que se encargaría de la consulta había aceptado retirarse. E incluso entonces, Francesca y su madre habían tenido que conspirar para que dejara de preocuparse y obsesionarse por la consulta, lo que ahora le dejaba con la penosa impresión de que no sabía tanto de la situación del pueblo como debería.

—Pensaba que había estudiado Derecho —murmuró.

Él se había ido a la universidad a Boston cuando ella tenía once años, mucho antes de la aparente degeneración profesional de su padre.

—No, no Adam Wilde —estaba diciendo el doctor Stock—. Su nombre es Luke.

—¿Luke? ¿Luke Wilde? ¿Médico? Eso es… —se rió con incredulidad. Que Adam Wilde se hubiera hecho médico era sorprendente, pero Luke…—. Imposible. Luke era… Era…

Se detuvo recordando exactamente como era Luke Wilde quince años atrás.

Preston la estudió y luego se rió.

—¡Ahí lo tienes! ¿Qué te decía? ¡Los fantasmas! Y unos poderosos, a juzgar por la expresión de tu cara.

—No son fantasmas —aseguró ella con sequedad—. Nadie ha

muerto. Estaba sólo… asombrada, eso es todo. Luke Wilde dejó la escuela. Montaba una Harley Davidson y había rumores acerca de drogas. Se relacionaba con mala gente. ¡No puedo creer que ahora sea médico!

—¡Se relacionaba con mala gente! ¿Y no es esa expresión de una niñita buena?

Esa vez ella no se molestó en negarlo. Estaba demasiado ocupada pensando en Luke Wilde y los fantasmas con los que había bromeado Preston Stock se estaban arremolinando en su mente como una bandada de pájaros.

Luke.

¡Ella había estado terriblemente colada por él! ¿O debería decir maravillosamente? ¡oh, Dios! Y le había durado años. Ella tenía trece cuando había empezado mientras que él tenía diecisiete y no había acabado hasta…

Ahora que lo pensaba y si tenía que ser sincera, no había acabado hasta que ella se había ido a la universidad de Nueva York a los diecisiete, aunque Luke había superado hacía tiempo aquella etapa, y su enamoramiento había sido alimentado sólo por dos años de recuerdos. La imagen de él pasando en su rugiente moto, su sensual presencia en su porche trasero cuando merodeaba en las noches de verano, para constante desaprobación de sus padres, con su hermano Chris y más poderosamente, aquella tarde incandescente en que la había besado.

¡Oh, gracias a Dios que había salido de aquello! Soñar con él toda la noche, analizar de forma obsesiva cada insignificante palabra que le hubiera dicho, sentarse en los escalones de la puerta aparentando leer cuando lo único que esperaba era verle pasar.

Si pasaba con la moto, o, por milagro de los milagros, diera la casualidad de que fuera a buscar a Chris y con condescendencia decidiera hablar con ella, quedaba tan alterada que era incapaz de cenar esa noche ocupada con las fantasías adolescentes de poder cambiar aquella rebeldía suya con el poder de su amor y casarse con él en una nube de gloria y tul blanco alejándose a la puesta de sol en aquella diabólica máquina suya. Aunque, ahora que lo pensaba con cinismo, aquella rebeldía era su mayor atractivo.

Sonrió mirando los raviolis. ¡Sí, gracias a Dios que había salido de aquello!

Ni siquiera podía recordar ya su cara, sólo una turbia imagen de su joven cuerpo masculino envuelto en cuero y un par de enfadados ojos azules. Aunque había servido para un propósito en su vida. Sus fantasías acerca de él habían gobernado sus hormonas alteradas y la

habían cargado del deseo de demostrarle quién era ella.

Como había sido, definitivamente la más horrible de las niñas buenas de Darrensberg, aquella forma de sobresalir había tomado la forma de estudiar duro, lo que le había permitido ingresar en la facultad de medicina de la Columbia University. Luke Wilde se había desvanecido en aquella época y no se hablaba de él salvo con el humor más negro. ¿No había tenido un serio accidente de moto en New Jersey?, había creído oír.

Y aunque ahora tenía que agradecerle sus buenos resultados en la especialidad de Medicina de Familia, por increíble que pareciera, él lo había conseguido también.

Sin embargo, seguía sin poder creerlo. ¿Cómo sería Luke Wilde ahora, quince años después? Su imaginación no conseguía reproducir ninguna imagen.

—Y en cuanto a los pacientes que te he mencionado, hay un par de auténticos horrores —estaba diciendo Preston Stock.

Francesca comprendió con culpabilidad que él había estado haciendo exactamente lo que le había pedido y ella no había escuchado una sola palabra aunque había asentido dos veces con cortesía.

En ese momento, procuró concentrarse.

—¿Sí? ¿Quiénes son?

—Bueno, el primero y más importante, Sharon Barón.

—¿Quién?

—Sharon Barón. Sus padres debieron creer que la rima hacía un nombre bonito y me ha dicho que tiene un hermano que se llama Carón, pero hasta ahora no he tenido la buena suerte de conocerle. Aunque veo a menudo a su hermana.

Preston procedió a ejercitar su crueldad lingüística a expensas de sus futuros pacientes unos quince minutos más, pero ella se lo había buscado, así que no podía quejarse.

Mientras tomaba el café y saboreaba la deliciosa tarta de caramelo, no podía dejar de pensar en el hecho incongruente de que Luke Wilde se hubiera hecho doctor.

Cuando Presión terminó su resumen, Francesca frunció el ceño y comentó con el tono más casual que pudo:

—Me dijiste que no había mucha competencia porque Luke…, el doctor Wilde era muy impopular. ¿Por… por qué exactamente?

—¡Oh! —Presten se encogió de hombros—. Tú misma lo has dicho. Por su juventud salvaje. La gente no olvida. Los rumores son bastante desagradables. Y si el viejo doctor Wilde perdió su licencia por negligencia, eso no lo he oído. ¡Es jugoso de verdad! Me

pregunto qué haría. En cuanto al caso de Luke, drogas, por supuesto. Siempre que alguien es impopular aparecen rumores de drogas, que cubre su adición con recetas falsas, ya sabes ese tipo de cosas… Quizá en este caso sea cierto.

—Yo… lo dudo —respondió ella sintiéndose un poco decepcionada y hasta horrorizada ante la idea.

¿Es que todavía después de tantos años se tomaba de forma personal no haberlo reformado como en sus tontas fantasías adolescentes?

Pero no, no podía reírse de eso. El que un doctor tomara drogas era un asunto muy serio. Luke había sido salvaje, pero no, seguramente no del tipo de los que abusaran de su profesión de tal manera.

Siguió hablando con cuidado de mantener un tono neutral:

—¿No será que has hablado con la gente equivocada?

—Quizá —su colega se encogió de hombros. No parecía interesarle aquel rumor en concreto—. Debo decir que en las dos ocasiones que nos hemos visto, no he observado ningún síntoma de nada.

—Bueno, debo llamar o pasarme para ponerme en contacto con él —murmuró en voz alta—. Parece que hubo una cierta rivalidad entre papá y el viejo señor Wilde hace veinte años, pero ahora es una tontería. Hay suficiente sitio en la ciudad para dos médicos. Deberíamos ser amigos… o amistosos colegas, al menos. Estoy segura de que ese asunto de drogas…

—¡Oh, sin duda! ¡Todo se exagera en un pueblo pequeño como este! No me gustaría saber lo que cuentan de mí —Presten había terminado el café y se removía inquieto—. Ahora, si no te importa, quiero irme a Nueva York esta tarde. Empezaré en una bonita consulta de dermatología de Manhattan el lunes y tengo que ponerme al tanto de la consulta.

—Claro —asistió ella.

Francesca veía que él ya miraba hacia el futuro borrando de su vida a Darrensberg y a sus ciudadanos.

Aquel tiempo le había dado tres meses de empleo entre dos trabajos de verdad, así como un poco de diversión, pero eso era todo.

Y no es que pudiera culparle por sentir aquello. En su puesto de interino, nadie se involucraría seriamente. Darrensberg contenía su futuro profesional, no el de él. Y evidentemente contenía el futuro profesional de Luke Wilde también. Seguía encontrándolo difícil de creer.

La consulta del viejo doctor Wilde y su residencia estaban a sólo media manzana de la consulta Brady, pero la de su padre estaba más cerca del centro del pueblo, así que Francesca y Presten no tuvieron que pasar por delante al volver del restaurante. La gran casa victoriana de los Wilde estaba un poco apartada de la calle también, así que aunque miró de soslayo no pudo ver nada.

—La única cosa que te envidio —dijo Preston al avanzar a lo largo del costado de la casa hasta la entrada de la consulta—, es esta casa. Yo estaré viviendo en un apartamento de una sola habitación de Manhattan desde esta misma noche.

—Sí, siempre me ha encantado. Como la casa de los Wilde, la suya era una mansión imponente del siglo pasado cuando la madera de los magníficos bosques que cubrían las montañas Adirondach, habían hecho al pueblo próspero.

En la actualidad, Darrensberg era menos próspero, pero mucho más habitable y el dinero provenía del turismo: esquí en invierno y naturaleza y deportes acuáticos en el río Hudson y los numerosos lagos de la región en verano.

La mayoría de los edificios Victorianos se conservaban en pie. Algunos habían sido reconvertidos en hostales y restaurantes, como el de los Gables donde acababan de comer, pero otros seguían teniendo negocios como el de su casa y por desgracia, unos cuantos, estaban a punto de desmoronarse cualquier día.

De todas aquellas casas, la casa Brady era la favorita de Francesca, en parte porque era la suya y en parte porque sus padres la habían conservado muy bien con el transcurso de los años.

El otoño anterior, antes del infarto de su padre, había mandado pintar toda la casa con los últimos colores de diseño, había actualizado la caldera y había remodelado por completo la cocina, lijado los suelos y reparado un par de puntos débiles del precioso tejado de pizarra. Aparentemente había habido problemas: el primer contratista se había arruinado y no había terminado el trabajo ya pagado y su padre se había sentido obligado a supervisar al segundo contratista con extremo cuidado.

—Lo que fue demasiado para él —había comentado su madre en el hospital—. Quizá si no hubiera tenido todo ese estrés, el corazón le hubiera aguantado. Y simplemente fue incapaz de delegar. Ya lo conoces. No puede creer que los demás sean competentes y honrados a la vez y cuando pasa algo como lo de ese horrible hombre de la cocina, encima se lo confirma.

Las manos temblorosas de su madre se habían extendido con

impotencia y Francesca se había temido por la salud de su padre tanto como por la de ella.

—¡No le dejes preocuparse por la consulta, Francesca! —había rogado la señora Brady—. Si empieza a hablar de ello, córtale. Dile que ya está todo solucionado. Y recuérdale que ahora estás más cualificada tú de lo que está él.

Y lo había tenido que hacer. Durante los pasados meses había tenido montones de llamadas desde Florida, donde sus padres habían fijado su residencia permanente en el apartamento de vacaciones. Había sido una etapa difícil y ahora que había conocido al doctor Stock comprendía que su padre había tomado las decisiones bajo las peores circunstancias.

«Debería haber buscado yo misma al suplente», pensó arrepentida.

Preston y ella llegaron a la entrada de la sala de espera al mismo tiempo y los dos se quedaron indecisos. Francesca ganó y eso le pareció significativo. ¡Aquel era el momento en que definitivamente se había hecho cargo!

Presten hojeó el cuaderno de citas y recordó a algunos pacientes más de los que debía comentarle cosas, actualizó el contenido del botiquín así como los méritos de algunos representantes farmacéuticos que acudían de forma regular y le señaló el horario de atención al público. En aquello, parecía haber seguido los procedimientos de su padre al pie de la letra, pero ella pensaba introducir algunos cambios. Quería imponer su propia estampa en la consulta.

Entonces Presten dio:

—Y aquí estás las llaves. Probablemente las recordarás y la forma en que abren. Esas cosas infantiles van primero.

—¿Cómo los fantasmas? —no pudo evitar decir ella.

—Como los fantasmas. Ahora, ya tienes mi dirección de Nueva York por si necesitas algo. ¿Te importa que me vaya ya?

—No. Como bien has dicho, te puedo llamar si te necesito y yo también tengo que empezar a desempaquetar.

Ella acababa de llegar esa misma mañana. Había enviado sus posesiones más pesadas el día anterior y se había llevado lo más ligero en el coche con ella.

Presten Stock se despidió por última vez y le dijo que se mantuviera en contacto como si temiera que no fuera a dejar de llamarlo durante las dos semanas siguientes.

Entonces desapareció dejándola enfrentarse en silencio a aquella gran casa victoriana y a la imagen de sus cosas apiladas en el

imponente recibidor.

Debería ponerse directamente a ello. Debería, pero no lo hizo. Se sentía bastante inquieta y se estuvo paseando por la casa más de media hora, admirando la nueva pintura, redescubriendo las habitaciones familiares y fijándose en los muebles que habían dejado sus padres y en los que se habían llevado a Florida.

Presten había atendido a las citas de esa mañana y no tenía más pacientes hasta el lunes o sea que le sobraba tiempo. Y de repente se le ocurrió pensar si Luke Wilde estaría en casa.

Podría ir a verlo. En ese mismo momento. Podría presentarse y examinar al hombre que sin razón, con un poco de suerte, atraía tan desagradables comentarios. Enterraría la antigua rivalidad profesional entre Brady y Wilde y empezaría a forjar una relación profesional positiva y productiva con su nuevo colega y su antiguo amor.

Sonrió ante aquella idea sintiendo la fuerza de su nueva posición allí y del indulgente orgullo ante la primorosa y tímida muchacha que había sido y que se había permitido tener fantasías tan apasionadas. ¡Luke se hubiera reído a carcajadas si lo hubiera sabido! Y ella se hubiera muerto mil veces de vergüenza si sus tiernos sueños hubieran sido expuestos al escrutinio de la gente malévola. ¿Cómo serían las cosas ahora?

Había una forma de averiguarlo. Cerrando la casa de nuevo, se dirigió calle abajo bajo el ardiente sol del mediodía de finales de mayo. La gente estaba cortando su césped, quizá por primera vez desde el invierno y el aire olía a maravillosa hierba recién cortada. Quizá Luke estuviera cortando también su césped.

Aquella imagen era muy doméstica y al instante pensó que podría estar casado. Incluso podría tener hijos. Ahora tendría treinta y cuatro años. De repente su impulso le pareció más enfrentado al desastre y seguía sin hacerse una idea física de él.

Quizá fuera un error hacer aquello. ¿Cuál sería la verdad de las antiguas quejas de su padre acerca de la profesionalidad del doctor Wilde y sus malos augurios? En las pocas ocasiones en que ella le había preguntado, había sido evasivo y le había dicho que no se preocupara. Se preguntó cuándo se habría hecho cargo de la consulta Luke Wilde. Su padre no se lo había mencionado. Era posible que ni siquiera lo supiera. Quizá hacer aquello fuera un error.

Pero acobardarse le hacía recordar a la tímida chica de quince años que lo había visto por última vez y siguió adelante con aire de resolución.

Entonces unas doscientas yardas más adelante la mansión de los Wilde apareció a la vista y fue su segunda sorpresa del día.

Al principio no podía creerlo. Quizá sus recuerdos estuvieran equivocados y aquella casa fuera la de los Keating. Pero no, la estructura era la misma y su emplazamiento le sonaba familiar. Sin embargo los detalles…

El porche que rodeaba toda la casa estaba ruinoso y la mitad de sus decorativos ornamentos de madera habían desaparecido. La magnífica madera de la que estaban construidas casi todas las casas victorianas de la zona, estaba pelándose y en mal estado. El precioso jardín de antaño estaba salvaje aunque notó que habían cortado el césped recientemente; había cristales rotos en el piso de arriba y faltaban tejas en el alero.

¿Sería aquel el resultado del escándalo que había alejado al doctor Wilde de la profesión médica? Las pocas veces en que había pensado en aquello, no había considerado algo así. Vaciló. ¿Debería darse la vuelta? No, porque podrían haberla visto desde alguna ventana…

Sin embargo, ¿qué puerta debía intentar? ¿La imponente y vieja de la entrada principal? ¿O la lateral, que era en su tiempo la que daba a la sala de espera, consulta y oficina? Entonces vio que la segunda estaba abierta y eso decidió por ella.

Subiendo los escalones laterales, pensó que de todas las emociones que había esperado sentir cuando se encontrara con Luke, aquella era la única en que no había pensado: la lástima.

No había nadie en la arruinada sala de espera, pero había un timbre antiguo bastante bonito en el mostrador y un cartel pintado con esmero que decía: Llame y espere, por favor.

Francesca vaciló deseando haber hecho lo más sensato: llamar antes por teléfono. Si hubiera pensado que las cosas estarían así, nunca se hubiera presentado de aquella manera.

¿Debería llamar a aquel timbre? Escuchó inmóvil. Todo estaba muy silencioso. Quizá, si no aparecía nadie, podría dar la vuelta y salir a la calle.

Sí, eso sería lo mejor. Empezó a retroceder de puntillas, pero una tabla crujió bajo sus pies y escuchó un movimiento desde la oficina, un cajón cerrarse y un sonido que reconoció, pero que no tuvo tiempo de identificar. Un momento después, mientras seguía de espaldas, escuchó una voz masculina que dijo con grave cortesía:

—¿Puedo ayudarla?

Con el corazón desbocado, se dio la vuelta sintiéndose como un ladrón pillado con las manos en la masa y se enfrentó a él muda de

asombro.

Sí, definitivamente era Luke Wilde, mirándola mientras se abrochaba un gemelo de la camisa. Luke, el hombre que le había robado tantas horas de sueño.

Él la miró un momento mientras ella buscaba con desesperación algo que decir y entonces, aquella grave voz sonó de nuevo con incredulidad:

—¿Chess? ¿Chess Brady?

Capítulo 2

Chess. Nadie le había llamado así en, años. Incluso su hermano, Chris que era el que le había puesto el apodo, ya no lo usaba, aunque por supuesto lo había usado quince años atrás y por eso la conocía Luke Wilde con ese nombre.

—Me sorprende que me hayas reconocido —consiguió decir.

—¡Oh, sí! —replicó él con ligereza—. Tardé uno o dos segundos. El tiempo se paralizó, como suelen decir —su sonrisa era un poco cínica—. Pero la verdad es que no has cambiado mucho. Sigues siendo la preciosa princesa rubia.

Era tan desdeñoso que ella gimió horrorizada y sintió que la rabia le coloreaba las mejillas.

—Creo que soy algo más que eso —extendió la mano con formalidad—. Ahora soy la doctora Francesca Brady y estoy al cargo de la consulta de mi padre.

—Ya lo sé. ¿Cuándo empiezas?

—El lunes.

—Lo había oído, desde luego, pero no pensaba que fuera tan pronto.

Él no le había tomado la mano, pero que la ahorcaran si pensaba permitirle aquel pequeño juego de poder. Ella ya no tenía quince años ni estaba dominada por un enamoramiento. Mantuvo la mano extendida y clavó la mirada en la de él, todavía azul y enfadada. Después de un momento y con desgana y frialdad, Luke estiró la suya.

Había recuerdos y electricidad en su contacto y Francesca quedó sorprendida. ¿Se habría dado cuenta él?

Por suerte parecía que no. Él había retirado la mano tan aprisa como la decencia aconsejaba y seguía mirándola con el mismo desdén con que había hablado.

Ninguno de los dos dijo una palabra. De nuevo era una batalla de voluntades y eso le dio tiempo a fijarse con incredulidad en los cambios que se habían operado en él.

Sus recuerdos eran tan vividos que casi había esperado verlo todavía vestido de cuero y con un casco bajo el brazo. Pero por supuesto, no estaba así. Sin embargo, aquella imagen peligrosa había sido su mayor atractivo y su atuendo convencional de ahora parecía un disfraz, como el de los jóvenes delincuentes al presentarse ante un juez después de haber robado un coche.

Llevaba unos pantalones de color gris pálido, camisa blanca y zapatos de cuero negro muy brillantes. ¡Y hasta corbata, por Dios

bendito! Pero se olvidó de la ropa porque no podía pertenecer al Luke Wilde que ella había conocido.

Y sin embargo, le quedaba bien. Parecía… bueno, increíblemente masculino y capacitado y el cuerpo que cubría aquella ropa era fuerte y bien formado.

—Tengo algunas citas ahora —dijo él por fin—. ¿Hay alguna razón en particular por la que hayas venido a verme?

—Oh. ¿Tienes algún paciente dentro?

—En este momento no.

—Entonces… entonces…

Francesca estaba decidida a superar el horrible y hostil comienzo, pero él no se lo estaba poniendo nada fácil. Deliberadamente, para mantener el terreno, recordó el estado de prosperidad de su consulta comparada con el estado ruinoso de la de él. ¡Luke Wilde no tenía ninguna razón para sentirse superior!

—Pensé que debíamos vernos para hablar. Nuestros padres nunca se llevaron bien personal o profesionalmente, ya lo sé, pero Chris y tú erais amigos. Yo siempre he tenido muy… bueno, cálidos recuerdos de ti, Luke y pienso que podemos ejercer los dos con éxito en Darrensberg. Aquí hay suficientes pacientes para los dos y espero que tengamos interés en áreas diferentes. Hasta podríamos enviarnos ocasionalmente pacientes el uno al otro. Por ejemplo, antes de empezar medicina de familia, hice un año de prácticas en…

—¡Por Dios! ¡Esto no puedo creerlo! —la cortó él con dureza—. Acabas de llegar al pueblo con todos tus títulos, a heredar a todos los clientes leales de tu padre y encima piensas que podemos ser amigos. Colegas. Intercambiar pacientes. Lo siento, pero no puedo aceptarlo.

—¡Pero hay sitio para dos médicos!

—Eso díselo a tu padre.

—Mi padre no tiene nada que ver con esto y de todas formas, no tengo intención de involucrarle —le enfureció que metiera a su padre en aquello—. Tuvo un serio ataque el corazón hace cuatro meses y sólo se le pudo convencer de que se retirara prometiéndole que yo me pondría a cargo de la consulta. Ahora, yo no conozco toda la historia de… —vaciló porque era un tema para tratar con tacto—, del cese de tu padre, pero seguramente no tendrá importancia ya. ¡Desde luego, yo no pienso repetirla! Nosotros somos la generación siguiente, podemos empezar de nuevo y hacer que esta vez salga bien. Yo… no entiendo por qué estás tan enfadado.

—No, es evidente que no —ella se encogió ante su tono de voz y Luke lanzó una carcajada—. Te estoy asustando, ¿verdad?

—No, no podrías. Creo que te valoras demasiado. Aunque debo admitir que me estás preocupando.

—Sí, eso ya lo noto. Te has quedado con los ojos como platos. ¡Dios, igual que hace quince años! De tal padre tal hija. Yo siempre fui el chico malo de la película, ¿verdad? Tú no podrías entenderlo porque no has hecho ni una sola cosa mala en tu vida. Y la forma que tenías de mirarme… Como si fuera a comerte. Hubo un par de veces en que me sentí muy tentado de…

Se detuvo abruptamente antes de que ella pudiera adivinar qué iba a decir. De alguna manera, sin embargo, la pasión que subyacía en sus palabras le había traído un vivido recuerdo del día en que la había besado.

¡Pero Luke no podía estar pensando en aquello en ese momento! Ahora sin embargo, aquel recuerdo había retornado con toda su fuerza y para su horror, sintió que los pezones se le endurecían como dos botones al pensar en aquel largo y mágico momento en el jardín de sus padres.

Debería haber sido divertido con aquella clásica receta: el joven rebelde y de mala reputación y la chica inocente y obediente. La penumbra del jardín al atardecer y el raro y único momento en que la había pillado por sorpresa después de llevar meses planeando ella cómo hacerlo.

¡Y cómo había aprovechado él la oportunidad! Podría haber sido torpe, pero no lo había sido. Recordaba cómo había alzado la vista para comprobar que nadie los estaba mirando. Entonces había avanzado hacia ella con fluida y sombría gracia, le había tomado la cara entre las manos y le había atraído la boca hacia la suya con rapidez como si supiera que en un minuto, la oportunidad podría haberse escapado.

A ella no la había besado nadie todavía. Ni siquiera había estado a punto. Apenas tenía quince años. No tenía ni idea de que pudiera sentirse tan embriagada, física y primitivamente excitada. Había jadeado, al principio se había paralizado y entonces había empezado a devolverle el beso de forma febril estirándose porque él era bastante más alto que ella.

Y entonces… había intentado aferrarle el pelo como había visto hacer en las películas. Dios, su repuesta había sido tan inepta. Pero él llevaba el pelo muy corto en aquella época y no había encontrado en qué enredar sus dedos, sólo una sensación suave y un olor a champú balsámico.

En aquel momento, antes de que pudieran durar los milagrosos actos, habían escuchado los dos la voz de su madre un poco alta y apremiante.

—Chessie, ¿dónde estás?

Luke había apartado la boca de la suya y se había desvanecido entre las sombras sin haber intercambiado una sola palabra con ella durante todo el episodio.

Podría parecer ridículo, pero seguía siendo uno de los recuerdos más poderosos de su vida junto con el de la primera vez que había ayudado a traer un niño al mundo y la primera que había visto morir a un hombre.

¿Habría sido su vida tan sencilla y carente de drama? Incluso en ese mismo momento tenía las palmas de las manos mojadas y necesitaba con desesperación sentarse, pero la silla estaba demasiado cerca de él para su tranquilidad.

Era, de hecho, la vez que más cerca había estado de él después de aquella noche memorable.

Pero seguramente sería lo último en que estaría pensando él.

—Mira, ¿podríamos tomar un café o algo así? La verdad es que me gustaría…

—¡No, no podríamos tomar ningún café! A pesar de lo que he dicho, sigues insistiendo en pensar que nuestro futuro en este pueblo va ser una acogedora colaboración profesional, ¿verdad? Pues no va a ser así, Francesca. Hace quince años, tu ingenuidad hubiera sido… —vaciló e inspiró con intensidad—. Dulce. Ahora vuelve a la realidad, ¿de acuerdo? A mí me caía muy mal tu padre y lo despreciaba mucho más que nadie que haya conocido. No voy a decir que sienta eso por ti, pero no me va a encantar ser testigo de cómo tu clínica prospera mientras que yo me estoy dejando los… bueno, trabajando como un loco sólo para sobrevivir. ¿Es que no lo entiendes?

—Yo… Sí, supongo que puedo entenderlo —concedió totalmente despistada.

¿Por qué era su padre el causante de aquella hostilidad? Era el padre de él el que había perdido la licencia por negligencia, ¿no? Luke debía estar equivocado. De repente sintió un poco de lástima por él.

Fuera lo que fuera en lo que estuviera equivocado, en algo tenía razón: su consulta tenía un aire de fracaso total.

Luke había dicho que aquellas eran horas de citas, pero, ¿qué médico con éxito citaría los sábados por las tardes? Y desde que ella había llegado allí no había visto rastro de ningún paciente ni a

ninguna enfermera recepcionista. Evidentemente aquellos puestos estaban cubiertos por el cartel de: Por favor siéntese y llame al timbre.

Sí, definitivamente sentía lastima por el.

Luke estaba frunciendo el ceño al mirar a su reloj. Era evidente que quería que se fuera.

—Bien, no tomaremos café, pero dame alguna información, por favor Luke. La última vez que te vi… habías abandonado la escuela y estabas trabajando de mecánico de motos. Entonces te fuiste de la ciudad, ¿verdad? Y ahora eres especialista en medicina de familia. No debe haber sido fácil.

—En eso tienes razón —emitió una corta y áspera carcajada, pero no de diversión—. Tuve que terminar la secundaria, la universidad, la facultad de medicina. Intenté hacer la especialidad de endocrinología y estudié un año y medio, pero luego decidí que necesitaba más variedad. Pero cuando ocurre algo que te trastoca la vida por completo, tienes que tener una motivación muy fuerte para dar el paso siguiente.

—¿Y qué te pasó, Luke? No creo haberlo oído. ¿Fue una… conversión religiosa o algo así?

Él se rió con impaciencia.

—¿Una conversión religiosa?

—Hay gente a la que le pasa.

—¿Y por qué se te ha ocurrido eso? ¿Por mi ropa? ¿No pensarías que seguiría vistiendo de cuero negro?

—No, por supuesto que no. Yo…

—En ese caso, ¿Por qué vas tú vestida con ese elegante traje azul marino? ¿Por qué no sigues llevando esos vestidos de adolescente que dejaban pasar la luz —se paró y se rió—. ¡No importa! Me visto así con la terca esperanza de mejorar mi imagen en este pueblo. Pero hasta ahora no ha sido así. Menos mal que ya me siento bastante cómodo vestido así. Pero, de vuelta a tu pregunta inicial, no fue una conversión religiosa. Yo estaba… convencido de que irse de este pueblo era una buena idea. Y aunque eso no me costó mucho, las dificultades aparecieron después, en Nueva Jersey. Mi hijo murió —terminó con voz ronca.

—¡Oh, Luke!

—Está bien. Hubiera sido peor si hubiera vivido. Era prematuro y su madre era una yonki. Tuvimos un accidente de moto y ella se puso de parto con diecisiete semanas de adelanto sin ninguna esperanza de supervivencia. Y ahora, si no te importa, te diré un cortés y profesional adiós. A menos que esté muy equivocado, estoy

a punto de tener un paciente. Aunque no te preocupes, no creo que sea de los que a tu padre le hubiera importado perder. Es muy improbable que pague.

—¿Qué? —gimió ella aturdida ante su tono rudo—. ¡Como si me importara a mí! Yo estoy perfectamente dispuesta a trabajar con pacientes del seguro.

Ya estaba volviendo a ponerse furiosa, pero él la estaba ignorando y se había acercado a abrir la puerta. Una mujer muy mal vestida, casi desdentada y embarazada, de cerca de cuarenta años, estaba avanzando con torpeza por la acera de cemento que bordeaba la casa. En la acera había aparcado un coche destartalado.

Debió ser el chirrido o el portazo de la puerta del coche lo que había alertado a Luke de su llegada.

—¡Hola, Karen! —la recibió con una alegre sonrisa. Francesca recordaba aquella sonrisa que le aceleró el pulso incluso aunque no se la hubiera dirigido a ella.

—Pase.

—¡Oh, doctor Luke! —la mujer se iluminó de alivio y su áspera cara se suavizó—. Menos mal que me ha recibido. Desde luego no me siento nada bien hoy.

Y nada más decirlo, se desplomó en el suelo.

Luke y Francesca reconocieron lo que pasaba al instante, pero fue él el que se puso al mando.

—Sujétala. Iré buscar algo para que muerda. No dejes que se haga daño a sí misma. Debe tener la tensión por las nubes. Voy a buscar valium.

Luke estaba sacando llaves de un bolsillo y desapareció por el corredor hacia la puerta de un pequeño dispensario.

—¿Una ambulancia? —preguntó Francesca aprisa.

—Sí, porque puede que haya que ingresarla —le pasó el plato de mordida y Francesca se lo introdujo con cierta dificultad.

—¿Cuánto le falta para salir de cuentas?

—Una semana, dos como máximo. No puedo recordarlo con exactitud.

Luke bebió una botella de zumo de naranja y comió un sándwich de mantequilla de cacahuete como si en ello le fuera la vida.

Comer le parecía muy inapropiado bajo aquellas circunstancias y dijo con leve tono de acusación:

—Pero seguramente… ¿No la has atendido en cuidados prenatales?

—Cuando consigue acudir a sus citas sí, pero lleva cuatro

semanas sin venir. Creo que su novio debe haberse ido del pueblo con el coche. No pierdas el tiempo con esta historia. ¡Llama a la ambulancia!

—¿Llamar?

—Ahí mismo.

Señaló la mesa y desapareció en otra habitación a lavarse las manos. Ella marcó el 911 balbuceando un poco al tener que dar los detalles.

—Calle State. La vieja casa blanca. La casa de los Wilde.

—Número 135 —informó él con tensión al volver con una jeringuilla de valium que le suministró en el acto. A los cinco minutos, los estertores habían remitido y pudieron quitarle la bandeja de mordida que había evitado que se mordiera la lengua, pero Luke ya le había metido una buena dosis del medicamento.

—Ya se le ha pasado bastante. Tendremos que monitorizarla con mucho cuidado.

—Y al bebé.

—Y al bebé —acordó él.

—También tenemos que moverla —dijo Francesca.

—Eso no va a ser fácil. En su última visita creo que pesaba ciento veinte kilos. Espero que seas más fuerte de lo que pareces.

Por suerte, él era fuerte. Hicieron rodar a Karen sobre una manta antes de conseguir subirla a la camilla con un poco de ayuda de la misma paciente. Aquello les permitió acceso más fácil al equipo y al examen interno.

—¿Está de parto? —preguntó Francesca.

—Es difícil de decir. Ahora está recuperándose. Vamos a preguntárselo. ¿Karon?

Sólo entonces notó Francesca que no estaba diciendo Karen sino Karon. No, Carón. La hermana de Sharon Barón, si Preston Stock no se había equivocado.

—Carón, ahora ya estás bien —la estaba sacudiendo con delicadeza—. La ambulancia está de camino. ¿Tienes algún dolor?

Ella asintió abotargada.

—Lo tenía.

—De acuerdo. Bien, vamos a escuchar al bebé ahora, examinar tu tensión arterial y examinarte el cuello del útero a ver si has empezado a dilatar.

Francesca agarró el manguito de la tensión y lo infló mientras Luke se preparaba para hacer la revisión interna Dieciocho, quince. Como había dicho Luke, tenía la tensión por las nubes. Y tenía también la cara y las piernas inflamadas por retención de líquidos

como si la placenta no estuviera funcionando adecuadamente.

—No hay dilatación. Todavía no vas a tener al niño, Carón.

—¿No? ¿Vuelvo a… a casa?

—¡Oh, no querida, no puedes volver!

Luke estaba escuchando los latidos del bebé con un estetoscopio especial. A pesar de lo destartalado del lugar, al menos tenía equipo modero.

—El pulso está bien —comentó—. Aguanta… —Carón estaba poniendo muecas antes de lanzar un gemido—. ¿Tienes dolores?

Ella asintió antes de volver a caer en el sopor inducido por las drogas.

—Parece que el parto ha empezado —dijo Luke—. Probablemente sea lo mejor.

—Siempre que no estrese al bebé.

—Bueno, ya nos preocuparemos por eso cuando suceda. Mientras tanto, voy a poner más fluido en este gotero. Ya está —dijo Luke mientras le fijaba el gotero con más esparadrapo.

Para un observador podría parecer un error que le metieran líquidos estando ya tan hinchada, pero ese fluido iría donde era más necesario: la deshidratada placenta.

—Parece otra contracción —comentó Luke unos minutos más tarde—. Eso hace… ¿cuánto, cinco minutos?

—Más o menos. No estaba contando.

—No. De acuerdo, estate quieta, Carón. Vamos a examinar al bebé de nuevo.

Dirigió una mirada interrogante a Francesca.

—Va reduciendo —respondió ella—. De forma apreciable. Está subiendo ahora que la contracción se ha pasado.

—Tenemos que incorporarla. No está en buena posición.

Con dificultad consiguieron meter toallas enrolladas bajo las vastas caderas de Carón, pero cinco minutos más tarde llegó otra contracción y el pulso del bebé se aceleró aún más.

Por primera vez Francesca estaba preocupada de verdad.

—¿Cuánto suele tardar la ambulancia en estos tiempos?

—Sigue tardando media hora. No han mejorado mucho la carretera.

—Y la he llamado hace… ¿quince minutos? ¿Y si hay retrasa? Si no remite esta aceleración de pulso, ¿podríamos seccionarla?

—En caso muy extremo…

—¿Pero podríamos?

—Tengo relajante muscular y oxido de nitrógeno. No bastaría para mitigar el dolor de la incisión y el valium podría ayudar.

Podríamos usar un poco de anestesia si hace falta aunque deprimir al bebé con algo así…

—Deberíamos evitarlo, si podemos —acordó Francesca.

—Y no he hecho ninguna incisión desde hace seis meses.

—Pero yo sí. Y he estudiado un año de obstetricia.

—Eso lo puedo hacer yo.

—Está obesa.

—Sí, no sería rápido.

—Tendría que serlo.

—¿Incisión baja transversal?

—Media línea —corrigió él—. Tiene muchos fibromas en bastante mal estado.

—¡Oh, estupendo! Y has dicho que no estará completamente sedada.

—Le daré tanta dosis como pueda, pero si el bebé ya se está desvaneciendo…

—El bebé… Mi bebé… —gimió de repente Carón abriendo los ojos de par en par.

Luke apartó a Francesca a un lado mientras le masajeaba el hombro a la paciente con fuerza aunque quizá no se enterara y decía en voz baja y urgente:

—Lo quiere, Chess. Quiere a ese bebé con desesperación. Ya sé que es difícil de creer… pero es su primer hijo. Tiene cuarentena y un años, está al borde de la miseria y vive en una casa móvil en ruinas con un novio medio enganchado al crack, pero lo desea con toda su alma. Ha estado leyendo todos los libros de cuidados infantiles que ha encontrado y eso que su lectura está al nivel de primaria.

—Ya… ya lo sé. Pero la ambulancia llegará, Luke. No tenemos que preocuparnos. No sé por qué estamos hablando así.

—Porque esta es la medicina real. Mira, acaba de tener otra contracción.

Esa vez él agarró el estetoscopio y escuchó con atención. Con el amplio vientre de la mujer, era difícil orientarlo bien.

—Bajo —dijo—. Treinta o cuarenta.

—Demasiado bajo. ¿No está subiendo?

—Ochenta. Se ha estabilizado en los ochenta ahora.

Los dos se miraron sabiendo que era demasiado bajo. Un buen ritmo cardiaco fetal era el doble del de un adulto.

—La ambulancia llegará enseguida —insistió Francesca—. Dentro de cinco minutos. Quizá menos. De todas formas, no podríamos prepararla para una cesárea en ese tiempo.

Entonces Carón gimió de nuevo.

—¿Otra? ¡Maldición! Van a empezar cada tres o cuatro minutos a partir de ahora.

Esa vez el pulso del feto se estabilizó sólo en sesenta mientras que durante la contracción fue más bajo aún que antes.

—Vamos a tener que hacerlo, ¿verdad? —preguntó Francesca—. No podemos esperar más.

Los dos se miraron con la misma muda comprensión que había habido en sus caras quince años atrás, la noche en que la había besado.

Entonces los dos escucharon el aullido de la ambulancia.

—¡Oh gracias a Dios! —gimió Francesca.

Pero Luke sacudió la cabeza con energía.

—Ella no puede esperar media hora más. Vamos a tener que intervenirla aquí y después trasladarla al hospital.

Sin esperar su respuesta salió aprisa para dirigir a los de la ambulancia.

—La paciente está dentro, pero no pueden llevársela todavía. Vamos a tener que operarla aquí.

Carón lanzó un gemido al sentir otra contracción. Francesca estaba escuchando con el estómago en un puño.

—El ritmo cardiaco no está subiendo. Está bajo y… errático.

—De acuerdo —dijo Luke—. Vamos a desvestirla y a intubarla. Lo harás tú, Francesca mientras yo me encargo de la anestesia y de lo que pueda conseguir de la ambulancia. Vosotros chicos… rezad y asistid.

Francesca se sintió enferma.

Ella había hecho incisiones en forma de C antes, docenas de veces, pero siempre bajo condiciones controladas, con el equipo y asistentes adecuados y siempre con alguien más experimentado a mano. Nunca lo había hecho con un paciente tan obeso y esa vez, ella era la experta. Luke no había hecho ninguna operación en seis meses.

De alguna manera, sin embargo, ella era la que tenía que mantenerse más firme, la que llevaría el control final. Los oficiales de la ambulancia estaban más nerviosos que ella. Luke había estado dedicándose a quitarle la ropa a Carón cortando sin ceremonia cuando no podía alzarla o tirar, pero ahora le había pasado la tarea a los dos hombres.

Un minuto después, la intubó torciéndole el cuello con eficacia hasta que su respiración fue regular, le examinó el vientre y lo

acomodó en la posición correcta.

Mientras tanto, Francesca había lavado el abdomen de Carón con antiséptico intentando visualizar todo el procedimiento en su cabeza.

—¿Tienes retractores? —preguntó.

—Un par. Probablemente no tan grandes como te gustarían para este trabajo —unos segundos después informó—. De acuerdo. Ya está anestesiada lo máximo posible, Francesca. Vamos a intervenir.

Al principio, Francesca fue muy consciente de las carencias del sitio, pero en cuanto se metió de lleno, se olvidó de que aquella no era una cesárea normal y se concentró sólo en lo que tenía delante: la piel y la grasa, que tardó en atravesar, la sangre, los músculos y la pared uterina dilatada. Luke tenía razón. Lo retractores no eran lo bastante grandes, pero Ray McCallum los mantuvo con habilidad en su sitio bajo sus instrucciones para dejarle sitio para trabajar.

—De acuerdo —dijo por fin—. Tendremos al bebé en un minuto.

Entonces lo sacó, un pequeño niño muy azul e inmóvil, que no respiraba espontáneamente.

Luke le succionó la nariz y la boca en el acto, pero siguió sin hacer esfuerzos por respirar y sólo agitaba levemente las diminutas extremidades.

—¿Oxígeno? —preguntó Barry Linz. Luke sacudió la cabeza y succionó de nuevo.

—El pulso está bien ahora. Creo que saldrá. Pero los segundos pasaron y nada sucedió. Luke sacudió la cabeza.

—No, no puedes conseguirlo, ¿verdad, pequeño? Sí, máscara de oxígeno.

De repente, después de que Barry le hubiera aplicado a la cara congestionada la máscara durante unos segundos, escucharon un agudo grito y enseguida las extremidades empezaron a ponerse rosadas.

—¡Oh, gracias a Dios! —gimió Francesca.

—Tres o tres kilos y medio —calculó Luke. Estaba poniendo al bebé en el nido caliente de la ambulancia para trasladarlo mientras le examinaba el pulso, los reflejos, el color y la respiración. El niño ya había dejado de llorar.

—Es por la anestesia —dijo Luke poniendo unas gotas de nitrato de plata en los ojos del niño—. Y por el valium. Pero está vivo y básicamente saludable.

Por primera vez en quince minutos, Francesca se fijó en su entorno una vez más. Comprendió lo rígidos que tenía todos los músculos, los dedos le estaban temblando y le dolía toda la mano. Y

todavía quedaba media hora o más de puntos porque tenía que revisar con atención los vasos por haber hecho una incisión tan rápida.

Una hora y media más tarde, todo había pasado. El bebé Barón estaba recibiendo su primer baño en el hospital y a Carón le estaban llevando a la UCI.

Francesca y Luke salieron juntos por la puerta de urgencias y sólo en ese momento tuvieron tiempo de quitarse las gorras, máscaras y guantes que se habían puesto en la consulta. Había un reloj justo encima de una papelera y marcaba las cuatro cuarenta y cinco. La tarde se había ido.

—¿Tomamos un taxi o hay algún autobús? —preguntó Francesca.

Luke sacudió la cabeza.

—El último autobús salió a las cuatro. Él estiró una mano para aflojarse la corbata, se la sacó y se desabrochó el botón superior para revelar un cuello que incluso con lo temprano de la estación, ya estaba moreno. Él siempre se había bronceado con facilidad, recordó Francesca. También notó que sus clavículas y sienes estaban empañadas en sudor.

No había tenido tiempo de ser consciente de él mientras trabajaba con su paciente, pero ahora el extraño sentido retornó con toda su fuerza, como si estuviera viendo al viejo Luke, el chico apasionado de dieciocho años que se ocultaba bajo aquella máscara de hombre sensato.

—Entonces supongo que un taxi. Será más barato si lo compartimos.

Pero él sacudió la cabeza.

—Yo no voy a ir. Todavía no. Tengo que comer. Y también quiero quedarme hasta que Carón esté despierta y eso puede tardar un par de horas. Tendrá preguntas que hacerme.

—De acuerdo —asintió antes de dejarse llevar por el impulso—. Eres muy atento, Luke. Muchos doctores no se preocupan tanto en estos tiempos y… y me ha gustado trabajar contigo. Creo que hemos formado un equipo muy eficiente.

Hubo un desagradable silencio.

—¿De verdad? ¿Piensas que soy atento? Bueno, aunque te agradezca la condescendencia, déjame aclararte algo: esta es la primera y la última vez que ejercemos juntos, así que ya puedes quitarte cualquier idea rosa que se te haya metido en la cabeza.

Francesca sintió como si le hubiera dado una bofetada con aquella fría y deliberada rudeza y ni siquiera pudo reaccionar.

Simplemente lo miró en asombrado silencio dejándole que tuviera él la última palabra.

Que fue lo que hizo.

—Ya nos veremos por ahí, Francesca —el tono indicaba que no le apetecía nada la perspectiva—. Pero procuraré que sea con la menor frecuencia posible.

Dándose la vuelta, Luke entró por la puerta de urgencias y Francesca sólo pudo mirarlo enmudecida.

Capítulo 3

A los cinco minutos de trayecto en el solitario taxi desde Wayans Falls, el aturdimiento de Francesca empezó a transformarse en furia. Luke Wilde no era sólo rudo, era un animal. La consulta de su padre había fracasado y era evidente que la de él también lo estaba haciendo. Quizá los cotilleos de Preston fueran verdad y descargaba con ella sólo porque su padre había tenido éxito.

La mayor parte del viaje lo pasó tramando aumentar la antigua rivalidad familiar. Se juró que echaría a Luke de la profesión, que le haría vender aquella destartalada mansión suya y lo echaría del pueblo. O mejor todavía, conseguiría que le suplicara una colaboración en su magnífica consulta, lo que ella denegaría hasta que suplicara y le rogara de rodillas.

Fue en ese punto cuando todo su veneno y rabia empezaron a diluirse. Por desgracia, ella no era de ese tipo de personas. De hecho estaba dispuesta a olvidarlo todo si él se disculpara con energía. Y hasta podría ayudarle a ponerse en pie, quizá.

Un momento, pensó. Había un factor que seguía sin encajarle. La consulta de Luke estaba fracasando y no debería, ¿verdad?

Ella había visto lo buen doctor que parecía ser. Eficiente, preparado, atento, firme y con un talento extraordinario para la medicina que ella había reconocido al instante.

Pagó al taxista y entró pensando en lo que Preston le había contado durante el almuerzo.

«La gente no olvida»

¿Era así de simple? ¿Darrensberg no perdonaría al hijo por el escandaloso fracaso de su padre? ¿O el problema era más profundo?

Por primera vez deseó haber prestado más atención a su padre durante los pasados años.

Darrensberg no creía que hubiera cambiado realmente. Francesca deseaba con desesperación conocer la verdad por sí misma y de repente se le ocurrió que quizá la gente del pueblo podría tener razón. Quizá tuvieran serios motivos para desconfiar de él. ¿Habría estado también enganchado a las drogas?

Aquellos inquietantes momentos de química entre ellos indicaban que ella no era objetiva como debería ser y eso la enfadaba.

¡Eso era una locura! No podía cegarse como cuando tenía quince años.

Intentó repasar su comportamiento de toda la tarde, pero nada raro afloró salvo tragarse el almuerzo en aquellos momentos

críticos. Aquello era un comportamiento compulsivo, ¿no? ¿Negarse a retrasar los apetitos del cuerpo?

Pero después estaba su habilidad en el quirófano.

—No estoy llegando a ninguna parte —murmuró en voz alta frente a una multitud de cajas en el recibidor—. ¡No sé siquiera por qué me importa!

Despertarse en su antigua habitación a la mañana siguiente con el aura del sol y el trino de los pájaros de fura fue maravilloso. La habitación no había cambiado en quince años. Era todavía un reflejo de su inocencia de adolescente y durante unas semanas pencaba mantenerla igual. Después haría algunos cambios, pensaba ocupar la habitación principal de sus padres en cuanto la hubiera amueblado de nuevo y convertir aquella habitación de la torre en un estudio mientras que la habitación de Chris seguiría siendo la de invitados y la de su hermana Louise… bueno, no estaba segura.

La casa era demasiado grande para ella sola. Esperaba casarse algún día y entonces habría niños. Hasta ese momento no había pasado y no estaba muy segura de por qué. Durante sus años de estudio y prácticas había tenido algunas trepidantes relaciones intelectuales que sólo le habían dado confianza en su inteligencia, pero poco más. La última de aquellas relaciones había acabado dos meses atrás.

Rob Hayes había acordado con ella que no iban a ninguna parte. Ella se dirigía al norte a trabajar en su propia consulta y él se iba a unir a un grupo de médicos cerca de Washington.

¿Qué era lo que había estado buscando en su vida y todavía no había encontrado?

Bueno, le quedaba mucho por hacer, como terminar de desempaquetar y comprar comida. Ni siquiera había llevado leche o pan la noche anterior y Preston parecía haber dejado la casa limpia. Para cenar había pedido una pizza.

Para desayunar no le atraía el resto de una pizza fría, así que se duchó, se vistió y se fue al coche para salir por el callejón.

Eran poco más de las nueve y el pueblo ya estaba en plena actividad. Algunas personas iban a la iglesia la gente que había cortado el césped el día anterior l estaba rastrillando. A lo lejos se escuchaba un marti Íleo y ruidos de tablas que sonaba casi musical bajo el limpio aire de la montaña.

No muy lejos de la casa de Luke le asaltó la curiosidad de nuevo al escuchar los martilleos más fuertes y aparcó. Tenía que averiguar la verdad acerca de él.

Decidió ir por el camino trasero. Era una mañana soleada así que era normal que diera un paseo y con todo aquel martilleo era difícil que la oyera.

Pero lo hizo casi al instante.

Luke se había parado para descansar rodeado de la madera vieja que estaba arrancando del porche. Francesca le vio examinar lo que había hecho antes de secarse la frente con el antebrazo.

—Hola —la saludó con una entonación amarga.

—Has hecho un buen trabajo —dijo ella con resuelta animación. Cualquier hostilidad en su relación no iba salir de ella.

—Iré más aprisa cuando tenga ayuda.

—¿Más rápido? Si casi has terminado.

—De arrancar la madera vieja sólo. Espero poner el nuevo suelo del porche hoy.

—¿Vas a traer carpinteros?

Esa mañana, con vaqueros y camiseta, se parecía increíblemente al joven de dieciocho años que ella recordaba con tanta viveza.

—¿Carpinteros? No sé si podría llamárseles así. Son sólo hombres del pueblo que van a ayudarme a cambio de mis servicios médicos. Y por desgracia, habrán terminado de pagarme antes de que el trabajo esté terminado.

—¿Eres tan pesimista ya tan temprano? No te pega, Luke. Antes no solías ser así.

Él se encogió de hombros,

—Será que tú sacas lo peor que hay en mí.

—¿Yo? ¿Por qué? Si no me has visto en quince.

Ya estaba atacándola a pesar de que sólo le había preguntado con buena intención.

—De acuerdo —siguió ella con furia sin saber lo que decía—. Puede que te volviera loco entonces al perseguirte, pero…

—¿Perseguirme? Tú nunca me perseguiste, Chess. De repente tenía los ojos entrecerrados de curiosidad.

Pero ella no pensaba dejarse vencer. Eso había ocurrido hacía quince años y aquellas turbulentas emociones estaban tan distantes como si pertenecieran a otra persona y confesarlas en medio de una disputa era la mejor forma de que perdieran su poder.

—¡Oh, Dios! ¡Por supuesto que lo hice! —le dijo enfadada—. Me sorprende que no lo notaras. Estaba loca por ti. Sólo verte de lejos me alegraba el día.

—¿Sí? Tú nunca me hablabas y si te hacía yo una pregunta contestabas lo mínimo que podías. Nunca me mirabas y te encogías cada vez que me acercaba demasiado. Siempre actuabas como si te

aterrorizara.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Todo eso es cierto! Porque pensaba que eras tan maravilloso que simplemente me paralizaba. ¿Es que no sabes nada acerca de las reacciones de las adolescentes demasiado protegidas?

—¡Evidentemente, no! Así que te gusté una temporada hasta que tu educación te devolvió el sentido común —lanzó una extraña carcajada—. Bueno, es un…

—¡No le des tanta importancia! —dijo ella con acidez—. Ahora ha pasado más de media vida. Yo era otra persona entonces.

—Cierto. Y yo —la seguía mirando con aquellos ojos eléctricos —. O sea, ¿que has olvidado tal vez que te besé?

—¿Olvidarme? ¡Ja! —se rió con impaciencia—. Eso no es el tipo de cosa que una chica olvida, Luke. Su primer beso.

—¿Lo era? ¿El tuyo?

—¡Por supuesto! ¿Por qué? ¿Pensabas que…?

—No hace falta que te indignes tanto. Se te daba… bastante bien, eso es todo.

Sus ojos se encontraron y ella se sonrojó turbada por primera vez.

—Lo dudo —protestó con tono incisivo.

—Créeme, Chess, se te daba bien. Y como no fue mi primer beso ni el último, estoy en situación de saberlo.

—Bien, gracias, supongo.

—Claro. Era un cumplido —frunció el ceño de repente y fije como si el sol hubiera desaparecido tras una nube—. Probablemente sea el único que escuches de mis labios.

—Ya hemos vuelto a lo mismo, ¿verdad? —protestó ella enfadada—. De verdad no tengo por qué aceptarlo y lo sabes.

—¿No? Muy bien. Pues no lo aceptes.

—¡Dios, qué amargura tienes!

—Seguro. Mucha. Es una emoción muy útil y da fuerza.

—Quizá a corto plazo —protestó ella con convicción—, pero yo me lo pensaría antes de usarlo como un estimulante habitual, Luke. Es como algunas drogas. Se mete en tu sistema como un veneno y podría matarte.

—Quizá —respondió él sombrío—, pero he llegado a la conclusión de que hay peores formas de morir.

La última palabra de nuevo. ¿Por qué no podría dejar aquella actitud de frío y brutal cinismo? Francesca sacudió la cabeza con impotencia, se dio la vuelta y retrocedió por el camino que había ido sin molestarse en entrar ya que estaba dando un paseo.

Él tampoco dijo nada y al cabo de un minuto, escuchó el

martilleo de nuevo a sus espaldas.

«¡No pasaré por esto de nuevo!», se juró mientras montaba al coche y daba marcha atrás con violencia. «Está claro que si quiero enterarme de algo de Luke no va a ser por sí mismo!». Por desgracia, no sería muy profesional escuchar los rumores, pero con el tiempo se enteraría de la verdad. «Mientras tanto, no necesito verle ni pensar en él o en su lastimosa consulta si no quiero hacerlo».

—¡Aquí está el café, cariño! —dijo animada Betty Mayberry al entrar en el despacho al día siguiente a las nueve.

No había llamado a la puerta. A Francesca le irritó ligeramente, pero no lo dijo para que no se ofendiera. La señora Mayberry llevaba siendo la recepcionista fiel de su padre desde hacía veinticinco años.

Pero no le apetecía tomar café. Acababa de tomar una taza hacía media hora y eso sería suficiente hasta las cuatro.

Se lo dijo de la forma más agradable que pudo. La señora Mayberry asintió y sonrió.

—Tu padre siempre tomaba café a las nueve. Decía que eso le ayudaba a pasar el día.

—Ya lo recuerdo —Francesca se rió—. Era como un oso hibernando si no tomaba ese café.

—¡Oh, sí! —la señora Mayberry posó la taza en la mesa como si ya se hubiera olvidado de lo que le había dicho—. Dios, qué aspecto tienes ahí sentada. ¡Ahora pasas por un doctor!

—Bueno, lo soy y espero que se lo parezca también a los pacientes de mi padre o los perderé en beneficio del doctor Wilde.

Lo había dicho en broma, pero la señora Mayberry estaba frunciendo el ceño y tenía los labios apretados.

—¡Oh, no te preocupes por él, querida! No durará aquí mucho tiempo.

—¿Ah, no?

—No y es triste. Casi lo siento por él… Después de que la consulta de su padre fracasara también hace un par de años… Pero después de todo, se lo ha buscado él mismo.

—¿Buscado? ¿Qué quiere decir señora Mayberry?

—¡Drogas! —susurró ella—. ¿No te lo contó el doctor Stock?

—Bueno, me mencionó algunos rumores, pero yo…

—Pensé en denunciarle, pero por el bien de Margaret Wilde… De todas formas, no va a ser necesario. Apenas tiene pacientes y el tipo de los que tiene… ¡Bueno, seguro que ellos mismos usan

drogas! De todas formas, es trágico. De tal padre, tal hijo, como dice el refrán. Ya sé que nunca has oído hablar de ello, cariño, pero como tú has dicho, ahora el médico eres tú. Mató a una mujer, ¿sabes?

—¿Luke?

—No, su padre, por supuesto. Se desangró hasta morir arriba en los bosques en su horrible casa móvil al tener a su bebé. Y yo me pregunto, ¿qué estaba haciendo ayudándola a dar a luz en esas condiciones tan insalubres habiendo un buen hospital a media hora de aquí?

—¿Así que fue eso? No… no tenía ni idea.

—Bueno, tus padres se aseguraron de que no lo sufrieras. Eras tan inocente…

—Sin embargo… si era demasiado tarde como para al hospital… Una hemorragia postparto no se pude prever.

—¡Ah, pero había mucho más que eso! Luke Wilde era el padre del bebé, según dicen. Él estaba allí cuando sucedió. Borracho. Y hasta drogado también.

—¿Y también murió el bebé?

—¡Claro que sí! Era demasiado prematuro.

Escucharon un sonido fuera y la cara de la señora Mayberry se animó.

—¿Oyes la puerta, cariño? Esa será tu primera paciente de verdad. Barbara Wiggs. Te gustará Barbara. Es deliciosa. No creo que la conozcas. Ha tenido muchos problemas con…

—Gracias, señora Mayberry —interrumpió Francesca con más firmeza de lo que sentía—. Ya he examinado el historial de la señora Wiggs. Pero dígale a Dixie que me dé cinco minutos más antes de pasarla a la sala de examen.

—Bien, por supuesto. Necesitas tiempo para tomar ese café.

Francesca lo tomó sintiéndose aturdida y desesperada al mismo tiempo. Lo que había dicho la señora Mayberry no podía ser verdad. ¡Era tan horrible y tan sórdido! La complicidad entre padre e hijo, la negligencia de traer a un niño al mundo en aquellas condiciones quizá para ocultar el nacimiento… la sugerencia de que podía estar involucrado el alcohol y las drogas.

Y la forma de contarlo la señora Mayberry. Aparte de referirse a sus pacientes como los de «ese tipo».

Francesca siempre había visto a la recepcionista de su padre como una persona inofensiva y dulce y por eso había aceptado sin dudas mantenerla los seis meses que le faltaban para la jubilación.

«Y por supuesto, no debo cuestionar mi decisión sólo porque me

haya contado un escándalo que me afecta», pensó Francesca un poco más calmada.

Y, de todas formas, ¿por qué le afectaba tanto el escándalo? ¿Por que lo creía?

No quería, pero… el mismo Luke había hablado de su hijo muerto y de la madre adicta. Lo que no había mencionado era que él usara drogas, pero no se lo diría a una colega de la profesión, evidentemente. ¿Por qué deseaba creerle con tanta desesperación?

Pero no tenía tiempo de responder a esa pregunta ahora. Escuchó una suave llamada en la puerta y la enfermera Dixie, con su pelo pelirrojo asomó para decir:

—He pasado a la señora Wiggs a la sala rosa, doctora Brady.

—Gracias, Dixie.

Se levantó al instante y recogió el historial. Era la primera mañana en una consulta que podía durar el resto de su carrera y no debía empezar tarde a aquellas alturas.

Dos horas más tarde empezó a comprender que retrasarse era inevitable y tampoco era culpa suya. La gente parecía haber estado ahorrando sus quejas para su llegada o la consulta tenía demasiado éxito para su propio bien. Ya había tenido la agenda llena desde el principio y ahora ocho personas más habían llamado pidiendo hora. La señora Mayberry dijo que su padre siempre los metía como podía.

Para la hora de comer, tres cuartos de hora más tarde de lo debido, había visto a veintisiete pacientes y se había visto obligada a despachar a algunos a más velocidad de la deseada.

Entonces apareció la señora Mayberry… con más café.

—Gracias, señora Mayberry. No tomaré café en la hora del almuerzo a partir de ahora. Sólo tráigame una taza a las cuatro. Desde ahora, tomaré un sándwich en la cocina así que descansaré quince minutos.

—El doctor Brady siempre pasaba del almuerzo cuando iba tan retrasado —dijo con dulce firmeza la recepcionista—. Decía que el café le mantenía en pie y cuando podía, tomaba por la tarde un plátano o un pedazo de pastel. Tu madre siempre se aseguraba de dejarle algo antes de salir a sus comités.

—Sí, hacía unos pasteles maravillosos, ¿verdad? Pero yo no estaré tan mimada como mi padre.

La señora Mayberry dejó la taza en la mesa de Francesca.

—Sharon Barón ha llegado pronto a su cita, me temo —dijo con un leve suspiro—. Lleva ya esperando diez minutos y he metido a alguien más a las tres.

—En ese caso, me temo que el sándwich tendrá que esperar. Veré a la señora Barón…

—Señorita Barón.

—Bien, a la señorita Barón ahora, Dixie la acompañará a la sala rosa.

Cinco minutos más tarde Francesca entró en la sala rosa a través de la puerta que comunicaba con su despacho.

—¡Ah, debo darle la enhorabuena! —dijo después de saludar a la corpulenta mujer que estaba sentada con incomodidad en la camilla.

—¿Por qué?

Sus redondos ojos estaban entrecerrados de sospecha.

—Por su nuevo sobrino.

—Así que ha tenido ya al bebé. ¡Cómo si me importara!

—¿Perdone?

—Carón y yo no nos hablamos. No la estará atendiendo usted, ¿verdad?

—No, la atiende el doctor Wilde, pero hubo una especie de emergencia el sábado y yo acabé involucrada en su parto.

No quería contar más porque si las dos hermanas se llevaban mal, debía respetar la confidencialidad.

Sharon Barón lanzó un gruñido y no dijo nada más.

Fin del asunto… que era lo mejor dado el número de pacientes que tenía que atender todavía.

—¿Qué le ha traído a verme hoy, señorita Barón?

—Bueno, mi azúcar ha subido de nuevo, por supuesto.

Diabetes, leyó en el historial. Crónicamente fuera de control. Los hipoglucémicos orales parecían no hacerle ningún efecto aunque en teoría deberían. La paciente se negaba a la inyección de insulina, sin embargo.

—Esas pruebas que me hizo el doctor Stock, ¿para qué me han servido? Y se supone que debo perder peso, pero no puedo. Es genético. Mis padres eran gordos.

Francesca contuvo un suspiro y recordó entonces que Luke había dicho que había hecho un año y medio de endocrinología. Por otra parte dudó. Sharon estaba recibiendo una pensión de incapacidad y por lo que Luke había hablado, necesitaría todo el dinero que pudiera conseguir si hasta el momento había tenido que rendir sus servicios sólo a cambio de trabajos de carpintería. El sonido de martillos y sierras de la tarde anterior había sido incesante.

No era el mejor motivo para enviarle un paciente pero…

—¿Ha visitado al doctor Wilde acerca de esto? —sugirió con

educación cortándole la retahíla de quejas.

—¿Luke Wilde? —gritó indignada—. Me moriría antes de ir a él. ¡Es un drogadicto! ¡Y su padre mató a mi hermana!

—¿Su hermana? ¿Carón?

Una vez más, Francesca estaba confundida.

—¡No, no a Carón! A mi otra hermana, Pastille. Era la más pequeña y muy dulce hasta que esa rata la metió en problemas. Con sólo dieciocho años, el doctor Wilde la mató al tener ese bebé.

—Pero no hay pruebas absolutas de que eso…

—Carón está loca por ir a él.

—Pero ella visita a Luke Wilde, no al padre.

Sharon se encogió de hombros.

—Los dos son iguales. Deberían perder sus licencias, ¿no cree?

—Pensé que ya había perdido su licencia.

—¡No! Yo lo denuncié a la policía por matar a mi hermana, pero no hicieron nada —atacó indignada Sharon.

—Eso demostrará su inocencia, seguramente.

Aquello no conducía a ninguna parte, así que prosiguió con más firmeza:

—Lo siento, Sharon, pero no es apropiado que yo hable de un colega médico en esos términos ni que escuche lo que está diciendo de él. El doctor Wilde es extremadamente respetado en el hospital de Wayans Falls, así que no pienso criticarle de ninguna forma. Y lo que es más, pienso enviarle a todos los pacientes que crea que se pueden beneficiar de su campo de experiencia en particular.

—Bueno, pues yo no pienso ir con él. Y si me dice que no hay unas pastillas mejores para bajar el azúcar me voy. Tengo cosas que hacer.

Y desapareció con un hostil gruñido.

Francesca recogió el historial del siguiente paciente con las manos un poco temblorosas antes de dirigirse a la sala azul en la parte opuesta.

A la señora Mayberry parecía gustarle conducir a las mujeres a la habitación rosa y a los hombres a la azul. A ella le parecía un poco cursi para su gusto y no siempre funcionaba pues las mujeres acudían en mayor número debido a su aparato reproductor y a sus hijos. Con cierta desgana decidió hablar de aquel sistema con la recepcionista muy pronto. En ese momento apareció la señora Mayberry.

—¡Siento lo de esa terrible mujer! —dijo sin aliento y con tono de conspiración sin haber llamado de nuevo—. Intenté deshacerme de ella, pero no se dejó. Por supuesto, es el tipo de paciente que

debería acudir a la consulta del señor Wilde, pero no se da cuenta.

—¿La consulta del doctor Wilde? ¿Por la diabetes?

—No, porque cobra una pensión de incapacidad. Su consulta acepta a todo ese tipo de gente. La gente de la beneficencia. Y debe ser porque sabe que es la única manera de tener algún paciente.

Mientras que ella se llevaba a todos los pacientes respetables con buenos seguros, ¿no? ¿Como lo de la sala rosa para las chicas y la azul para los chicos?

—No ganará mucho de esa manera —sugirió con sequedad.

Le estaba costando, pero sabía que debía contener su enfado.

—Oh, pero al final les va mejor que a la gente decente que se pasa el día trabajando —dijo la señora Mayberry.

—Bien, la señora Jaeger está esperando.

—Sí, por supuesto.

La recepcionista dejó la taza de café y desapareció. A las cuatro, la taza seguía allí, pero a Francesca le apetecía una reciente. Pero no apareció ninguna taza de café aunque a las cuatro y media le llevó una gran porción de pastel mientras estaba haciendo una biopsia de seno.

Fue en ese momento cuando Francesca empezó a comprender con desesperación que la señora Mayberry iba a ser un problema.

Pero Dixie Andrews no lo era. ¡Era una delicia de mujer!

—Cuarenta y siete y faltan tres —cantó en tono monótono al entrar en el despacho.

—¿Llevas la cuenta?

—No, sólo en los días malos.

—¿Y este es un mal día? Dímelo, Dixie porque quiero saberlo.

La joven de veinticinco años llevaba un año en la consulta.

—Debería considerar aceptar un socio, doctora Brady —sugirió con franqueza Dixie.

—Puede que lo haga. Voy a considerar todas las opciones, aunque no quiero apresurarme en tomar decisiones.

—Una idea prudente. Espere a que Betty baje del trono.

Lo dijo con tan poca culpabilidad que Francesca quedó sorprendida de su franqueza. Pero Dixie estaba pasándole el historial.

—El señor Saltman parece bastante preocupado. Pensé que querría saberlo. Atendemos a su mujer con frecuencia. Está embarazada y en reposo total. No sé que le tendrá preocupado hoy, pero no tiene buen aspecto.

—¿No está su mujer con él?

—No, así que quizá no tenga nada que ver con ella Pero me

gusta contárselo cuando los veo preocupados sobre todo un hombre tan agradable como Eric Saltman. ¿He hecho lo correcto?

—Sí, Dixie, gracias.

—Le he tomado la tensión, la temperatura y el pulso. Lo he apuntado ahí. Tiene el ritmo cardiaco bastante alto y las manos sudorosas y calientes. Y también estaba temblando un poco. De verdad espero que no tenga nada malo.

—Pronto lo sabremos.

No le costó mucho establecer el diagnóstico. Estaba preocupado y aún más por estarlo. Era un hombre alto de unos cuarenta años con el pelo levemente canoso por las sienes y tenía una cara inteligente a pesar de una ligera inflamación y unos ojos demasiado prominentes.

—No entiendo por qué me siento así —fue su primer comentario —. Al principio pensé que era por mi mujer, Gina.

—Ya lo sé. Sale de cuentas dentro de dos meses, ¿no? Supongo que se alegrará cuando acabe el reposo total.

—¡Desde luego! Ha sido un gran esfuerzo para los dos y al principio pensé que ese era el problema. Pero ahora… —sacudió la cabeza—. Sé que es algo más que eso. No puedo ni llegar al buzón sin que me den palpitaciones y subo jadeante y con las piernas débiles.

Todo sugería hipertiroidismo, pero las pruebas tendrían que determinar de qué tipo. Se lo contó esperando que comprendiera su complejidad.

Era un profesional que tenía su oficina montada en casa de las montañas y diseñaba folletos para varias empresas, según le había contado.

Y pareció responder bien a lo que ella le explicó.

—Sabía que tenía algo. Pero no es grave, ¿verdad?

—No, no tendría por qué restringirle su forma de vida en el futuro, pero necesito hacerle algunas pruebas.

—¿Se pueden hacer aquí?

—Bueno, las primeras sí, pero después hará falta acudir a un especialista del hospital más…

—No puedo estar fuera tanto tiempo con Gina en la cama. Se tarda más de una hora en llegar a Wayans Falls desde nuestra casa. Si tuviera de repente un problema…

Ahí fue cuando se le ocurrió a Francesca que aquel sí era un paciente que le debería enviar a Luke. No había dejado de pensar en su situación en todo el día y sabía que se enfrentaba al más siniestro de los enemigos: el escándalo. Y ella pensaba concederle el

beneficio de la duda.

Si pudiera demostrarle que estaba de su lado enviándole a Eric Saltman…

—Un especialista sería lo mejor, señor Saltman —le dijo a su ansioso paciente—, pero entiendo su problema. Podría haber otra opción.

—¿Sí?

Sonó ansioso, lo que era bueno, pero ella se sentía nerviosa.

—Luke Wilde tiene mucha más experiencia que yo con desórdenes endocrinológicos. Si él le pudiera organizar algunas pruebas y hacérselas en su consulta…

—¡Eso sería estupendo! —Los ojos verdes de Eric Saltman se iluminaron sin enturbiarse con ninguna duda.

O no había oído los rumores o no les había hecho caso.

—¿Cuánto tiempo lleva viviendo aquí?

—Justo un año. Vivíamos en Manhattan, pero comprendimos que odiábamos la gran ciudad y que podríamos trabajar igualmente desde aquí. Mi mujer escribe libros para niños. ¿Por qué? ¿Hubiera sido mejor para mí si me hubiera quedado? ¿Me habrían atendido mejor en la ciudad?

—Oh, no, no es nada de eso. Luke Wilde es extremadamente bueno. Sólo me lo preguntaba, eso es todo. Me gusta saber algo de mis pacientes.

Francesca le sonrió y su frente se despejó.

—De acuerdo, bien. Entonces, el doctor Wilde es bueno, ¿verdad? En ese caso… ¿podría darme una carta de presentación para él?

—Haré algo mejor. Hablaré con él personalmente y le diré que me llame —dijo lanzando la cautela a los cuatro vientos.

¿Le había hecho Luke siquiera la menor sugerencia para pensar que la escucharía siquiera?

«Lo que tú no comprendes, Luke Wilde, es que yo soy tan terca como tú y posiblemente tengo más principios», dijo para sí con la imagen de él grabada en el cerebro.

Capítulo 4

—Señora Mayberry, parece que se le olvidó traerme el café de las cuatro —le dijo Francesca a su secretaria cuando terminaron a las cinco.

—¡Oh, lo siento, cariño! Pensé que te tomarías la taza que estaba entera del almuerzo.

Lo había dicho con suavidad, pero con firmeza.

—Bueno, no me gusta el café frío. Mañana pasaremos de la del almuerzo y me la traerá a las cuatro.

—¡Pero no dormirás si lo tomas tan tarde!

—Oh, no creo que eso sea un problema.

La señora Mayberry no respondió y Francesca contuvo un gemido. Le dolían los hombros y el cuello. Y también la cabeza, ahora que lo pensaba. ¿Y qué era aquella rara sensación en el estómago?

Hambre. No había comido absolutamente nada y el pastel del supermercado era tan poco apetecible que no lo había probado.

Conocía lo suficiente la consulta Brady, y no había cambiado nada en veinticinco años, como para saber que la señora Mayberry siempre se iba por la puerta lateral después de haber limpiado, lo que significaba que ahora estaba libre para irse a la cocina a prepararse el sándwich que tanto necesitaba. La cena sería más fácil pues como había anticipado el estrés de los primeros días, había hecho buen aprovisionamiento de comida para calentar en el microondas.

Diez minutos más tarde, con un sándwich y un zumo en las manos, salió a respirar aire fresco La vieja hamaca todavía colgaba bajo el antiguo roble y estaba, como todo lo de la casa, en buen estado. Se balanceó con pereza durante algunos minutos hasta que escuchó el sonido del martillo al final de la calle.

Luke estaba trabajando en su porche de nuevo. No había oído el ruido en todo el día, así que quizá hubiera tenido pacientes. O quizá ella hubiera estado tan absorta y ocupada que no lo hubiera escuchado.

En un impulso, saltó de la hamaca y se dirigió al camino trasero. Aprovecharía que su ímpetu estaba intacto para ir a hablarle de Eric Saltman.

Hubiera sido sensato haberse cambiado antes. Llevaba unos zapatos bajos, pero elegantes, pantalones de color gris y una camisa de seda de color cereza que le había parecido apropiado para su primer día de consulta.

Pero era demasiado tarde ya porque estaba a mitad de camino.

El nuevo porche tenía un aspecto estupendo. Todavía martilleando y de espaldas a ella, Luke no se enteró de que se había acercado, así que ella se quedó un par de minutos viéndole trabajar e intentando descifrar sus sentimientos. ¿Enfado? Definitivamente. ¿Lástima? De alguna manera, Luke Wilde no era un hombre al que se pudiera tener lástima.

El trabajo estaba casi terminado y una pila de maderas de pino recién cortado cubría ahora lo que dos días atrás habían sido tablas podridas. Luke estaba apuntalando los tres últimos tablones ya cortados del tamaño exacto. Tenía las puntas entre los dientes y sólo le faltaban seis, así que esperó. Y le observó, por supuesto todavía batallando con sus complejos sentimientos.

Llevaba los mismos vaqueros de nuevo. La tela estaba rasgada en la parte más alta del muslo izquierdo y cuando se movía revelaba una franja de piel olivácea salpicada de vello oscuro. Hacía bastante calor y el trabajo era lo suficiente extenuante como para empaparle la espalda de la camiseta y el pelo de la base del cuello.

Francesca sintió un antiguo cosquilleo y un jadeo que no venía precisamente de haber hecho ejercicio y tuvo la impresión desconcertante de que a pesar de sus enfadados intercambios los dos días anteriores, lo deseaba físicamente igual que lo había deseado de adolescente.

Entonces había sido tan ingenua que lo había confundido con amor, pero ahora lo reconocía por lo que era simplemente: pura lascivia. Deseaba el fuerte cuerpo de Luke Wilde contra el suyo con un deseo tan primitivo que era embriagador, desbordante y excitante. Deseaba que su boca se deslizara por su piel, que sus jadeos apasionados martillearan sus senos y enterrar sus propios dedos en su pelo como había hecho con torpeza a los quince años. ¡Maldito fuera!

Aquello no era posible. ¡Aquellas cosas no podían durar quince años! Pero de alguna manera habían durado hibernando en alguna parte y olvidadas hasta haberlo encontrado de nuevo.

Y no sólo lo había encontrado. Ahora estaba metido en su vida, viviendo a pocas puertas de ella y no iba a irse. ¡Lo que significaba que tendría que dominar aquello!

Si fuera posible. Ella tenía una mente brillante y eso era lo que había utilizado siempre en las relaciones que había mantenido desde Darrensberg hasta la universidad. Esa vez, sin embargo…

La última punta quedó en su sitio y el eco del último martillazo retumbó en el aire unos segundos como un eco. Francesca lanzó el

suspiro que había estado conteniendo.

Luke se dio la vuelta para meter el martillo en su caja de herramientas y su lento saludo le indicó que había sabido que estaba allí todo el tiempo. ¿Por qué no lo había mostrado?

—Hola —murmuró ella con torpeza como si siguiera teniendo quince años y estuviera paralizada por su presencia.

Y no podía permitirse aquella tontería, así que prosiguió con más rapidez:

—¡Ya has terminado! Te ha quedado muy bien.

—Sí ¿verdad? No creo que la pinte o la barnice. Le pondré unas cuantas capas de poliuretano para que quede protegida y de su color.

—Quedará bonita. Entonces, ¿vas a…?

Miró hacia arriba vacilante. ¡Faltaba tanto por hacer!

—¿Arreglar el alero, cambiar las tablas rotas y pintarla entera? Sí, con el tiempo. Cuando consiga tener… tiempo.

Y dinero. No lo había dicho, pero los dos los sabían.

—¿De qué colores?

—Algo tradicional, creo. Blanco con los marcos verde musgo muy oscuro —la miró y sonrió con gesto burlón—. Le hice algunas sugerencias a un pintor con tendencias muy artísticas y los colores que me propuso eran sabia, tiempo y celidonia. Ni siquiera parecía estar hablando de pintura. Me sonó más a lo que las estrellas del cine llaman sus niños.

Ella se rió y se relajó un poco pensando si el color verde raro de los aleros de su casa no sería aquel celidonia. No estaba muy segura de si le gustaba la pintura de su nueva casa. La encontraba un poco más elaborada de la cuenta y probablemente parecería pasada de moda antes de que el tiempo la deteriorara.

—Sí, a mí también me gustan los colores tradicionales.

—¿No escogiste los de tu casa entonces?

—No, lo hizo mi padre antes de caer enfermo.

Hubo un silencio antes de que él dijera:

—Siento lo de tu padre.

—Sí. Estuvo a punto de morir y nunca volverá a estar fuerte.

—Debe haber sido duro para un hombre tan ambicioso como él dejar la profesión.

—Lo fue. Si yo no me hubiera hecho cargo…

—Eso es lo que había querido siempre para ti.

—Bueno, no. Eso ha sido una idea reciente.

—Hum…

Luke se encogió de hombros como si no la creyera.

—Pero tu… tu padre, Luke y tu madre, ¿se han retirado a alguna otra parte?

—No exactamente—. Mi padre murió hace dos años.

—¡Oh, lo siento!

—Sí —asintió él con tristeza y enfado en la cara—. Fue de cáncer. Estuvo enfermo una temporada. Siguió ejerciendo hasta que pudo, pero sólo le quedaba un puñado de pacientes cuando lo dejó por fin. Mi madre lo pasó muy mal. Necesitaba salir de Darrensberg. Ahora está mucho mejor viviendo con mi hermano Adam y su familia en Boston. Adora a sus nietos.

—¿Y a Adam le va bien?

—Oh, sí. Está subiendo mucho en el bufete de abogados de su suegro.

Luke se dio la vuelta y empezó a recoger algunas puntas caídas del suelo sin decir nada más.

Francesca sabía que faltaban muchos datos, pero no se atrevía a preguntar para no enturbiar el ambiente. Ni tampoco se atrevía a sacar la cuestión sobre Eric Saltman al recordar lo hostil que había estado el sábado cuando le había sugerido que colaboraran. Quizá sería mejor llamarle o mandarle una nota.

Casi había decidido irse cuando Luke cerró los ojos un instante y lanzó un suspiro de placer.

—Iba a tomar una cerveza. ¿Te apetece una?

—¡Sí, claro!

Ya se sentía otra vez como si tuviera quince años.

—¿Aquí afuera?

—Sería estupendo. Llevo todo el día dentro de casa —se frotó el cuello—. He tenido… —se detuvo antes de añadir que cincuenta pacientes—, que instalarme.

Sonrió, pero él ya se había ido dentro. Volvió a los pocos minutos con un par de cervezas de una marca local y le tiró una.

Francesca tuvo que estirarse, pero la atrapó en el aire y él la invitó a sentarse. La madera olía a recién cortada y limpia y no le importó estropearse los caros pantalones con el serrín y las astillas. Había algo en aquella tregua entre sus intercambios tormentosos que la satisfacía enormemente.

Tiró de la anilla de la lata aunque ella apenas bebía nunca cerveza, pero aquella era muy suave, no la que le hubiera pegado a Luke y empezó a sentirse relajada.

Él la estaba observando, notó cuando alzó la vista unos minutos después.

—No te lo mencioné ayer, Chess, pero lo cierto es que yo

también estaba loco por ti.

—¿Qué?

—Ya lo has oído. Loco por ti. Eh, fue hace quince y si tú has podido admitirlo, yo también.

—¡No!

Él se encogió de hombros.

—Lo estaba.

—Pero si tú… tú… nunca me pediste que saliera contigo. ¡Si apenas te acercabas a mí!

—Y cuando lo hacía salías huyendo como un conejito asustado. Con lo inexperto y joven que era, lo interpretaba como rechazo por tu parte. O miedo, incluso.

—Bueno, sí. Es verdad que me aterrorizabas.

—Y por muy raro que pueda parecer, el terror no me parecía una respuesta positiva, Chess.

—Como ya te dije ayer, yo era una adolescente. Estaba desbordada y mis respuestas no eran lógicas.

—Y yo también era un adolescente. Y también estaba desbordado —su perezosa sonrisa le estaba produciendo efectos muy extraños haciéndola mirar sus labios y recordando aquel beso.

Sus labios no habían cambiado. Seguían siendo firmes, bien moldeados, muy masculinos y expresivos.

—Supongo que eras un chico. Dieciocho o así, pero a mí me parecías todo un hombre. ¡Demasiado incluso!

—¡Desde luego es lo que pretendía! —exclamó con una carcajada—. Creo recordar que no dejaba de exhibirme.

—No, eso no lo hubiera olvidado.

—¡Lo hacía! —insistió con fervor él—. ¿No te acuerdas de la noche en que te di una lección acerca de los poetas de la generación *beat* como Kerouac?

—¡Jack Kerouac! *En el camino.* ¡Me aferré a cada palabra que dijiste!

—¡Pues seguro que dije algunas! Estuve hablando más de media hora.

—¡Pero era fascinante! Intenté comprar el libro en cuanto mi madre me llevó al centro comercial, pero no lo tenían —se rió de repente orgullosa de su tontería infantil—. Porque había repasado mil veces la conversación que íbamos a tener en la que yo dijera algo increíblemente perceptivo y tú me mirarías y de repente entenderías lo brillante y sensible que era y…

—Chess, ¿es que no sabes nada de los chicos adolescentes? A mí no me importaba nada tu sensibilidad entonces. Eras preciosa y

cuando me escuchabas hablar de la libertad de la carretera aquella noche, con tus grandes ojos grises estrellados, pensé: ¡Dios esta literatura de Kerouac funciona de verdad! Dios, estaba tan caliente, te deseaba tanto. Eso es una admisión ¿verdad? Lo siento.

Sacudió la cabeza morena apartándose el rebelde mechón de la frente.

—Suena tan rudo. Pero los chicos son rudos a los dieciocho años. Tú estabas en un pedestal para mí y ahí era donde merecías estar mientras que yo… estaba tan caliente, cargado de lujuria cuando ni siquiera debería haberme atrevido a soñar contigo de esa manera…

—¡Oh, pero yo también te deseaba, Luke! ¡Y con desesperación! Sólo que era demasiado inmadura como para saberlo. Hasta aquella vez en que tú…

—Te besé en el jardín. El momento llegó y me aferré a él. O creo que hubiera explotado.

—Yo lo sentí como una explosión, tan repentina y maravillosa. Tenía el corazón desbocado.

—Cuando me respondiste, no podía creerlo. Estaba prácticamente temblando.

—Y yo estaba en el paraíso. Absolutamente.

—Sí —entonces frunció el ceño—. Hasta que te acobardaste y te apartaste.

—Que yo me acobardé? Fuiste tú el que se paró, Luke.

Él se encogió de hombros.

—Yo no lo recuerdo así.

—Fue hace mucho tiempo.

Pero ella sabía que tenía razón. No se había acobardado. Hubiera desafiado a sus padres para estar con Luke si él hubiera demostrado que la deseaba y no se hubiera ido del pueblo.

—Sí, hace mucho tiempo.

Hubo una tensa pausa que dejó que entrara el arrepentimiento en la conversación.

Ella no había pretendido decir ni la mitad de lo que había dicho. Ni tampoco él seguramente. La cosas habían entrado en terreno escabroso en cierto momento, lo que le hizo pensar que el asunto inicial de Eric Saltman era mucho más inocuo en comparación.

—Ah, ¿cómo está Carón Barón? ¿Y el bebé?

—Estupendamente. Le darán el alta mañana. Fui a verla esta mañana a primera hora.

—¿Cómo le va a llamar?

—Ha decidido que se llame Norad.

—¡Vaya!

—Es el nombre de su hermano, Daron, leído al revés. Daron y ella están muy unidos y él se volverá loco de alegría. Es un poco retrasado, pero un chico estupendo. Muy cariñoso. Vive con Carón y su novio allá arriba en los bosques, en una casa móvil horrible, pero en el fondo son buena gente y se las arreglarán.

—¿No habrá abuso?

—No —aseguró él con firmeza.

—Me alegro.

Pero Francesca estaba pensando ya en otra cosa Una casa móvil en los bosques. ¿Sería la misma en la que había muerto el hijo de Luke?

Sentada allí con el sol del atardecer y la cerveza fría en el precioso porche recién terminado, le parecía aún más imposible que hubiera sido tan sórdido.

Era cierto que Luke había vivido demasiado aprisa a veces. Había abandonado la escuela y se había ido del pueblo en aquella moto suya poco después de su beso para no volver nunca más. Esos eran los hechos. La sórdida historia no lo era. Al menos para ella.

Sin contener un impulso dijo:

—He conocido a Sharon Barón hoy —al instante la expresión de él se hizo hermética—. Tiene una diabetes de tipo dos muy mal controlada. La verdad, creo que tendría más sentido que la atendieras tú.

—Nunca lo consentirá. No mientras Carón, Daron y Norad, ahora, sean mis pacientes.

—Eso había imaginado —pero estaba completamente decidida a llegar hasta él—. Sin embargo, tengo otro paciente que quiero pasarte. Es un hombre llamado Eric Saltman que tiene todos los síntomas de una disfunción hipertiroidea. Recuerdo que me dijiste que habías estudiado un año y medio de endocrinología.

—No, de ninguna manera —la cortó él en seco.

Eso era lo que ya había esperado, pero no iba a evitar la confrontación.

—¿Por qué, Luke?

La cautelosa tregua con la agradable aura de relajación había desaparecido. Luke se puso tenso al instante, posó la cerveza y salió del porche.

Francesca se sintió enfadada al instante.

—¿Por qué? —repitió. He tenido cincuenta pacientes hoy. Estoy desbordada. No sé lo que tendrá la ciudad en contra tuya para que estés luchando de esta manera. He oído algunos rumores, pero no

los he querido escuchar.

—¿Los has oído?

—¡SÍ!

—Me pregunto por qué —dijo él.

«Porque estaba loca por ti a los quince años, Luke Wilde y por desgracia eso no ha desaparecido».

Por supuesto, no lo dijo.

—Porque me parece lo justo. No me considero una persona que haga juicios precipitados.

Él la miro con cinismo.

—Es muy noble por tu parte.

Francesca no le podía culpar porque había hablado con cierto tono pomposo.

—Quizá los motivos nobles sean un concepto desconocido para ti, Luke —dijo con desdén—, pero el asunto es que tú necesitas pacientes y yo necesito descargarme y seguramente si yo te concedo el beneficio de la duda, el pueblo empezará a hacerlo también.

—¿Por qué? ¿Por que la buena señorita Chessie Brady no apoyaría a nadie que fuera malo y deshonesto? ¿Por que no arriesgaría su reputación profesional asociándose con algún doctor reprobable?

—¡Sí! Puedes ponerlo así si quieres, pero sí. ¿Qué pasa contigo, Luke? Una demostración personal y profesional de apoyo hasta que te dejen demostrarlo a ti mismo, lo que estoy segura que conseguirás.

Otra vez el tono pomposo. A Luke le destellaban los ojos y algo en aquel fuego le hizo enfadarse con ella misma en vez de con él.

—Porque es malditamente condescendiente. Yo soy un hombre muy obstinado, doctora Brady —ya eran dos, pensó ella—. No me gusta huir de los fracasos sino hacerles frente. Por eso es por lo que he vuelto aquí Pero si no puedo conseguir restaurar la reputación de los Wilde sin la ayuda de nadie y mucho menos la tuya, entonces me iré. Que será lo mejor que puedes hacer ahora tú, Francesca, antes de que diga algo de lo que me arrepienta.

—Luke por favor… —ella salió del porche también hacia él muy enfadada, pero deseando con desesperación dejar el pasado en el pasado.

Luke frunció el ceño cuando ella posó instintivamente la mano en su antebrazo con gesto de súplica. Bajó la vista hasta su mano y ella le siguió la mirada. De repente se estableció una corriente eléctrica entre ellos. Él movió la mano para agarrarle por el antebrazo como había hecho ella y quedaron casi pegados.

Pero el contacto no era suficiente. Ella deseaba más y también él5 La prueba era su respiración jadeante y su inmovilidad. Francesca alzó la otra mano hacia su hombro y se quedó mirándolo muda sin saber qué decir, deseando sólo sentir.

—No, Chess —dijo él con la cara tensa por el control que estaba ejerciendo—. No puedes convencerme de esta forma.

Luke deslizó la mano hasta su codo arrugando la blusa de seda con el calor de sus manos y acompasó el movimiento con la otra mano hasta tenerla apretada con fuerza. Sus muslos estaban apretados con fuerza contra los de ella y sus caderas también. Francesca pudo sentir su excitación y eso la derritió y la hizo inflamarse con el imposible éxtasis de su deseo por él.

—No voy a hacerlo. No voy a tomarte en mis brazos, posar mi boca sobre la tuya y susurrarte promesas al oído que pasaremos por esto juntos. Ya no somos unos adolescentes.

—Eso ya lo sé…

—¡Míranos! Estamos los dos en fuego, ¿verdad?

—Sí… sí.

Ella tenía el corazón desbocado y deseaba enroscar las piernas entre las de él, enterrar la cara en su cuello, paladear el sabor de él.

—Pero no voy a hacerlo, Chess. No voy a besarte. No estamos del mismo lado. Y eres la última persona en el mundo de la que necesito ningún favor. Ya he pagado demasiado por este insano magnetismo. No aceptaré a ese paciente tuyo. Trata con Eric Saltman tú misma, Francesca y sigue con tu consulta. Yo haré que la mía funcione a pesar tuyo, no gracias a ti.

Sus muslos rozaron los de ella deliberadamente y la atrajo aún más hacia sí. Fue un gesto áspero sin nada de ternura, como si la estuviera retando a responder. Pero no había nada en su cara que fuera el preludio de un beso.

—Todo puede quedarse en el pasado, donde pertenece —terminó.

Entonces la soltó y retrocedió de forma tan abrupta que ella dio un torpe paso para recuperar el equilibrio. Pero ninguna fuerte mano masculina se acercó a ayudarla. Luke simplemente vigiló con los ojos entrecerrados.

—No te entiendo, Luke. Estábamos tan bien hace un momento hablando en el porche… Yo no soy tu enemiga. ¡No quiero serlo!

—Quizá, pero yo voy por mi cuenta, Chess y eso es todo. Ahora, vete, ¿de acuerdo? Antes de que hagamos algo de lo que podamos arrepentimos.

Como acostarse juntos. Eso era lo que quería decir.

A ella no le hubiera costado nada. Seguía palpitante, en fuego, desbordada por lo que había excitado en ella No, ningún hombre de los que había conocido en los últimos doce años le había producido aquello, ni siquiera se había acercado. Era como si sus sentidos se hubieran encerrado en la adolescencia. Pero aquello era ridículo. Eso no le pasaba a la gente. No tenía sentido.

Pero el hecho era que podría haberse acostado con él con la misma facilidad con que se bebía un vaso de agua cuando estaba sedienta. El cuerpo se lo pedía a gritos y si él no mostrara aquella determinación férrea de resistir…

Con desgana asintió:

—Sí, me iré. Y enviaré a Eric Saltman a Wayans Falls si los tests iniciales indican que necesita un seguimiento que yo no esté capacitada para hacer.

—¿Y sería eso lo único que haría yo si me lo enviaras?

—Espero no tener que enviarle al hospital, eso es todo —le explicó brevemente su situación—. Pensé que con tus conocimientos podrías ahorrarle el viaje.

—Lo dudo. Harás un test de medida de tiroides en sangre. Probablemente le dará alto. Entonces le darás una dosis de iodo radiactivo y le enviarás al hospital al día siguiente para que lo midan en cuyo caso, te recomiendo a Steve Kagan, que se encargará de determinar el tratamiento adecuado. La verdad es que no hay forma de evitar que baje al hospital a menos que decida retrasar el tratamiento hasta que su esposa dé a luz, lo que no le recomendaría.

—Yo tampoco.

Luke extendió las manos como diciendo: ¿lo ves? Con una sensación de derrota, Chess murmuró unas palabras de despedida y se fue.

Luke retiró sus herramientas incapaz de olvidar la escena que acababa de vivir e incapaz de creer que Francesca Brady era simplemente lo que parecía: competente, profesional y ansiosa por desarrollar una relación profesional de respeto y asociación mutua. Ella parecía confiar en él, pero él tenía un complejo pasado en ese pueblo y en otra parte. ¿Cuánto sabría ella de su pasado? ¿Cuánto creería? ¿Y cómo de unida habría estado a su padre en aquella época?

Ahora podría estar debilitado por la enfermedad, pero Frank Brady había sido en otro tiempo un hombre complejo y con una gran fuerza de voluntad; un buen marido y padre, sí, pero ambicioso y egoísta en su vida profesional y dispuesto a llegar

adonde fuera para proteger a los suyos.

Él había sido testigo de una brutal escena en particular quince años atrás en su estudio, el mismo estudio en que sin duda ahora Francesca estaría desempaquetando sus libros.

Luke había supuesto siempre que Chess había orquestado aquella escena. Si hubiera pensado lo contrario, nunca se hubiera ido del pueblo a pesar de las amenazas de Frank Brady. Pero esa tarde, sin embargo, Francesca parecía haber olvidado aquella parte de la historia.

Se preguntó de nuevo si lo sabría. En aquella época era muy inocente. ¿Y desde entonces? ¿La habrían mantenido a distancia? Quizá no conociera la verdad de las maquinaciones de su padre.

¡Maldición! ¿Y por que le importaba siquiera? Sabía, desde el momento en que había decidido volver a Darrensberg, que tendría que enfrentarse a aquella batalla sólo y se preguntó por centésima vez por qué era eso tan importante para él. Podría haber alcanzado el éxito en su profesión en cualquier otra parte sin la milésima parte de esfuerzo.

¿Sería puramente orgullo y terquedad? ¿Por el honor de los Wilde? ¿O tendría más que ver con Francesca Brady de lo que quería admitir?

¡Al diablo con todo! ¡Al diablo con el orgullo, el escándalo, la introspección y las mujeres!

Estaba débil, dolorido y con ampollas en las manos. Y tenía hambre también, pero no podía comer todavía. En ciertos momentos su cuerpo tenía necesidades más acuciantes que el hambre.

También se moría de ganas de darse una ducha. Quizá ardiendo para quitarse el sudor y el polvo del trabajo físico que había estado haciendo. O quizá helada para quitar algo más difícil que el sudor: la excitación insatisfecha. En cualquier caso, no tenía tiempo de darse una ducha. Todavía no. No en menos de cinco largos minutos.

Ya se había retrasado media hora para la crucial y penosa cita que tenía cinco veces al día con su más odiado enemigo y su más necesario amigo: la aguja hipodérmica.

Dándose la vuelta, entró en la casa para cumplir con su vital cita.

Capítulo 5

Francesca no vio ni habló con Luke durante algunos días. Tenía que admitir que lo había evitado, pero aparte, estuvo demasiado ocupada con los pacientes y con el intento de poner la consulta bajo su control.

—¿Estaba tan ocupado el doctor Stock? —le preguntó a la señora Mayberry el jueves por la mañana cuando vio la interminable lista del día más tres citas más apuntadas a mano.

—No porque la gente estaba esperando por ti, querida —dijo Betty dejando el café en la mesa.

A Francesca se le cayó el alma a los pies cuando lo vio. El café seguía llegando religiosamente a las nueve y a la hora del almuerzo, se lo tomara o no. Pero no llegaba a las cuatro, que era cuando ella estaba desesperada por tomarlo y nada de lo que dijera servía para nada. Aparte de echarle una buena reprimenda a la querida Betty, cosa que no estaba preparada para hacer porque siempre había sido muy buena con ella, no sabía que otra cosa podía hacer.

Resignada, alcanzó la taza y dio un sorbo distraída.

—Pero la gente no puede esperar para cosas como gripes o embarazos.

—Bueno, la mayoría de los casos de obstetricia los enviaba al doctor Richards en Stedman Point. Se conocían de la facultad y al doctor Stock no le gustaba la especialidad de obstetricia.

—Ah… —murmuró Francesca.

Era una lástima, porque para ella esa especialidad era la más interesante y ahora habría perdido a un buen número de pacientes. Una vez más se preguntó por qué su padre habría escogido a Preston Stock. Se lo preguntó a la señora Mayberry.

—¿Por qué el doctor Stock? Oh, porque es el nieto de Oliver Slade, por supuesto. El doctor Slade fue la mayor inspiración de tu padre en Hardvard y si no hubiera muerto, tu padre hubiera ejercido donde le correspondía: en una lujosa consulta en el East Side de Nueva York.

Aquella explicación tenía poco sentido. Sin embargo, aunque hubiera perdido a algunos pacientes, todavía le quedaban muchos. Quizá si se los siguiese mandando al doctor Richards, estaría más libre.

¡Pero no! Porque eran los pacientes que más le interesaban. Frustrada dio otro largo sorbo de café y pus una mueca de desagrado. Estaba demasiado fuerte con mucha menos leche de la que ella solía tomar.

—Señora Mayberry —dijo con tono tenso cada vez más irritada. Fuera o no la querida Betty, como su madre la llamaba, tenía que ejercer la autoridad sobre aquella mujer—. Voy a poner unas nuevas directrices y espero que las cumpla. Primero, no vamos a meter a más pacientes que los citados, salvo que necesiten atención urgente, cuando la lista está por las nubes. O bien deja algunas horas vacantes de forma sistemática o envía a la gente a otra parte.

—¿A otra parte? ¿Quiere decir a Stedman Point o a Wayans Falls?

—¡No, no quiero decir eso! Quiero decir que le diga a la gente que vaya a Luke Wilde —la señora Mayberry lanzó un gemido, pero Francesca no hizo caso—. Segundo, no quiero trabajar a la hora del almuerzo. No debe contemplar ese tiempo como tiempo para admitir más pacientes. Y no quiero mantener a la gente esperando media hora para su cita porque usted va rellenando hasta los últimos cinco minutos disponibles. También revisaré nuestro funcionamiento general este fin de semana y quiero que esté preparada para hacer algunos cambios. Necesito tiempo libre por la tarde para examinar los resultados de las pruebas y hablar con algunos especialistas. Y por fin, algo que ya le he dicho varias veces: quiero el café a las cuatro en punto. ¡No lo quiero a las nueve de la mañana ni a la hora del almuerzo! Ahora, ¿le pedirá a Dixie que pase al señor Pomeroy a la sala rosa?

La señora Mayberry salió volando sin decir una sola palabra y Francesca enterró la cara entre las manos sintiéndose como una asesina. ¿Qué había hecho? ¡Disgustar a la querida Betty! ¡Su padre se hubiera puesto furioso!

¿No podría haberlo hecho con más tacto? Pero era cierto que llevaba intentándolo toda la semana y no había servido de nada. Se fue a la sala rosa, pero el señor Pomeroy no estaba allí y tuvo que volver al despacho para encontrarlo en la azul. Enseguida vio las venas varicosas que debían estar ocasionándole muchas molestias. Algunas cuestiones sobre su salud en general y estilo de vida demostraban que había estado intentando minimizar las molestias de la forma más sensata, pero sin ningún resultado así que tuvo que decirle que la cirugía era el siguiente paso. Él pareció encantado ante la idea.

Media hora más tarde, sintiéndose mezquina, aprovechó un momento para preguntarle a Dixie por qué el señor Pomeroy estaba en la sala azul en vez de en la rosa como ella había pedido.

—La señora Mayberry no me dijo nada, así que hice lo de siempre y lo llevé a la azul. Lo siento.

—No te preocupes, Dixie. Estaba intentando establecer mis normas de forma un poco tonta. No es culpa tuya ni de la señora Mayberry, pero pienso quitar ese esquema de colores lo antes posible.

—¡Oh, Dios! —Francesca le dirigió un gesto interrogante—. A la señora Mayberry le encanta. Fue idea suya.

—Pues yo lo encuentro repulsivo —explotó Francesca comprendiendo que estaba cansada. Últimamente no dormía bien a pesar de lo agotada que acababa—. ¿Está disgustada? —añadió un poco arrepentida.

—Está suspirando.

—¿Y eso quiere decir que está disgustada?

—El doctor Stock la tenía suspirando seis días a la semana aunque no es algo para celebrar, debo decir.

—Pero me daba la impresión de que le caía bien el doctor Stock.

—Bueno, no se lo hubiera contado a usted aunque no fuera así. Por el bien de su padre. Siempre le ha sido muy leal.

Ahora Francesca se sentía realmente mal.

—Hablaré con ella a la hora del almuerzo. Ya lo arreglaremos.

Cuando pidió a la señora Mayberry que pasara a su despacho a la una, pasando del sándwich por cuarto día consecutivo, las cosas parecían haber sobrepasado el punto de arreglo.

—Simplemente no va a salir bien —sollozó la señora Mayberry —. Debería haberme retirado cuando lo hizo el señor Brady. Estoy demasiado acostumbrada a su funcionamiento como para cambiar las cosas. Me las arreglé con el doctor Stock porqué pensaba que cuando vinieras todo seguiría igual. Pero tú tienes ideas diferentes V costumbres diferentes. ¡No se puede enviar el exceso de pacientes a un drogadicto! Tu padre tenía los más altos valores morales para una cosa así. ¡Y las cuatro de la tarde es una hora espantosa para tomar un café!.

—¿Pero qué le hace estar tan segura de que es un adicto, señora Mayberry? preguntó desesperada Francesca—. ¿No podría ser sólo un rumor?

—¿Rumor? ¡Chessie, querida, lo he visto con mis propios ojos!

Se estaba frotando esos mismos ojos con un pañuelo mientras hablaba.

—¿Lo ha visto? ¿Quiere decir drogado?

—¡Le he visto meterse una aguja en las venas, eso es lo que he visto! Fue hace dos meses, a las pocas semanas de que abriera la consulta de su padre. Tenía algo de correo para él que había dejado el cartero por equivocación, así que me fui a la hora del almuerzo y

allí estaba, en el baño de los pacientes metiéndosela por un costado. ¡Fue horrible! Supongo que tendrá que buscar sitios tan extraños porque tendrá todas las venas colapsadas. Eso es lo que dicen de los drogadictos, ¿no es verdad? No soy completamente ingenua, Chessie aunque a ti te parezca tan inútil para este trabajo.

Empezó a sollozar de nuevo.

—Presento mi dimisión. Me iré dentro de dos semanas. Lynn Parker está buscando trabajo. Te daré su número de teléfono. No quiero dejarte colgada, simplemente debería haberme retirado cuando el doctor Stock se hizo cargo, eso es todo.

Francesca no intentó discutir porque le parecía lo más sensato que había dicho la señora Mayberry en toda la semana. Las transiciones eran duras porque todo el mundo imponía sus propias normas.

Y en cuanto a lo que había dicho que había de hacer a Luke, la imagen gráfica le ardía en la mente] muy vivida y creíble. La señora Mayberry lo había visto y sin embargo…

Luke no, pensó. Debía haber otra explicación.

Pero tuvo que hacer un esfuerzo por apartar asunto de su mente y poder concentrarse en lo que tenía enfrente.

—Señora Mayberry, comprendo el duro esfuerzo que ha hecho…

Consiguió terminar el discurso con el mayor tacto posible mientras tomaba nota mentalmente de llamar a su padre para que le diera una buena liquidación o algún regalo especial.

Los pacientes ya se estaban agrupando en la sala de espera cuando la señora Mayberry, un poco más animada ya, salió de su despacho y ella retiró la melena rubia para frotarse el cuello. Parecía que iba a tener otra larga tarde.

—Hablaremos de los resultados de sus pruebas en un momento, señor Saltman —mintió Francesca—. Es evidente que no se siente bien hoy. ¿Es por eso por lo que ha venido?

—Sí. Supongo que será gripe. He tenido treinta y nueve de fiebre durante dos días y medio y me siento…

No hacía falta que lo dijera porque tenía muy mal aspecto.

—De acuerdo. Vamos a echarle un vistazo.

Se puso el estetoscopio deseando tener un poco más de tiempo para pensar en qué estaba sucediendo. Había llamado a Eric Saltman hacía una semana, al día siguiente de la confrontación con Luke en su porche y le había sugerido hacerse un análisis de sangre. Se había inventado una excusa para explicarle que no lo atendería el doctor Luke y el señor Saltman no había puesto objeciones. Había

ido el jueves a hacerse el análisis y los resultados habían llegado por la mañana.

Había estado a punto de llamarle para comunicarle las buenas noticias, pero había visto que estaba citado por la tarde, así que había esperado.

Lo cierto era que el resultado la había sorprendido y había querido disponer de tiempo aunque no le dejaban mucho el resto de sus pacientes. El nivel de T4 en sangre era normal y ella había estado segura de que sus síntomas eran los clásicos de hipertiroidismo.

Al mirarlo ahora, hubiera jurado que sus síntomas eran de manual y sin embargo, los resultados eran normales. La anomalía la estaba inquietando.

Todo lo demás no iba demasiado mal exceptuando que había averiguado que Lynn Parker, la chica que le había recomendado la señora Mayberry, ya no estaba disponible.

—Voy a trabajar para el doctor Wilde —le había dicho por teléfono el viernes—. Oh, ya sé lo que todo el mundo dice, pero no me lo creo. Me refiero a las drogas —continuó antes de que Francesca pudiera intervenir—. Le llevé a Kayla, mi hija de cuatro años, con cuarenta de fiebre un sábado por la tarde porque el doctor Stock tenía el contestador puesto diciendo que fuéramos a Wayans Falls para urgencias. De todas formas, fue fabuloso. Yo he visto el aspecto de los drogadictos y él no lo tiene. Respondió a mis preguntas con detalle, le hizo un cultivo de garganta y a Kayla le encantó. Después le dije a mi hermana que fuera por su embarazo y ella también cree que es estupendo, así que lo siento, doctora Brady, no es nada personal, pero ya no estoy buscando trabajo.

Lo que significaba que tendría que recurrir al viejo sistema de poner un anuncio.

La señora Mayberry se mostraba escéptica ante ese método.

—Creo que el boca a boca es mejor —dijo esa mañana al llevarle el café de las nueve deteniéndose a mitad de camino al recordar que aquello iba contra las normas.

Al instante estuvo al borde de las lágrimas.

Francesca tuvo que tranquilizarla y decirle que no importaba, que lo cierto era que esa mañana le apetecía el café, lo que era una concesión de la que probablemente se arrepentiría. Pero la pobre señora Mayberry se había sentido tan ansiosa esos días…

Le aplicó el estetoscopio a Eric Saltman y escuchó. Parecía tener un toque de gripe porque tenía algo de congestión respiratoria. Pero nada sugería algo más grave como una neumonía. Sin embargo,

estaba ardiendo y tenía el corazón desbocado.

Francesca dio un paso atrás.

—Señor Saltman.

Examinó su historial de nuevo y se fijó en que habría perdido unos dos kilos en la semana anterior. Le seguía pareciendo hipertiroidismo y sin embargo los análisis…

—¡No! ¡Haga que se dé la vuelta!

—¿Perdone? —Chess se dio la vuelta. El señor Saltman miraba por detrás de ella con cara aterrorizada y aquellos clásicos ojos protuberantes más abiertos de lo normal. Pero ella no pudo ver nada.

—¿Qué es, señor Saltman?

—La puerta… Se está abalanzando sobre mí. Hágala retroceder. ¡Me va a aplastar contra la pared!

Había empezado a retroceder entre gemidos y ella llamó alarmada:

—¿Dixie? Dixie, necesito que venga a esta sala ahora mismo, por favor.

Dixie apareció con los ojos muy abiertos sobresaltada por la urgente llamada.

—El señor Saltman está alucinando. Intenta mantenerle calmado un minuto mientras yo llamo al doctor Wilde.

—De acuerdo. ¿Pero qué hago si…?

—Te las arreglarás, Dixie. Eres muy competente.

Cuando llegó a su despacho descolgó rezando porque estuviera en casa y no en alguna carpintería ni ferretería. Había terminado de arreglar el porche y se había puesto con las molduras del piso superior.

—Hola —contestó su voz de barítono a la segunda llamada.

Francesca casi lanzó un grito de alivio.

—¡Luke!

—¿Chess?

—¡Sí! ¡Gracias a Dios que estás ahí! Tengo a Eric Saltman aquí. Mi enfermera, Dixie está con él ahora mismo. Está alucinando. Los tests de T4 han dado normales, pero está muy enfermo. Tiene casi cuarenta grados de temperatura. Y todo parece el clásico hipertiroidismo y sin embargo los test…

—¡Ahora mismo voy! —fue lo único que dijo antes de colgar.

Chess estaba temblando mientras se preguntaba para qué habría ido a ejercer de médico de familia con los millones de diagnósticos diferentes que tenían que hacer. Pero no podía seguir allí mientras Dixie estaba muerta de pánico.

—¡Como si no lo estuviera yo! —murmuró en voz Se apresuró a volver a la sala azul. La respiración de Eric Saltman era rápida y jadeante y tenía los ojos inflamados en sangre y turbios y la piel muy seca y ardiente. Seguía mirando aterrorizado a la puerta como si tuviera un monstruo avanzando hacia él.

—Señor Saltman.

—¡Párelo! ¡Párelo!

—Lo estamos parando, señor Saltman. El doctor Wilde viene ahora mismo a pararlo.

Como si la hubiera escuchado, se oyó el eco de sus firmes pasos en la puerta hablando ya.

—Si tienes alguna duda, confía en tu primer diagnóstico y segundo pide más pruebas. Está bien, señor Saltman —tranquilizó al paciente—. Vamos a solucionar esto, ¿de acuerdo? —entonces se volvió hacia Francesca de nuevo—. Pediste la T4, ¿verdad?

—Sí, y ya ha llegado.

—Normal —asintió él—. Vamos a ponerle suero.

Miró a Dixie que desapareció al instante para buscar lo que necesitaban. Era eficiente y pronto estaría de vuelta, pensó Francesca.

—¿Y el T3?

Ella sacudió la cabeza.

—No me parecía necesario que gastara más dinero en pruebas.

—Pero existen algunos raros casos en que el T4 sale bastante normal… Ah, gracias, Dixie. Ahora los medicamentos. Necesitamos…

Enumeró la lista y Francesca pensó que los tenían todos a mano.

Luke le puso la inyección intravenosa con sorprendente rapidez, agarró los medicamentos y empezó a mezclarlos con el suero. Había medicamentos para disminuir el pulso y el metabolismo, un par de drogas para empezar a controlar el hipertiroidismo y algo para bajar la fiebre. En cuanto el transparente líquido empezó a fluir por el tubo, se dio la vuelta para terminar de hablar con Francesca.

—Mientras que el nivel de T3 es elevado, confirmando el diagnóstico, en este caso bastante aparente, como tú habías dicho. Parece que fuera una gripe que ha precipitado la tormenta de tiroides. Señor Saltman, enseguida empezará a sentirse mejor, pero tendrá que pasar un par de días en el hospital. Llamaremos a una ambulancia.

—No —consiguió protestar el enfermo—. Mi mujer… Si la puerta empieza a atacarla a ella…

—¿No hay nadie más en casa?

—No. Está monitorizada para un parto prematuro, pero…

—¿Por qué no enviamos a la ambulancia a buscarla a ella también?

Francesca asintió.

—Me parece lo mejor.

—De acuerdo entonces. ¿Te importa que me vaya ahora? Nunca se sabe, puede que aparezca algún paciente para mí. Tengo abierto todavía otros diez minutos y mi secretaria no empieza hasta la próxima semana.

—Luke…

Le siguió hasta la puerta.

—¿Sí?

—Yo…

—No te preocupes porque se me haya pasado.

Pero ella sacudió la cabeza muda. Estaba disgustada y ahora la expresión de él se suavizó.

—Mira, es el tipo de cosas que sabes de memoria antes de un examen, pero en el primer mes de medicina real, vuela por la ventana. Pronto te relajarás y confiarás en tu juicio.

«Si tú aceptaras algunos de mis pacientes me podrías ayudar», pensó ella.

—Pero, Luke. Yo creía que acababas de empezar tú también. ¿Hace dos meses?

—Algo así, pero estuve en una consulta de grupo en Saratoga durante un año y medio antes de venir aquí. Una locura, ¿verdad? —comentó con cinismo.

—Las cosas empezarán a salirte bien. Para empezar —ya tienes a Lynn Parker.

—Sí. Hoy he tenido cuatro pacientes y dos de ellos volverán. Y contratar a la señora Parker ha sido un acto de desafío, Chess. Como montar una Harley a los dieciocho. Esperemos que todavía pueda comer a finales de mes después de haberla pagado.

—Lo conseguirás, Luke.

—Es tu fe lo, que me mantiene vivo, princesa —dijo con sarcasmo.

Entonces se fue dejándola allí furiosa.

—Ahora está descansando tranquilo —le informó Dixie en cuanto entró de nuevo. Pero la temperatura sigue por las nubes.

—Enseguida bajará.

Dixie sonrió.

—Ha sido muy interesante ver al doctor Wilde de cerca. ¡No me había dado cuenta de que estuviera tan bueno!

La ambulancia había llegado a la media hora y pararía por la casa de los Saltman para recoger a su mujer antes de ir al hospital, donde Steve Kagan, el endocrinólogo que había recomendado Luke, examinaría a Eric.

Dixie y la señora Mayberry ya se habían ido y Francesca pensó que no le había dado las gracias a Luke. Podría ir en ese momento o esperar hasta el día siguiente, pero entonces ya se habría olvidado de la ofensa de la palabra princesa y prefería enfrentase con él en caliente…

—¡No vuelvas a llamarme princesa otra vez! —le soltó sin preámbulos diez minutos después empujando la puerta de su despacho que estaba entornada.

Luke alzó la vista de su mesa cubierta de libros y revistas de medicina y esbozó una sonrisa maliciosa.

—Has venido a darme las gracias por ayudarte hoy, evidentemente.

—Sí, la verdad es que sí, pero primero tenía que solucionar ese pequeño asunto. Yo no soy una princesa. Pude serlo en otro tiempo.

—¿Pudiste?

—De acuerdo, lo era. Pero ahora no lo soy. Prácticamente he despedido a la señora Mayberry la semana pasada. Eso no es muy principesco, más bien propio de la bruja más malvada.

—¡Vaya, algo es algo!

Se levantó entonces y empezó a apilar los libros y revistas para devolverlas a las limpias, pero baratas estanterías. Aquella era una habitación que podría ser preciosa, con sus altos techos, suelos de madera y el amplio ventanal, pero no estaba lo bastante bien amueblada ahora y el contraste entre ella y su despacho era enorme.

Instintivamente empezó a ayudarle a colocar los libros interesándose por algunos de los títulos. Su pequeña biblioteca era más que adecuada y actualizada.

La tarea de colocar los libros la acercó a él y fue consciente de él como no lo había sido al trabajar a su lado. De repente era inquietante en su fuerza y familiaridad.

A punto de irse, agarró la última pila de libros justo cuando él se estiraba por encima de ella para posar unas revistas y su manga le rozó el antebrazo. Al instante se le pusieron los pelos de punta y sintió el abanico de su aliento contra su pelo.

—Mira, me he distraído. La verdad es que vine a… Sinceramente quiero agradecerte…

—No —murmuró él con tono amenazador—. No, lo que quieres

es besarme. Igual que yo a ti. Me hubiera dado de bofetadas esta semana por no haber aprovechado la oportunidad la semana pasada.

La atrajo hambriento contra sí y ella se dejó lleva sin resistencia. Ya no podía pensar en otra cosa que su apremiante respuesta física a él.

Luke enroscó los brazos alrededor de ella y bajó la cabeza para buscar su boca, abriéndole los labios y explorándolos con la seguridad de que ella respondería. Y lo hizo, estirando la cara hacia arriba, cerrando los ojos y apretándose contra él.

—¡Oh, Chess! —gimió—. ¿Qué es lo que me haces? ¡De verdad pensaba que debía odiarte! —deslizó las manos por detrás para acariciarle la nuca y alzarle la cabeza—. No puedo creer que todavía desee hacer esto contigo.

—Luke…

Francesca estaba perdiendo las fuerzas y lo único que deseaba era pegarse contra él, sentir la dura masculinidad de sus brazos y su torso, saborearlo y deslizar su cara por la incipiente barba.

—A ti te pasa lo mismo, ¿verdad? —preguntó él abarcándole la barbilla entre las manos y sofocándola con su mirada azul—. Tú tampoco te lo crees, pero lo sientes.

—¡Sí! ¡Oh, sí!

Sus palabras se perdieron contra sus labios y cerró los ojos de nuevo sintiéndose en el paraíso, algo que siempre había querido en su vida. Alzó las manos de su pecho a su cuello que estaba suave y bronceado y entonces… Ya no pudo resistirse e hizo lo que había deseado hacer quince años atrás: enterrar los dedos en su pelo, acariciando la curva de su nuca y arruinando el estilo conservador que adoptaba con su ropa de doctor.

—No te pega vestir así, Luke —le dijo con languidez tirando de su corbata—. Puedes engañar a algunas personas, pero no a mí. Yo sé lo que hay bajo ella. Es el mismo cuerpo que a los dieciocho años, fuerte, duro y espléndido.

—Y tú lo deseas; ¿verdad? —murmuró sombrío contra su pelo—. Igual que yo deseo el tuyo, tu suavidad, tu pelo de princesa… No, déjame decirlo. ¡Déjame! —apretó los dedos contra su boca para acallar su protesta—. No es un insulto. Me parecías inalcanzable y ahora descubro que te excito tal y como soy. Es… Oh, Chess… estoy ardiendo.

Ella lanzó un leve gemido gutural demasiado excitada como para hablar y se apretó contra su cuerpo tembloroso de masculina necesidad.

—Espero que no llegue algún paciente tardío, Luke —consiguió decir—, porque creo que no he cerrado la puerta de fuera.

—¿Y sería algún problema que nos pillaran? Somos adultos y estamos completamente vestidos. Aunque la idea de no estarlo…

—Bueno, nunca había considerado erótica la idea de que me sorprendieran…

—No es erótica, pero tampoco vergonzosa.

—Pero no es eso —insistió ella—. Hay mucho más en juego que sólo un beso.

—Ya lo sé. El corazón casi se me sale del pecho tengo las entrañas en fuego y la cabeza ardiente de imágenes tuyas…

—¡No, Luke!

—No —concedió él de repente retrocediendo. Ya no se estaban tocando y ella le seguía deseando con desesperación—. No, tienes razón. No necesitamos decirlo, ¿verdad? Esto está desequilibrando el barco. ¡No formaba parte del programa!

Luke estaba silencioso y pensativo. Se había vuelto de espaldas a ella y había entrelazado los dedos tras la nuca.

Chess esperó otro momento y entonces dijo sin querer:

—Será mejor que me vaya, Luke.

—¡No! —se dio la vuelta de forma brusca—. No estoy diciendo… Sólo no te vayas, ¿de acuerdo? Vamos a comer… o lo que sea.

Miró entonces a su reloj y entrecerró los ojos como si estuviera calculando algo.

—Eso me gustaría —respondió ella.

—Vamos fuera del pueblo. Hay un buen restaurante chino a medio camino entre Wayans Falls y Stedman Point. Está como a media hora. ¿Demasiado lejos?

—No.

—Bien, porque me apetece conducir. ¿Necesitas volver a casa?

—No, no hace falta. Tengo el busca y el teléfono móvil conmigo.

—Espera aquí. Dame un minuto y nos iremos.

Luke desapareció en la parte privada de la casa, cerró la puerta tras él y Chess escuchó algunos sonidos indescriptibles, el crujido de la puerta del frigorífico, sus pasos y el agua corriendo. Unos minutos más tarde estaba de vuelta, abrió un cajón de su mesa y sacó un manojo de llaves. Cinco minutos más tarde estaban en sU coche, que era adecuado aunque no lujoso.

Luke tomó las carreteras traseras en vez de la autopista y pasó por el puente de madera de Buckhorn River, subió la falda de una montaña y bajó al lago Edward. La carretera rodeaba el gran lago y

pasaba por delante de los exclusivos complejos turísticos y moteles que se extendían a lo largo de los embarcaderos del lago.

La luz estaba empezando a desvanecerse y las nubes del oeste producían una gloriosa mezcla de colores y formas. El lago brillaba como un espejo entre los pinos y destellaba. Había un par de botes en el lago que cortaban el reflejo de las montañas de enfrente.

—Me encanta este paisaje —dijo Luke.

Era la primera vez que había hablado en todo el trayecto.

—Ya lo sé. Yo lo he añorado tanto en mis años de universidad en Nueva York… Pero de alguna manera mis padres siempre iban a verme. Eran híper protectores con mis estudios. Supongo que estaban aterrorizados de qué fracasara.

—No me parece muy probable.

—Y después íbamos de vacaciones a Florida y a Europa. Cuando volví hace una semana y media era sólo mi tercer viaje en doce años. Ahora me parece una locura. ¿Y qué hay de ti, Luke?

—Sí, yo he vuelto, pero tampoco a menudo. Viví en Nueva Jersey una temporada antes de entrar en la facultad de medicina de Ohio.

—Ah, no lo sabía.

Hablaron de aquellos años y de sus experiencias comunes durante toda la cena, en la que compartieron unos delicados entremeses seguidos de dos especies platos con arroz inflado. El vino blanco frío y seco entraba de maravilla y añadía su propio ingrediente de relajación a la potente química entre ellos.

Luke no se molestó en ocultar su deseo por ella, se reflejaba en sus ojos azules y en su acariciante sonrisa que los dos reconocían.

Había algo peligroso en aquello. En él. Porque ella sabía que su deseo no superaba las dudas que sentían el uno por el otro.

Después de la cena, cuando llegaron a su coche, él parecía inquieto y se apoyó contra el techo para decir:

—No vayamos a casa todavía. Hace una noche preciosa. Vamos a bajar hasta el lago —miró la fina seda de su blusa—. Yo te mantendré caliente.

¿Cómo podían unas palabras tan casuales excitarla así?

La estación turística de Stedman Point todavía no estaba en su pleno apogeo así que aparcaron con facilidad al lado del mini golf cerca del embarcadero de los remeros. La luz plateada brillaba en el agua negra y había algunos patos insomnes graznando en espera de ser alimentados.

—Lo siento, chicos —les dijo Luke—. Tenemos otras cosas que hacer.

Como continuar su descubrimiento mutuo. Luke la levantó para sentarla en un muro bajo, lo que le hizo estar más alta que él y a él le obligó a estirarse. Y eso era nuevo y maravilloso, sentir su boca deslizándose por su cuello hasta poder rozar las tentadoras curvas de sus senos, sentir sus manos aferrando sus caderas cuando se inclinó para alzarle la blusa y juguetear con su vientre con la lengua.

Lo siguiente que hizo fue sentarse a su lado en el muro y aquello le resultó más familiar: ella más baja que él o sea que tenía que arquearse para alcanzarlo o poyar la cabeza contra su pecho para escuchar los latidos de su corazón.

El viento rizaba la superficie del agua y agitaba su pelo rubio, pero como él la tenía abrazada, Francesca no sentía frío.

No hablaron mucho, sólo se besaron como dos locos, se saborearon, se fundieron el uno en el otro hasta que fue peligroso para ambos y él consiguió susurrar:

—¿Nos vamos a casa?

—Sí.

Esa vez, no perdió ni un precioso minuto en el paisaje sino que atajó por el camino más corto hasta el cruce de Darrensberg, la calle State y su casa.

La casa de ella. Luke paró frente a la puerta y ella se escuchó a sí misma preguntar con voz susurrante:

—¿Te apetece un café?

—Claro. La verdad es que necesitamos hablar… entre otras cosas.

Chess supo que había cometido un error en el mismo instante en que entró en casa.

Capítulo 6

Luke había visto la consulta, pero no había visito la parte privada de la casa y cuando Francesca cerró la puerta principal y lo condujo por la alfombra persa del recibidor, comprendió cómo el lujo de aquella casa cantaba a gritos el fracaso profesional de su padre.

Pasaron por delante de una pieza antigua de cerámica en un basamento especial y un óleo del siglo diecinueve del lago Edwards y los picos que lo rodeaban. En la cocina, el impecable frigorífico nuevo funcionaba en total silencio y los cristales de las puertas de los lujosos armarios recién puestos, brillaban.

La cafetera eléctrica ya había sido programada por la señora Mayberry para las siete cuarenta y cinco y Chess tuvo que sacar el manual para reprogramarla.

—No sé para qué la gente tiene estas cosas —murmuró—. Dan más trabajo del que quitan.

—Evidentemente.

Luke estaba de pie en medio de la cocina con las manos metidas en los bolsillos y sólo parecía fuera de lugar porque era aparente que él se sentía así. Francesca, al contrario, se sentía como «la princesa» que él desdeñaba y odiaba la situación.

Aquello era obra de su madre y su padre, no de ella. El casi silencioso lavavajillas, los fregaderos de acero inoxidable brillantes como espejos, el valioso frutero de porcelana. Ella nunca se había parado a pensar en aquella cocina. No era importante para ella, y ese era el problema, comprendió de repente. Luke no se podía permitir el lujo de desdeñar todo aquello.

Al intentar abrir la tapa de plástico de la lata de café, se le derramaron los aromáticos granos por la encimera de granito y se dio la vuelta disgustada consigo misma.

—Odio esto. Lo siento. ¿De verdad quieres café? ¡Pero por supuesto que sí! Dijiste…

Miró a su alrededor en busca de un paño para limpiarlo, pero Luke estaba a su lado antes de que pudiera moverse.

—Chess…

Le dio la vuelta y la abrazó, su boca cubriendo la de ella, entreabriendo sus labios, bebiéndola hasta que ella empezó a gemir de repentino placer. Él deslizó las manos bajo la seda de su blusa para abarcar al instante sus inflamados senos y Chess se estremeció y se apretó contra él deseando más.

—Estás muy llena —murmuró él acariciando sus pezones hasta

convertirlos en dos duros botones—. Desbordas mis manos con tu suavidad. Te siento… increíble…

Ella no podía hablar, sólo permanecer así con los ojos cerrados, paralizada de éxtasis. Luke había empezado a desabrocharle los botones de la blusa, un momento después se la había deslizado por los hombros, deslizado las tiras de satén de su sujetador y desabrochado el cierre hasta que sus senos se derramaron por completo de las copas de encaje a sus manos.

Luke gimió cuando ella se arqueó deseosa ofreciéndole los jugosos pechos que a él parecían gustarle tanto y su placer se confundió con el de ella sin poderse distinguir.

Francesca forcejeó con su camisa deseando sentir su piel, pero no tuvo tiempo de desabrocharle los botones, así que abandonó y se concentró en su beso y sus caricias.

—Quiero llevarte arriba —susurró él—. Quiero hacerte el amor, Chess.

—Ya lo sé. Eso… eso es lo que yo quiero también.

—Pero esto no es lo que habíamos planeado.

—¿Importa eso?

—Íbamos a hablar. Tenemos que hablar antes de seguir adelante con esto.

Sus dedos se deslizaron por sus costillas como intentando aferrase a ella hasta el último segundo y entonces la apretó con el ceño fruncido mientras que ella simplemente le observaba paralizada y con los ojos muy abiertos, todavía jadeante y con las manos apretados contra la encimera.

—Necesito saber —prosiguió él apretando los dientes—, exactamente lo que te contó tu padre. Hasta qué punto erais cómplices.

—¿Mi padre? ¿Qué tiene él que ver con esto? —parecía tan incongruente estar allí deseándose el uno al otro, ella desnuda con los senos inflamados todavía cosquilleantes mientras él le hacía oscuras preguntas—. ¿Cómplices?

—Dios, ¿crees que es un accidente que tu casa tenga este aspecto y tu consulta esté atiborrada de pacientes mientras que la mía está ruinosa y tengo suerte si me llegan doce pacientes a la semana?

—No, por supuesto que no. He oído los rumores. Esas cosas son difíciles de acallar, Luke. Sobre todo si…

Luke la interrumpió:

—Sobre todo si tu rival está haciendo todo lo que puede para que los rumores se propaguen, se inflen y se corroboren.

—¿Rival? ¿Estás diciendo que mi padre fue el que propagó los

rumores?

—Los empezó, no los propagó —la corrigió él—. El doctor Brady no necesitaba propagarlos. Otra gente lo hizo por él. Una indirecta por aquí y otra por allá. Puede que hasta lo dijera con desgana, de todas formas era hablar mal de un colega. Nadie quiere traicionar a su profesión. Esa es la impresión que hubiera dado y con eso conseguiría más credibilidad. Sugerir a cada oportunidad que probablemente el otro doctor era un borracho y que le suministraba drogas a su hijo y encubría un sórdido episodio de mala práctica profesional, hubiera hecho sospechar a la gente, pero sugerir con desgana a una o dos personas cuidadosamente escogidas…

—¡Esto es infame!

Enfadada, Francesca agarró la camisa del suelo, se la puso sin molestarse en abrocharse los botones ni en recoger el sujetador.

Con impaciencia hizo un nudo a la camisa apretándola contra los senos y dijo con ardor:

—¡Esto es una infamia! ¿Qué te pasa, Luke que has buscado a mi padre de chivo expiatorio porque tu padre… Bueno digamos porque fracasó como doctor y por tu propio…?

Se detuvo antes de mencionar el asunto de las drogas.

—¿Mi propio qué, Chess?

—Pasado.

—Mi pasado —repitió él con desdén—. Dios, ¿no crees que soy lo bastante fuerte y lo bastante bueno como para que la gente lo olvidara si eso fuera todo? Yo no era tan salvaje, aunque era una etiqueta conveniente. Si fuera sólo un asunto de mi pasado, tendría ya a la ciudad comiendo de mi mano a estas alturas. Pero estoy luchando contra un deliberado plan para echarme como el que fue diseñado para echar a mi padre también. Hay alguien en este pueblo que está propagando las calumnias. La misma Lynn Parker me dijo que no cree «lo que todo el mundo dice» sobre mi uso de drogas. Y bien, ¿quién lo esta diciendo?

Tenía los ojos tormentosos, pero ella estaba demasiado enfadada como para acobardarse por su presencia física.

—¿Yo? ¿Me estás acusando a mí?

—¡No! Pero me preguntaba si lo sabrías.

Francesca ya no estaba escuchando.

—O sea que acusar sólo a mi padre no era suficiente. Dios, ahora que pienso que he estado intentando ser justa y evitar juicios precipitados… ¡Y lo sorprendente es que sigo haciéndolo!

Lanzó una amarga carcajada y se enfrentó a su ardiente mirada azul.

Él estaba intentando juzgarla ahora. Lo podía notar. Sopesando sus palabras para ver si contenían toda la verdad. Después de unos momentos de silencio, Luke dijo despacio:

—¿Intentando ser justa? Supongo que habrá mucha virtud en eso. Me has acusado de buscar un chivo expiatorio. Yo he acusado a tu padre de propagar de forma deliberada rumores y de que tú lo sabías por lo menos. Creo que los dos tenemos en qué meditar esta noche, así que me retiraré si no te importa.

—¡No me importa en absoluto! —mintió ella.

Se sentía dividida en dos. No creía sus acusaciones, pero le seguía deseando.

Luke ya había salido de la cocina y en silencio cruzó la preciosa alfombra persa.

—¡Luke! —salió corriendo detrás de él odiando su voz suplicante—. ¡Luke! Seguramente deberíamos intentar…

La voz de él fue más firme en ese momento, pero no se detuvo.

—Consúltalo con la almohada, Francesca.

Lentamente volvió a la cocina, reprogramó la cafetera, limpió los granos de café y recogió el sujetador del suelo antes de apagar la luz. La casa estaba en total silencio, pero al cruzar el recibidor, el antiguo reloj del abuelo de la biblioteca, comenzó a dar las campanadas.

Diez, once, doce… contó con incredulidad. Era medianoche y aquella Cenicienta se había convertido en una calabaza.

Subió las escaleras y sintió sus senos balancearse bajo la seda. En el baño, a punto de lavarse los dientes, se miró al espejo y se sintió aterrorizada ante su imagen. Tenía el pelo salvajemente revuelto y el nudo de la blusa le llegaba al costado y alzaba sus senos en un incitante escote. Tenía un aspecto deseable y apasionado y era como se sentía. A pesar de su furia, lo deseaba todavía.

Estremeciéndose, salió del baño al santuario de su habitación desnudándose aprisa para ponerse el incitante camisón de algodón y encaje. Se lo acababa de deslizar cuando escuchó un coche entrar en el camino y un minuto más tarde y una fuerte llamada en la puerta. ¡Había vuelto para terminar aquello cara a cara!

Esa fue la única idea que le llenó la mente mientras corría escaleras abajo y ni siquiera se paró a pensar antes de abrir la puerta con una absurda mezcla de deseo ansiedad y furia…

Para encontrarse a sus padres allí de pie, su padre apoyado con gesto de cansancio en el brazo de su esposa.

Se detuvo en seco.

—¡Mamá! ¡Papá! ¿Qué estáis…?

—Bueno, si no sabías que éramos nosotros, no deberías haber abierto la puerta así —señaló su padre con su frágil voz—. Son más de las doce.

—Ya lo sé. Estaba medio dormida.

Tenía que pensar ahora con rapidez y apartar a Luke de su mente.

—Podríamos haber llegado hace más de una hora si tu madre no se hubiera empeñado en pararnos a cenar en un restaurante de verdad.

—Estabas agotado, querido —lo tranquilizó Jean Brady—. Simplemente no puede aceptar el cambio de ritmo.

—¡No me avisasteis de que veníais! —se quejó Francesca siguiéndolos por el recibidor.

—Bueno queríamos que fuera una sorpresa —explicó su madre de camino a la cocina—. Para ver cómo te iba. Hubiéramos esperado más, pero nos enteramos…

—De que has sido innecesariamente cruel con la pobre Betty —intervino su padre con ardor acercándose al frigorífico.

Había envejecido, notó Francesca, incluso en los tres meses desde que no lo veía. Sacó la leche y se dio la vuelta con una mirada apenada en la cara.

—Francesca, ¿cómo has podido? Me llamó llorando y se disgustó aún más cuando se enteró de que no me habías dicho nada. Lleva veinticinco años en la consulta y la has disgustado tanto en una semana que se ha visto obligada a dimitir. Está convencida de que lo has hecho a propósito, ¿sabes?

—Iba a decírtelo, por supuesto. Quería que me aconsejaras sobre qué regalo o liquidación debía darle.

—¡Bajo estas circunstancias, las dos cosas!

Estaba sonrojado y tenía la respiración jadeante. Francesca deslizó una silla de debajo de la mesa y casi le obligó a sentarse en ella.

—Pero estaba esperando a encontrar una sustituía porque pensé que te preocuparías si…

—A menos que consigamos que cambie de idea —intervino su madre—. Podría conseguirse si tu padre va y…

—Desde luego que lo intentaré. No es como había pensado pasar mi primera visita a mi hija en su nueva consulta, pero se puede solucionar. Conozco a Betty. Lo hará por mi bien.

—Pero papá, yo no quiero que vuelva —dijo Francesca desesperada—. Y me horroriza que te haya llamado para quejarse.

Fue ella la que sugirió retirarse, dijo que estaba demasiado acostumbrada a los viejos métodos como para acostumbrarse a los cambios y no discutí porque pensé que era verdad. Ni siquiera podía recordar traerme el café a la hora en que yo lo quería.

—¿Quieres decir que todo esto es por algo de tan poca importancia como un café? —preguntó Frank Brady de nuevo.

—Hablando de lo cual —intervino su esposa—, ¿dónde está el cacao, cariño?

—No hay.

—Pero si yo dejé dos paquetes enteros en febrero.

—Debe haberlo tomado Presten. Como a mí no me gusta el chocolate, no he comprado más.

—¿Así que he calentado esta leche para nada? Bueno eso sí es un engorro.

—¿De verdad que importa? —preguntó Francesca desesperada —. Es más de medianoche, papá. Necesitas descansar y yo tengo que meterme en la cama. Tengo un día completo de citas mañana y si encima me avisan por la noche…

—Oh, bien, en cuanto a eso, puedo sustituirte un par de horas por la tarde si quieres ir de compras con tu madre o echarte una siesta. Todavía no estoy acabado. Y estoy seguro de que a la gente le gustará verme, igual que a mí.

—¡Papá, no! ¡Estás agotado! Y esa es mi consulta ahora.

—Y de todas formas, Frank, estarás descansando toda la mañana y llevarás a la pobre Betty a almorzar, supongo.

—Llevarla a almorzar desde luego, pero no intentes convencerla de que se quede, papá. Ella está demasiado acostumbrada a ti y es demasiado leal. Está claro que valora mucho el maravilloso doctor que eras, eres…

—¡No sabía que se podía ser demasiado leal! —protestó Frank Brady.

—Bueno, siento que te disguste lo que ha pasado, pero ella debería haber hablado conmigo no llamar para lloriquearte a ti —sus padres la miraron sorprendidos por el tono de impaciencia—. Mirad, han sido ocho días muy largos. Lo siento. La consulta está a rebosar y estoy… realmente cansada. ¿Podemos acostarnos y ver cómo están las cosas por la mañana?

—Eso es un plan sensato —dijo Jean Brady dándose la vuelta hacia su marido.

A regañadientes, su padre asintió.

—Pon las tazas en su sitio. Tomaré café con leche por la mañana.

El restaurante Gables estaba casi vacío la tarde siguiente y la familia Brady fue tratada como huéspedes de honor.

Los habían instalado en la mejor mesa, frente al ventanal que daba al parque Buckhorn, y a Francesca le dio un poco de vergüenza que los turistas de las dos mesas más alejadas los miraran como si fueran a descubrir a alguien famoso.

Sin embargo, el estatus existía. Los Gables llevaban en la zona más de cincuenta años y el doctor Brady había traído al mundo a cada uno de los hijos del propietario, así como le había tratado a él de severas quemaduras años atrás por un accidente en la cocina.

¡Seguramente alguien debería sentir lo mismo por James Wilde! Francesca llevaba todo el día desesperada por preguntarle a su padre. Había dormido muy mal por la noche a pesar de estar agotada y durante todo el día no había podido dejar de pensar en lo que Luke le había dicho.

En ese momento, mientras saboreaba una deliciosa sopa de zanahoria y coriandro, era la primera oportunidad de sacar el tema y le empezaron a sudar las manos ante la idea.

—Me sorprendió descubrir que Luke Wilde tenía una consulta aquí cuando llegué —empezó con voz casual.

—¡Está loco por hacerlo! —respondió Frank Brady—. No podía creerlo cuando Betty me lo contó la otra noche. Pensé que la consulta Wilde estaría bien muerta y enterrada. Pero no te preocupes —hizo un gesto de frágil autoridad—. No puede durar.

—Oh, no estoy preocupada. Quiero decir que espero que dure. Aquí hay suficientes pacientes para dos doctores.

—Sí, pero esa es tu oportunidad de ofrecer un puesto a un asociado —masculló su padre con impaciencia—. Levantar tu propia consulta, Chessie. Pregunta por ahí Habla con compañeros tuyos y deja que uno te compre la mitad. Los tiempos se están poniendo difíciles, incluso en medicina. ¡Por eso trabajé tan duro! Para dejarte la consulta en la mejor situación que pudiera. Hace doce años, cuando empezaste los cursos premédicos en la universidad, empecé a crear la base de tus pacientes.

—¿Hace doce años? —estaba alucinada—. ¡Pero si te dije que iba a hacer obstetricia! Yo no tenía intención de…

—¡Oh, pero yo sabía que vendrías! Eso es lo que siempre había pretendido: dejarle la consulta a alguno de mis hijos.

—¡Pero papá, si prácticamente tuve que chantajearte hace tres meses para que te retiraras!

—De acuerdo, yo hubiera seguido más tiempo si hubiera podido,

pero tu madre y tú conseguisteis saliros con la vuestra. Soy como plastilina en tus manos, ya lo sabes.

Ella sí que se sentía utilizada por su padre.

—Una sociedad estaba fuera de lugar para mí —estaba diciendo su padre—. Yo siempre he sido muy terco y arrogante como para trabajar bien con nadie —se rió encantado—, pero a ti te iría bien. Así que piénsalo en cuanto estés relajada. Dame el placer de verte bien instalada, Chessie.

—Quizá a Luke Wilde le gustaría comprar la mitad —sugirió a propósito.

Necesitaba poner a prueba sus absurdas acusaciones de la noche anterior. Y, como había supuesto, su padre explotó:

—¡Esa es una sugerencia infame!

—¿Por qué, papá?

—Porque si quieres mantener tú el control, necesitas a alguien que no sea de aquí. Tiene que reconocerte como el asociado más antiguo, Francesca, y los pacientes serán tuyos. Ya te he dicho que los tiempos se están poniendo difíciles.

Extendió las manos, pero su gesto contradecía sus palabras. Estaban en un elegante restaurante y bien vestidos. Si la familia Brady podía permitirse aquello de forma habitual, como siempre había podido, los tiempos no podían ser tan duros.

—Con lo impopular que es Luke —insistió Francesca—, no tendría problemas en mantener a los pacientes que le destinara. A menos que esa impopularidad fuera inmerecida y la gente empezara a darse cuenta.

—¿Inmerecida? —dijo Frank sonrojándose de excitación—. ¡Por supuesto que es merecida! Conducía aquella terrible moto, abandonó el colegio…

—Hace quince años, papá. Y esas cosas no eran crímenes. Él ha cambiado, el viejo doctor Wilde está muerto y sin embargo, se ve asaltado por rumores que, por lo que yo sé, no tienen ningún fundamento.

—¡Eso es ridículo!

—Cosas como que el doctor Wilde era un borracho y le daba drogas a su hijo.

—Sí, y todo el mundo lo sabía.

—¿Todo el mundo? ¿Quién es todo el mundo? ¿Quién tiene alguna prueba concreta? ¿Y quién propagó la historia? ¿Tuviste tú algo que ver con eso, papá?

—Yo conocía las historias, por supuesto. La gente decía…

—Sé lo que la gente decía, pero no hay ni una sola prueba de

que fuera cierto y bastantes indicios de lo contrario. Te estoy preguntando si propagaste tú esas historias. O si las empezaste.

—¡Esa es una acusación terrible!

—¿Pero es verdad o no?

—Luke dejó embarazada a una chica. Yo mismo los vi un día en Wayans Falls. Entonces murió la chica dando a luz mientras la atendía el doctor Wilde. ¿No es eso una coincidencia? ¡Desde luego que no! Y la propia hermana de la chica dijo…

—¿Sharon Barón? Sí, la he conocido. ¡Tiene aspecto de ser muy fiable!

Francesca no había usado un sarcasmo así con su padre nunca y lo odiaba a pesar de la dura expresión de su cara.

—Fiable o no, parecía obvio que debía haber alguna conexión.

—Obvio —repitió Francesca—. ¿O sea que empezaste a contarlo como si fuera un hecho?

—¿Es que se me está juzgando de repente?

Miró a su madre.

—¡Por supuesto que no! Chessie, no sé por qué estás…

—Porque papá lo hizo deliberadamente, ¿verdad, papá? Magnificaste cada detalle y lo firmaste con tu autoridad profesional. ¡Y lo contaste como si fuera un hecho! Recuerdo que me dijiste que había perdido su licencia. Extendiste tantas dudas sobre el doctor Wilde que la gente dejó de ir a él y después se convirtió en un círculo vicioso. Con el ánimo destrozado, ya no pudo mantener la consulta en condiciones y eso en sí mismo era la prueba de su incompetencia o de su alcoholismo.

—Tú no lo entiendes, Francesca —se quejó Frank Brady—. James Wilde sólo estaba hecho para la medicina de familia, medicina general la llamábamos antes, yo tenía la capacidad de ser un especialista y lo hubiera conseguido si las cosas no hubieran ido mal en Harvard. La oportunidad que debía haber tenido yo fue a parar otra persona y tuve que dedicarme a la medicina rural. Pero yo siempre tuve mejor cabeza que James Wilde. Él acudía a mí cuando tenía dudas con algún diagnóstico. Y varias veces me confesó que había cometido errores. Un embarazo perdido, un cáncer que había diagnosticado como maligno y no lo era. Era mejor para el pueblo que mi consulta fuera la que tuviera éxito. Y mejor para ti también. ¿No crees que le debía a todo el mundo asegurarme de que la gente conociera siquiera la sombra de una duda acerca del doctor Wilde?

—No, no lo creo, papá.

—¡Bueno, pues necesitas endurecerte, entonces! ¡Debes empezar

a ver el mundo como realmente es! No hay sitio para el honor en ninguna parte. Yo lo sé desde mis tiempos de universidad, cuando Oliver Slade murió y la residencia que me había prometido fue a parar a un médico de Princenton.

—¡Eso fue un error! —le defendió Jean Brady con las mejillas sonrosadas de indignación—. ¡No debería haber sucedido! ¡Esa residencia debería haber sido tuya!

—Papá. Luke Wilde es un buen doctor y sin embargo, está fracasando aquí.

—Bueno, pues entonces no debería haber vuelto. La consulta Brady es la única que necesita este pueblo —se interrumpió—. ¡Ah! ¿Es esta mi ostra? —se dio la vuelta para sonreír a Vincente Carillo, que le estaba sirviendo personalmente como deferencia. Los afables modales de Frank Brady no traicionaban la tensión familiar de hacía un instante—. Tiene un aspecto estupendo, como siempre!

A Francesca le quedó poco por decir y era evidente que su padre daba por zanjado el asunto.

Lo padres de Francesca se fueron tres días más tarde. Su visita sorpresa no había sido un éxito en todos los aspectos. La señora Mayberry iba a irse de todas formas a final de semana, sólo que ahora estaba completamente convencida de que a Francesca no le caía bien y se comportaba como un ratón en presencia de un ogro ante ella.

Francesca nunca se había considerado un ogro y la situación le ponía de mal humor. También había sido horrible enfrentarse a los peores fracasos de sus dos padres. Por supuesto, que se había dado cuenta hacía años de la alta opinión que su padre tenía de sí mismo y de la poca tolerancia hacia la incompetencia de los demás, su poca capacidad para aguantar que le contradijeran y aquel vago resentimiento por una injusticia en sus años de estudiante.

También había sabido que su madre había apoyado y acrecentado todos sus defectos estando de acuerdo de forma esclavista con todo lo que él decía. Pero pensar que su padre lo había llevado hasta el extremo de arruinar la carrera de un colega le ponía enferma y a la noche siguiente de su partida llamó a su hermana Louise.

Louise se había casado y había ido a vivir a Canadá años atrás, pero como tenía ocho años más que Francesca, debía saber más de lo que había ocurrido en Darrensberg por aquella época en que ella era apenas una niña.

—Mira, Chessie —dijo con amabilidad por teléfono—, no te

olvides de que papá y el doctor Wilde siempre fueron rivales. No era unilateral de ninguna manera.

—No, eso ya lo sé.

—Al principio lo llevaron bien, creo. Hará unos treinta años. Se solían enviar pacientes el uno al otro y jugaban aquellas partidas de golf en el club de Wayans Falls. Fue más tarde cuando se puso desagradable. Papá no podía tolerar la forma de actuar un poco pasada de moda del doctor Wilde, pero sé que James también pudo propagar uno o dos rumores. De alguna manera, sin embargo, cuando Luke pasó por aquella fase rebelde, los rumores se hicieron más desagradables y empezaron a apestar. Papá tuvo bastante culpa, pero como lo demás, todo empezó a suceder de forma gradual y fue la señora Mayberry la que sumó dos, y dos y propagó las peores historias.

—¿Como lo de la bebida del doctor Wilde?

—Él se enorgullecía de ser un entendido en un tiempo, pero creo que había más rumores que bebida.

—¿Y la historia de la mujer que murió de hemorragia postparto?

—¿No lo habías oído?

—Yo tenía sólo quince años.

—Supongo que la señora Mayberry sigue propagando esas historias, ¿verdad?

—La verdad es que sí. Y creo que es sincera al respecto. Cree que está actuando bien.

—Y por supuesto papá también lo cree, aunque esté equivocado.

—Pero me da la impresión que la consulta de Luke no sobrevivirá al asalto.

—Pobre Luke —dijo Louise—. Siempre ha sido un chico estupendo. Si yo no hubiera sido demasiado mayor para él, aunque cuatro años ahora no parecen nada, hubiera pagado porque me diera una vuelta en aquella Harley suya.

—Te llamaré más a menudo ahora que estoy aquí de nuevo —dijo Francesca mucho más animada por la conversación—. Y en cuanto tenga tiempo, subiré a verte.

—¡Tienes que hacerlo! Montreal está a sólo unas horas de vuelo.

—Es que la consulta está atiborrada en este momento. Todavía no estoy acostumbrada.

—Si yo no tuviera seis hijos incivilizados, cinco de los cuales están en la adolescencia, iría a verte.

—Entonces nos tendremos que ver en Navidad en Florida, como siempre —dijo Francesca.

¡Gracias a Dios por lo animosa y sensata que era su hermana

Louise!

Capítulo 7

Había pasado una semana desde la noche en que Luke había salido de su casa con tanta frialdad y ni había hablado con él ni lo había visto. No, mentía: lo había visto por el rabillo del ojo dos veces al conducir por la calle State trabajando en el porche en las largas tardes de principios de verano. Enseguida se le habían contraído las entrañas de deseo y le inquietaba pensar que su propia incredulidad hubiera apagado su ardor por ella.

Y encima para haber averiguado tan pronto que el tenía razón, que su padre era el máximo culpable.

«Necesito disculparme», se dijo a sí misma el miércoles por la tarde. «No por nuestra relación porque puede que ya no tenga arreglo, pero quiero que sepa que si su consulta fracasa no será por mi culpa. Le escribiré. No puedo arriesgarme a llamarle y decir las palabras equivocadas».

Sería mejor a máquina. Mantenerlo a nivel profesional. Después de empezar varios encabezamientos consiguió por fin disculparse en una limpia página, cortés, contenida y formal. Cuando la sacó por la impresora, se fue al porche a leerla.

Era una noche oscura con nubes bajas, un poco de niebla y amenaza de tormenta. Se sentó en los escalones abrazándose las rodillas como cuando era adolescente dejando que el aire la despejara y viendo los coches pasar.

Entonces le pareció ver pasar la moto de Luke. ¡No podía ser que la tuviera todavía! Y llevaba el mismo casco negro. Pero había cientos de motoristas con Harleys y cascos negros. Cuando lo vio desaparecer hacia el mirador norte estuvo segura de que era él. Tan segura que se levantó, firmó y corrió hacia su casa. Silencio. No había nadie a la vista, sólo una luz en la parte trasera de la casa. De puntillas por el nuevo porche, metió la carta en el buzón.

¡Ya estaba! Aquello era el final. El beso de la semana pasada, así como el de quince años atrás y la anterior semana de pasión habían sido un sueño. Un sueño que ya se había acabado.

Luke encontró la carta después de volver de su paseo en moto. El nombre del sobre estaba escrito a mano y el contenido a máquina. ¿La firma?

Chess.

Y era una disculpa. Cortés, profesional y sincera. Se le contrajeron las entrañas de arrepentimiento al leerla. ¡Las cosas que

le había dicho aquella noche! Y realmente no tenía razón para acusarla de estar involucrada.

Se paseó inquieto por la casa escuchando el crujido de las viejas maderas.

¿Por qué había sido tan hostil desde que se había enterado que iba a volver? ¿Eran celos de que su consulta funcionara tan bien?

Dios, él no era un hombre tan bajo como para eso. Pero si no era eso, era…

Quince años atrás. Se remontaba a aquella época. La noche en que Frank Brady se había enfrentado a él en aquel precioso estudio cubierto de cuero y le había dicho:

—Ya sé lo que empezó la otra noche entre vosotros. Y va a acabar ahora mismo, ¿me entiendes? Ella es demasiado joven, tiene un futuro y tú… —le dirigió una mirada de desprecio—. Bueno, si averiguo alguna vez, si ella viene a mí y me dice que has estado tonteando con ella de nuevo…

La amenaza permaneció inconclusa, pero Frank Brady poseía autoridad real en aquellos tiempos y Luke no había tomado en vano sus palabras. Ni tampoco su sugerencia de que abandonara Darrensberg.

Aunque sólo eso no hubiera sido suficiente para hacerle desistir. Pero había creído muy decepcionado y disgustado que Chessie debía haberle pedido que lo hiciera. ¿Cómo si no iba a haber sabido Frank Brady que se habían besado? maldición, él había estado tan nervioso que hasta había mirado a las ventanas de arriba dos veces antes de hacerlo. O sea que Chess debía habérselo pedido a su padre en vez de decírselo a él personalmente. No la había creído tan cobarde. Una niña de papá.

Había abandonado el pueblo una semana después con la sombría idea de que allí no había nada para él ya que Chess había demostrado ser tan manejable.

Otros quince años habían pasado con bastante tragedia a veces, duro trabajo y reconciliación con la vida, pero cuando la había visto unas semanas atrás, la rabia, la decepción y el deseo se habían fundido en aquel hostil resentimiento. ¡Ella no había cambiado! Seguía siendo la pequeña princesa Francesca.

Había sido sólo su genuina confusión cuando él se había negado a que colaboraran profesionalmente lo que había abierto la primera grieta en su armadura y le había hecho volver a desearla todavía más que a los dieciocho años.

Apretó los puños de repente. O sea que había estado demasiado asustada como para enfrentarse a él a la cara. En aquella época, era

demasiado joven y había estado demasiado protegida, eso lo había admitido ella misma. Pero había cambiado y ahora no tenía nada que reprocharle.

Decidió entonces con toda la fuerza de su antigua terquedad que si había una sola oportunidad de sentirla contra su piel… la aprovecharía.

Chess no podía dormir.

—¡Qué típico! —gimió al dar la centésima vuelta en la cama y sentir la tela de algodón del camisón enroscarse contra su cintura. Y justo el día que necesitaba dormir en condiciones.

Al día siguiente, Dora, la hermana de Dixie, empezaría como nueva recepcionista y la firme y dulce heroicidad de la señora Mayberry de enseñarle todo a su sustituía aseguraban que el día sería un desastre y Francesca sabía que debía estar en plenas facultades.

Pero para su sorpresa, el día no fue un desastre y supo que había encontrado una joya de trabajadora cuando Dora dijo con toda sinceridad a la señora Mayberry:

—¿Ha bordado usted misma esa blusa que lleva? ¡Es preciosa!

¿Cómo no se le habría ocurrido a ella alabarle un poco su ropa hecha a mano? Porque la verdad es que era bonita y estaba esmeradamente hecha.

Porque siempre lo había dado por supuesto, imaginó. Después de todo, la conocía desde los cinco años.

Después de que terminaran la jornada laboral, un poco más tarde de lo habitual, hasta que Dora aprendió la rutina de cierre y revisión, Francesca condujo hasta Tilmstown, un pequeño pueblo precioso lleno de anticuarios que abrían hasta tarde en verano.

Pensando en al señora Mayberry y en su ropa, tuvo una idea magnífica de regalo de despedida aparte del generoso cheque de su padre. En el tercero de los anticuarios lo encontró: una gran caja de palo de rosa en perfectas condiciones con incrustaciones de nácar y maderas de diferentes tonos. No era barata, desde luego, pero la señora Mayberry se lo merecía.

Francesca estaba tan contenta de haber encontrado el regalo perfecto y lo llevó con tanto cuidado al salir del coche que no se dio cuenta de la presencia de Luke Wilde, sentado en la mecedora del jardín trasero hasta que lo tuvo delante.

Casi se le cayó la caja de las manos y cuando se le pasó el susto inicial, la posó bajo el árbol donde estaba la mecedora por no fiarse de su pulso.

—He recibido tu carta anoche —dijo él.
—Lo siento tanto Luke. Lo de…
—Ya lo sé. Ya lo decías en la carta.
Las palabras ya no importaban más. Ella estaba en sus brazos respondiendo con ansia salvaje al asalto de su deseo. Su boca se cerró sobre ella y sus manos empezaron una hambrienta exploración de cada parte de ella, los muslos, la espalda, el estómago y los senos a través de la blusa de seda.
Sí, llevaba seda de nuevo, una frágil barrera de tela que hacía poco por contener la intensidad de su caricia.
—¿Podemos entrar? —murmuró él después de reducirla a una masa de gelatina.
—Sí.
—¿Arriba?
—¡Sí!
Ninguno de los dos tenía ya paciencia.
—¿En qué habitación? —preguntó él al llegar a las escaleras.
—En mi habitación. ¡No! La cama es demasiado pequeña. En la habitación de invitados.
—¿Dónde…?
—Donde solía dormir Chris.
Por supuesto había sido redecorada también y los colores pasteles de estilo Victoriano eran un extraño contraste con la desinhibida pasión de ambos, si hubieran tenido tiempo de fijarse.
Pero no lo tuvieron.
Él estaba trajinando con su blusa, riéndose y gimiendo ante su propia torpeza y después de un momento apartó las manos para dejarla que se desabrochara ella misma, se deslizara la prenda por los hombros y buscara el cierre del sujetador.
—No, párate, Chess. ¡Déjame verte antes!
Ella se quedó paralizada con cosquilleos en la columna mientras su mirada ardía sobre ella. Había algo… increíble en ser observada con tanto deseo que inflamó su propia pasión y sus pezones, apenas ocultos por el encaje se endurecieron y pujaron contra la tela.
Luke dio un paso atrás y susurró con voz ronca:
—¿Por qué estamos corriendo así? Tenemos toda la noche y aún así, eso no va a saciar mi necesidad de ti.
Se acercó muy espacio y le deslizó los tirantes por los hombros hasta el profundo escote de sus senos haciéndola estremecerse.
—¡Oh, Chess!
Entonces le desabrochó el sujetador y abarcó sus senos con ansiosa suavidad frotando sus pezones ardientes entre sus dedos

hasta que las sensaciones llegaron hasta el fondo más escondido de su femineidad.

Después se inclinó hacia adelante y le rozó los labios con los suyos antes de deslizarlos de forma lenta y sensual para saborear sus senos, cada uno por turno, con exquisita delicadeza. Francesca gimió y se arqueó hacia atrás temblorosa de deseo de él y estiró las manos para arrancarle la camisa azul, pero él no la dejó.

—¡Párate! ¡Párate! Todavía no.

Y le apartó las manos para apretarlas a sus caderas deslizando las palmas a lo largo de sus brazos antes de pasarlas por sus senos con la misma suavidad del viento. Lo siguiente que sintió fueron sus dedos forcejeando con la cinturilla de sus pantalones y un momento después se los estaba deslizando junto con las bragas de encaje hasta que cayeron a sus pies. Entonces la asió por las caderas y el trasero y la atrajo hacia sí.

—Esto no es justo —jadeó ella—. Estoy desnuda y tú completamente vestido.

Pero sentirle así deseándola y sentirse más consciente que nunca de lo femenina que era… Sintió los senos más plenos, sus caderas más sinuosas y su pelo más flotante.

Luke la estaba apretando ahora contra la cama sin dejar de besarla y acariciarla saboreando con la lengua desde sus senos hasta sus caderas, la cremosa piel de la parte interior de sus muslos y enviándola a un trance de éxtasis. Sólo cuando estuvo tendida en la cama con el pelo desparramado a su alrededor, se alzó él para quitarse la camisa por la cabeza y los pantalones en cuestión de segundos.

Al mirarle, se le nubló la visión de deseo y descubrió que era tan atractivo como recordaba. Su piel tenía un color oliváceo natural y era suave como el melocotón excepto donde estaba salpicada de vello. Sus músculos eran tensos y redondeados y lo suficiente abultados como para resaltar su masculinidad sin ser excesivamente prominentes. Su cintura era estrecha y dura y sus caderas…, pero por el momento no pudo mirar tan abajo.

Ahora se había echado en la cama a su lado, frotando sus senos con el dorso de las manos con languidez.

Después de eso, ya no hubo sitio en su mente para los detalles y ninguno de los dos habló de llevarlo más despacio. Ella ni siquiera lo sabía. ¿Era aquello rápido o lento? ¿Había pasado mucho tiempo desde que él había atraído sus caderas contra sí, besado la redondez de sus senos y la había cubierto con su cálido y urgente peso para llevarlos a los dos hacia el alivio completo?

¿Habían pasado treinta minutos o dos horas? Apenas se enteró del hecho de que él había usado protección y los había cubierto a los dos con el edredón para yacer allí enroscados el uno al otro.

Unos momentos después, Luke estaba dormido y ella sonrió con languidez mirando al techo blanco de la habitación adorando la sensación del peso de su cabeza sobre su hombro. Pudo sentir su pelo cosquillearle en el cuello y su brazo cruzado sobre ella con la mano descansando en su jugoso seno.

Chess se sentía completamente saciada y contenta como para dormirse, pero con sólo tenerlo así, ya era feliz.

«Lo quiero», comprendió con el corazón rebosante. «Es una locura. ¿Cómo puedo saberlo en tan poco tiempo? Pero lo sé. Y no es tan poco tiempo. He sentido lo mismo desde que tenía quince años».

Y sentirlo ahora…

Los ojos se le empañaron de lágrimas y supo que pasara lo que pasara, atesoraría aquel momento como algo mágico.

Y así se quedó dormida para despertarse poco después y encontrarlo mirándola.

—Hola —dijo Luke.

—Hola. No quería hacerlo.

—¿Hacer qué?

—Quedarme dormida.

—¡Ah! Por un momento pensé que te referías a lo que hicimos antes de dormirnos.

—¡Oh, no! —le aseguró ella con ansiedad—. ¡No me refería a eso! No me arrepiento en absoluto,

—¿Tienes hambre?

La verdad es que sí, y puedo oler… ¡Luke! ¿Has estado abajo?

—¿Quieres decir que si he estado abajo desnudo? El sol se está poniendo por las ventanas de la cocina. Los *voyeurs* locales habrán tenido un espectáculo estupendo —extendió la bandeja con comida preparada en el microondas—. Pareces especialista en esto.

Ella puso una mueca.

—Empezaré a cocinar pronto. A veces cocino.

—Tengo que admitir que es muy práctico tenerlo a mano en ciertas ocasiones. También he encontrado algo de vino.

Le sirvió una copa de rico líquido rojo y ella se incorporó para tomarla y abrir la boca para el bocado de macarrones con champiñones que le estaba ofreciendo.

Era una maravillosa forma de comer, decidió. La luz se estaba poniendo y la lamparilla que encendió él ahora dibujaba largas

sombras sobre la blanca cama. Ninguno de los dos se molestó en vestirse y había algo profundamente erótico en comer desnuda con su nuevo amante tendido a su lado, su forma masculina contorneada y resaltada por el brillo dorado de la lámpara.

Cuando terminaron de comer fue inevitable que volvieran a hacer el amor, pero con menor urgencia esa vez encontrando tiempo para la palabras, los pequeñas juegos y el hambriento descubrimiento.

—¡Oh, Dios, Chess! —bramó él cuando la pasión se intensificó de nuevo—. Sabía que sería delicioso. Sabía que tu cuerpo me encendería, pero no podía creer que fuera así.

—Yo tampoco podía pensar que fuera así —dijo ella antes de que Luke la alzara sobre él para que sus caderas quedaran pegadas y sus senos rozaran el vello de su ancho torso.

No hablaron más durante una hora.

Esa vez, Luke no se quedó nada adormilado después.

—¿Lista para vestirte de nuevo? —preguntó apartando su cuerpo.

—¿Por qué?

—Porque hay algo que quiero enseñarte.

—¿Qué?

—Ya lo verás. Ponte algo cómodo. Unas mallas y una camiseta. Volveré en un minuto.

Él ya se había vestido aprisa y estaba saliendo de la habitación. Cuando se quedó sola, Chess recogió su ropa del suelo y se fue a su propia habitación de donde sacó una vieja camiseta y unas mallas sin molestarse en ponerse el sujetador.

A los pocos minutos estaba de vuelta sin la ropa de doctor. Iba vestido de cuero de la cabeza los pies, una pesada cazadora negra, pantalones negros con cremalleras a los lados y botas altas de motorista. Le pasó una bolsa grande.

—Este equipo es para ti.

—¿Qué vamos a…?

—Vamos a montar en moto, si te parece bien.

—Sí. Bueno, eso creo. Nunca he montado en moto. Él sonrió.

—Eso me parecía. Entonces será un premio para mí si lo disfrutas. Los pantalones se abrochan a los lados y puede que la cazadora te quede un poco grande.

—¿El cuero es obligatorio?

—Sí. Es peligroso no llevarlo.

—Las motos son peligrosas de todas las maneras.

—Ya lo sé, Chess, pero tiene que haber algún peligro en la vida.

Ella sonrió con inseguridad sin saber si creerle o no.

—Mira, ahora tengo mucho cuidado.

—No tengas demasiado, Luke. Siempre me gustó esa faceta peligrosa tuya.

Sus miradas se prendieron. Con la cazadora él tenía los hombros más anchos y sus fuertes muslos brillaban bajo el cuero negro. La vieja camiseta apretada de ella no podía ocultar el hecho de que sus pezones estaban erectos de nuevo y Luke sintió otra oleada de deseo.

Con las manos temblorosas, Chess se puso la pesada cazadora y se la abrochó antes de meterse los pantalones.

—Los cascos están en la moto. Ah, de paso, te dejaste un paquete fuera. Te lo he traído.

La cara caja de costura de la señora Mayberry. A Chess le sorprendió haberla olvidado, pero sólo pudo soltar una carcajada.

—Oh. Bueno.... por suerte esto no es Nueva York. Allí ya me la hubieran robado.

—¿Lista? Entonces vamos.

—Hasta anoche no sabía que todavía tenías la moto.

—¿Anoche?

—Te vi pasar con ella.

—En las tardes de verano a veces no puedo resistirme.

Supuso que eso era parte de lo que quería hacer esa noche, una parte del regalo que pensaba ofrecerle: su cuerpo ya había sido un regalo y ahora quería que disfrutara de algo que para él debía ser un auténtico placer.

La noche tenía la temperatura perfecta para dar un paseo así, suave después de un día caluroso y con amenaza de tormenta según las previsiones. Cuando empezaron a acelerar, la brisa empezó a refrescarla por el cuello de la cazadora. El cuerpo de Luke la protegía y Chess adoraba estar enroscada así a su cintura.

Se dirigieron al norte hacia los bosques montañosos que se extendían a lo largo de kilómetros cruzados por docenas de carreteras donde las preciosas cabañas frente a los lagos contrastaban con las feas casas móviles apartadas de las atracciones escénicas.

Cuando pasaron la segunda de aquellas carreteras aisladas, Luke redujo bastante la velocidad al llegar a una zona de piedras antes de subir por un camino sinuoso cubierto de agujas de pino.

Cuando paró del todo, se quitó el casco y Francesca le imitó agitando el pelo.

—Solía venir mucho aquí. Conocía cada una de estas carreteras

como la palma de mi mano. Estaba un poco loco en aquella época y a veces tomaba las curvas demasiado fuerte. E incluso me quitaba el casco para sentir el viento en la cara. ¡Ahora no lo haría ni de loco! Una noche —continuó pensativo—, venía por esta carretera. Justo al pasar la curva está… bueno, lo verás un minuto, la casa de los Barón. Sharon ya se había ido y la señora Barón había muerto un año o dos antes. Quedaba el padre y los otros hijos. La más joven, Tilly, debía tener diecisiete años.

—¿Tilly?

—Pastille. Yo la conocía. Frecuentaba los bares a los que yo solía ir. Era bastante bonita aunque no mi tipo. Y tenía bastante mala fama también. Esa noche, justo ahí en la curva, vi un bulto en el suelo. ¡No pasé por encima de milagro! Y era Tilly arrastrándose en un reguero de sangre intentando llegar a la siguiente casa carretera abajo, que está a unos setecientos metros.

—¡Oh, Dios!

—Tenía una fuerte hemorragia. Había intentando deshacerse del bebé, pero lo había dejado para demasiado tarde y quien quiera que la hubiera ayudado, que nunca lo averiguamos, había desaparecido. Su padre estaba en la cama y Carón se había llevado a Daron a visitar a unos amigos. Y la casa no tenía teléfono. Yo no sabía qué hacer. La subí a la moto y conseguí llevarla a su casa y echarla en una cama. Le di agua y salí disparado a buscar a mi padre. Él llamó a la ambulancia, pero había mucho lío aquella noche y tardaría cerca de una hora. Mientras tanto, vinimos lo más aprisa que pudimos. Fue la primera y última vez que mi padre montó en mi moto, pero llegamos demasiado tarde. No se podía hacer nada. Sharon apareció entonces y empezó a gritarnos que habíamos matado a su hermana.

—Y lo sigue creyendo.

—Ya lo sé, pero se niega a escuchar la historia verdadera. Pero Carón sabe la verdad.

—No necesitas contarme todo esto, Luke. Ya te dije en mi carta que te creía.

—Ya lo sé. Supongo que no te resultó nada fácil escribirla. Yo también odié tener que decirte lo que había hecho tu padre, herir tu inocencia.

—¡No, Luke! —se abrazó con más fuerza a su cintura Seguían sentados en la moto y Chess le frotó la mejilla con la suya—. ¿No te ha convencido lo de esta noche de que soy algo más que una protegida niña de quince años? La semana pasada he tenido que aceptar algunas cosas duras de mis padres, pero ya tengo treinta

años y soy una mujer madura. No te olvides de eso, por favor.

—De acuerdo. Y sí, tu argumento de esta noche es bastante convincente.

Los dos se rieron.

—Ahora en serio, Luke. Tú has heredado un mal paquete con tu consulta, pero lo que yo he heredado tiene también su parte mala. Incluso ahora que es un enfermo crónico, mi padre quiere que el éxito que yo consiga sea en sus propios términos. Y piensa visitarme a menudo para asegurarse de que lo hago correctamente. Cuestionará todos los cambios que yo haga y voy a tener que luchar lo mismo que tú tienes que luchar contra los falsos rumores.

—Ya me gustaría a mí tener tus problemas…

—No, Luke. Esto no es una competición de dureza. Digamos que tenemos algo en común, eso es todo.

—¿No crees que podemos conseguir que salga bien? —preguntó él en un susurro.

—Eso espero.

—Yo… bueno, ya que estamos aquí podemos visitar a Carón y al bebé —dijo él después de un momento.

—Estupendo.

De nuevo, Francesca le imitó y se puso el casco agarrándose a su cálida cintura cuando aceleró por la oscura carretera. Unos minutos más tarde, Luke se detuvo frente a una destartalada casa móvil y colgó los dos cascos en el manillar.

—Tiene mejor aspecto por dentro —le informó.

Un delgado hombre curtido de unos cincuenta años abrió la puerta y palmeó a Luke en la espalda con aprecio.

—¡Hola, doctor!

—Hola, Jim. Pasábamos por el vecindario y decidimos haceros una visita.

—¿Vecindario? Eso sí que es gracioso. Aquí no hay ningún vecindario.

El que había hablado era un hombre más joven con una redonda cara agradable y Francesca pensó que debía ser Daron, el hermano retrasado.

Cuando Luke y ella entraron, comprobó que el interior estaba limpio y recogido, aunque los muebles eran baratos y la televisión el objeto más apreciado de la casa. Era enorme.

Carón se alegró al verlos. Estaba sentada en una mecedora de vinilo frente al aparato dando el biberón al niño y después de saludarlos enseguida dijo a la defensiva:

—Me asustó darle el pecho, doctor Wilde. No sabía si tenía

suficiente leche, así que lo dejé al cabo de una semana.

—Bueno, no todo el mundo puede dar el pecho, pero tiene buen aspecto, Carón. ¿Cómo va la cicatriz?

—Todavía me duele a morir si me muevo muy aprisa. Supongo que no quiero que Norah engorde muy rápido. Pero Dios, si es…

—Sí, es la doctora Brady.

—Supongo que yo soy la responsable de su incisión.

Daron se rió de nuevo, pero cuando paró frunció el ceño y se llevó la mano derecha al brazo izquierdo, que tenía vendado.

Luke también se había fijado.

—¿Algún accidente?

—Oh, se cortó en la cocina, ¿verdad, Dar? —dijo Caron—. Abriendo una lata. Le dije que tuviera cuidado ¿verdad, Dar?

—Sí, sí, me dijiste que tuviera cuidado.

El hombre asintió obediente. Debía estar en la mitad de la treintena, un poco mayor que Luke.

—Llevas una venda muy grande —observó Luke.

—Es para que la «pupa» se me cure antes. Tu «pupa» también se está curando, ¿verdad, Sissy? —dijo Daron.

—Eso es, Dar —contestó su hermana.

—La echaremos un vistazo, ¿quieres?

—¡Oh! ¿Quiere decir a mi herida? Sí, si quiere. Y al bebé también. Hum, ¿nos cobrará por la visita?

—No, esta es una visita social.

Daron también debió encontrar aquello divertido porque se rió. La herida de Carón estaba cicatrizando bien y los puntos no mostraban señal de infección. El niño también estaba saludable y Luke le examinó el cordón umbilical y la pequeña circuncisión que había preocupado a su madre.

—Está precioso, Carón —dijo con sinceridad Luke—. Estás haciendo un trabajo estupendo.

Carón sonrió y le dio las gracias, pero estaba distraída y Francesca notó que Daron estaba quejándose y ya no atendía a la televisión ni se reía.

—Quiero otra pastilla, Sissy.

Su hermana frunció el ceño.

—Te daré una cuando se hayan ido los doctores, ¿de acuerdo?

—¡Pero me duele ahora!

—Es por el corte. No soporta el dolor y odia la sangre, ¿verdad, Darry?

—Sí —dijo él.

Carón se levantó con esfuerzo.

—Bueno, los doctores querrán irse a casa. ¡Es tarde y ellos no se quedan toda la noche viendo la tele como nosotros!

Se rió.

Luke y Francesca se dirigieron a la puerta comprendiendo que deseaban quedarse solos y un minuto más tarde, después de despedirse estaban al fresco aire de la noche.

—Es un camino muy bonito hasta casa. Cuesta abajo y algunas curvas estupendas —dijo Luke—. Te gustará.

Sólo por ir enroscada a su cintura iría hasta por un desierto, pensó Francesca.

Capítulo 8

Al arrancar, los dos escucharon el sonido de un trueno muy cercano y Luke dijo:

—A ver si hay suerte y no nos mojamos.

Pero era demasiado tarde. La lluvia llegó enseguida con unas gotas de aviso y al cabo de un rato estaba lloviendo a jarros. Se subieron los cuellos de las cazadoras, pero al llegar a casa tenían el cuello empapado y la lluvia les había empapado por dentro. Los dos se sacudieron bajo el porche con la cara brillante de agua bajo la luz que ella había dejado encendida antes de salir.

—Te dejaré en tu casa, aunque preferiría tenerte en mi cama. Así la señora Mayberry no tendrá nada que decir cuando fisgue mañana.

Pero ella no podía soportar que se fuera y le agarró el brazo chorreante.

—¡No!

—¿No?

—Por favor. Al menos entra y sécate un poco.

—Me gustaría algo más.

—A mí también.

Francesca abrió la puerta con dedos temblorosos y se quitaron la ropa de cuero en el mismo porche. Ella pensó enseguida en los troncos que siempre tenía preparados en la biblioteca de su padre. Incluso en verano, las montañas hacían que a veces las noches fueran frías se fue directamente allí, encendió la pequeña lámpara de Tiffany, buscó las cerillas y prendió el fuego.

—¿Qué estás haciendo, Chess?

Luke la había seguido y estaba contemplando las llamas.

—¿No tienes frío?

—No, pero me alegro de que lo enciendas porque la idea de quitarte esa camisa mojada…

No se molestó en terminar.

Se había acercado hasta su camisa mojada y la estaba deslizando despacio hacia arriba mientras le susurraba al oído:

—Hum. Ahí fuera en el porche, bajo la luz era completamente transparente y la forma en que el frío y el agua te habían erizado los pezones… Si me hubieras mandado a casa… Estaba intentando disimular, porque no pensaba irme de ninguna manera.

—Pues conseguiste engañarme.

Las llamas empezaron a calentar los pliegues mojados de la camisa que Luke no se había molestado en quitarle del todo, como

si estuviera impaciente por acariciarla.

Francesca se estremeció al sentir sus manos, calientes y alzando y frotando sus senos, rozando cada uno de los pezones con unas caricias muy suaves antes de que por fin, con inmensa ternura, le deslizó la camisa por la cabeza.

Ella le hizo lo mismo, deslizando las uñas acariciantes por los duros contornos de sus músculos y entonces se abrazaron el uno al otro bajo la luz del fuego durante lo que pareció una eternidad, vestidos sólo con los pantalones… hasta que éstos desaparecieron también y ellos cayeron a la espesa alfombra y se perdieron en una mezcla intemporal de sensaciones y descubrimientos.

Debió haber pasado una hora cuando despertaron Francesca desorientada al principio por encontrarse desnuda en una alfombra frente a un fuego agonizante y ni siquiera pudo descifrar qué era el sonido hasta que Luke dijo:

—Te están llamando por el busca.

—¡Ah!

Chess se desperezó al instante saciada de deseo y buscó sus pantalones, donde tenía el busca. Pero cuando lo miró no había ningún aviso en la pantalla y el pitido venía de otra parte.

—¡Bueno, aleluya! ¿Quién iba a creerlo? Debe ser el mío. Eso justificará haber pagado por el servicio este mes.

Era la primera nota amarga de toda la tarde y Francesca sintió que se le encogía el estómago mientras le observaba mirar su busca. Sentía frío de nuevo y se acercó más al fuego, pero estaba tan mortecino ya que no calentaba apenas.

—Hay un teléfono en la mesa —le ofreció.

Luke asintió, descolgó y marcó el número de su servicio. Chess no podo evitar admirar aquel magnífico cuerpo desnudo, de espaldas a ella, mientras Luke preguntaba detalles de la llamada y hacía unas rápidas preguntas. Entonces marcó el número de su paciente.

—¿Tom? Soy Luke. ¿Cuánto tiempo lleva con dolores?

Al escuchar aquello, Francesca no perdió un minuto más. Sin hacer ruido, salió de la habitación y subió a vestirse. El frío se le quitó al ponerse unos pantalones de lana, un jersey de angora y ropa interior seca.

Lo siguiente que hizo fue sacar una camisa y un jersey de su padre y bajar a dárselos a Luke con rapidez.

—Toma. He supuesto que sería urgente.

—Estupendo —con los pantalones ya puestos y las botas, Luke se puso enseguida las prendas que le había llevado.

—Es la mujer de mi amigo Tom, Jackie. Parece que está de parto de verdad por lo que me ha contado Tom. Y todavía le faltaban seis semanas más. Y son gemelos. Pero no ha habido síntomas. Yo mismo la he monitorizado y no ha tenido contracciones, así que no le recomendé reposo completo.

Frunció el ceño como dudando de su diagnóstico y ella se mordió el labio sin saber si ofrecerle apoyo profesional o no. Como tantas veces pasaba en medicina, diferentes doctores tenían opiniones diferentes. Algunos hubieran recomendado a una mujer con embarazo gemelos que mantuviera reposo total y otros no.

—¿Qué está pasando?

—Voy para allá ahora mismo. Está en la cama. Puede que consigamos detenerlo o puede que no, pero de todas formas llamaré a una ambulancia equipada. No quiero que Tom conduzca con esta tormenta. No lleva muy bien las crisis. Cuando nació su hija se salió de la carretera camino del hospital. Después nos reímos y él sigue contando la anécdota, pero…

—Luke…

—¿Puedes llevarme a casa a buscar el maletín? Con esta lluvia…

—Iré contigo. Déjame. Y podemos llevar mi equipo, así no perderemos tiempo. Lo tengo todo preparado para partos en casa porque puede pasar de imprevisto.

—Ya lo sé. En invierno, cuando las carreteras están bloqueadas por la nieve, las cosas te pueden pillar bastante por sorpresa —todavía pareció vacilar un momento—. De acuerdo. ¿Por qué no? Usaremos tu equipo e iremos directamente desde aquí.

Estaba a solo cinco minutos en coche, pero para, cuando metieron el equipo en el coche, recorrieron las calles saturadas de tráfico y llegaron a la casa de Tom y Jackie Bailey, el parto había avanzado y no hacía falta ser un experto para saber que no tenía retroceso. De hecho, el nacimiento parecía terriblemente cercano.

—Llama a la ambulancia, Tom —le dijo Luke a su viejo amigo que todavía arreglaba motos y tenía un taller y una gasolinera en Darrensberg.

—¿No está…? ¿Y los bebés?

Estaba pálido y tembloroso y parecía enfermo.

—Todo saldrá bien —le animó Luke agarrándole por los hombros—, pero tendremos que llevar a los bebés directamente al hospital en una ambulancia especialmente equipada para que los metan en la incubadora! Mira, yo llamaré. ¿Francesca?

—Sí —asintió ella—. Yo preparé el equipo.

—¿Está dormida Abby? —preguntó Luke.

—Sí —dijo Tom calmándose un poco ante la mención del nombre de su hija—. Parece increíble, pero no ha oído nada. Ni los truenos ni esto.

—Entonces, lo único que tendrás que hacer es estar con Jackie. La doctora Brady yo nos encargaremos del resto.

Tom dirigió una atenta mirada en dirección a Francesca.

—¿Es la doctora Brady?

—Ha cambiado un poco, ¿verdad? —murmuró Luke entrecerrando un poco los ojos antes de hacerle un guiño.

—No es eso, Luke. Pensé que os llevabais fatal. ¡Oh, Díos! Eso no tiene importancia ahora, ¿verdad?

Luke hizo la llamada al hospital mientras Francesa se iba al cuarto de baño a lavarse las manos con cuidado antes de examinar a Jackie entre las contracciones que eran cada vez más frecuentes.

—Sí, estás muy dilatada —dijo—. Siete centímetros, cerca de ocho y tienes la cervix como el papel de fumar, por supuesto. Estos niños van a ser de mucha ayuda si tienen tanta prisa por venir al mundo ya.

La señora Bailey emitió una ansiosa carcajada. Era muy guapa y morena y Francesca recordó que había estado en el colegio dos cursos por encima del suyo. Había sido una de las chicas más guapas y populares y ella nunca se había atrevido a hablarle. Sin embargo, sus papeles eran muy diferentes ahora.

—Doctora Brady, ¿saldrá todo bien, verdad? ¿Dónde está Luke? ¿Podrán sobrevivir los bebés?

—Podrán y lo harán —prometió Francesca cruzando los dedos —. Los examinaré ahora con este estetoscopio especial y entonces se hará cargo Luke porque sé que eso es lo que quieres. Ahora relájate e intenta aguantar para que llegue la ambulancia antes de que nazcan, ¿de acuerdo?

—¿Aguantar? —Jackie gimió ante otra contracción—. Estás de broma, ¿verdad?

—No, no lo estoy.

Cuando la contracción desapareció, Francesca escuchó los dos corazones y sonaban bien, pero la intensidad y duración de las contracciones eran preocupantes. Aquellos dos bebés estarían mucho más a salvo en el vientre de su madre la media hora crítica que tardaría en llegar la ambulancia.

Luke ya había vuelto, le apretó las manos a Jackie y murmuró:

—¡Aguanta ahí! —le dirigió una mirada interrogante a Francesca y ella le resumió lo que había examinado—. ¡Eres demasiado eficiente en esto, ese es el problema! —bromeó con su

paciente. ¡Tienes que esperar más!

—¡Oh, eres cruel, Luke!

—¡Oh, no le gustan mis modales al lado de la cama, Tom.

—A mí me da igual los modales que tengas, pero que esto salga bien, ¿de acuerdo?

Durante veinte minutos, la tensión fue en aumento con cada contracción, los dolores eran cada vez más intensos y todos supieron lo que pasaba cuando dijo:

—Estoy sintiendo… Estoy sintiendo como si tuviera…

Y la ambulancia no había llegado todavía. Ya no tenía sentido que aguantara. De hecho, había peligro en que lo hiciera porque un gemelo prematuro en seis semanas no necesitaba el estrés añadido de un viaje retrasado por el canal uterino.

Luke se preparó para atender al parto mientras que Francesca se preparaba para tratar con los bebés. Tom agarró la mano de su mujer y ésta empujó gimiendo del esfuerzo.

La cabeza del primer bebé salió cuando un fuerte trueno rasgó el aire y tras él se oyó la sirena de la ambulancia.

—¡Oh, gracias a Dios! —murmuró Tom.

Francesca pensó lo mismo. Aquello significaba un transporte apropiado, oxígeno y equipos de monitorización.

El niño, Alex, ya había salido por completo. Respiró bien por sí mismo y gritó con ganas mientras su madre lo abrazaba un instante. Quizá no necesitaran ya el equipo de la ambulancia.

Las cosas avanzaron con rapidez. Francesca succionó al bebé por segunda vez y lo examinó colocándolo en la cuna caliente que había aparecido como por arte de magia porque Luke había dejado la puerta principal abierta.

—El niño está perfecto, Jackie —animó Francesca a la madre jadeante y llorosa.

Pero cuando Luke se acercó, su tranquilidad no era muy genuina y le susurró a Francesca:

—El siguiente viene de espaldas. Yo nunca he traído ninguno de espaldas. ¿Y tú?

—Una vez y lo he visto hacer un par de veces, pero…

—Entonces el honor es todo tuyo, Francesca.

—Pero…

—Aquí no hay sitio para el ego —decidió él con firmeza—. La prioridad es la experiencia profesional y esta especialidad es la tuya.

Francesca no discutió. No se atrevía. Y aparte, con la descarga de adrenalina ante el gemido de Jackie cuanto tuvo una nueva

contracción de renovada intensidad, sintió una oleada de calidez. Luke había confiado en ella ahora y la colaboración profesional que ella había deseado estaba ocurriendo aunque fuera sólo en una emergencia.

La espalda del niño estaba avanzando, como debía ser. El pequeño trasero estaba fuera y ella metió los dedos para flexionar cada rodilla y sacarle las piernas aprovechando el tiempo entre contracciones.

—De acuerdo. Empuja ahora, Jackie. ¡Con todas tus fuerzas!

Jackie estaba temblando y gimiendo con tanta fuerza que eran casi gritos, pero su gran esfuerzo produjo resultados. Con sólo una ligera tracción, Francesca fue capaz de sacar la cabeza a salvo.

—¡Lo has conseguido, Jackie! ¡Enhorabuena!

Luke succionó al segundo bebé que empezó a respirar por sí solo, aunque tardó mucho más que su gemelo. A Francesca le encantó la forma en que lo hizo Luke, con una suave estimulación que hizo que Jackie y Tom no sospecharan nada del corto momento de incertidumbre. El torso, un poco azulado, empezó a tomar el color rosáceo de un bebé saludable y el color empezó a extenderse por las piernas. El bebé era sin embargo casi un kilo más pequeño que su hermano.

—Son los dos tan preciosos —estaba diciendo Jackie—. Mis niños. Abby se volverá loca con ellos. ¡Verás qué sorpresa se lleva por la mañana! Oh… supongo que no estarán aquí por la mañana.

Los oficiales de la ambulancia ya estaban preparando a los bebés para sacarlos a la pequeña unidad neonatal que tenían fuera. Aunque, por su tamaño y estado, Francesca pensó que no tendrían una estancia larga en el hospital.

—Tampoco estarás tú aquí, Jackie —dijo Luke mientras el segundo niño, Max, era colocado en la cuna caliente.

—¡Oh! ¿Tengo que ir de verdad? ¿Ahora que ha pasado todo? ¿No podrías vigilarme tú? Sólo quiero descansar y verlos lo antes posible. ¿No podrían tenerme sólo veinticuatro horas?

Todo se solucionó en los siguientes cinco minutos, mientras que Francesca ayudaba a preparar a los bebés para su transporte y Luke sacaba la placenta y la examinaba cosiendo la rasgadura que Jackie se había hecho en el segundo nacimiento. Jackie se quedaría bajo los cuidados de Luke. Con fluidos, descanso y monitorización, podría ir por la tarde a Wayans Falls y albergarse en una casa especial cercana al hospital para padres con niños hospitalizados.

La ambulancia ya estaba lista para irse y no hubo acontecimientos en el viaje. Los niños estaban dormidos, sus signos

viales eran buenos y su saturación de oxígeno la correcta con la asistencia de las campanas de oxígeno. En el hospital, Francesca dejó a los bebés al cuidado del personal de prematuros, les pasó el historial y avisó de que el doctor Wilde acudiría por la tarde con la madre. Después tomó un taxi.

La tormenta ya se había pasado. Eran poco más de las seis de la mañana y ya estaba amaneciendo y la humedad de la lluvia nocturna había dejado la hierba mojada. Bostezó sintiéndose feliz. No había tenido oportunidad de despedirse de Luke, pero se había sentido tan cerca de él que no había hecho falta. Habían trabajado como un buen equipo esa noche en el maravilloso nacimiento de los gemelos.

Ya no tenía tiempo de acostarse. Apenas había dormido una hora en los brazos de Luke y tenía un largo día por delante con sólo un café para reanimarse. Pero de alguna manera, la fatiga no le parecía un problema esa mañana. La felicidad, descubrió, daba mucha energía para quemar.

Capítulo 9

Las lágrimas empañaron los ojos de Betty Mayberry y a Dixie y Dora les resplandeció la cara al verla.

—Pero esto deber haber costado… —empezó la vieja recepcionista.

—No importa lo que haya costado. Tú te lo mereces —le dijo Francesca—. Y hay un regalo de mi padre dentro.

Estaban todas comiendo, en los Gables, por supuesto, para celebrar la despedida de la señora Mayberry. Dixie sacó su propio regalo: una colección de discos compactas de los musicales de Broadway preferidos de Betty.

Francesca ocultó un bostezo con la mano. No podía evitarlo aunque era una falta de educación en un acto como aquel. Les había resumido por encima la noche a las tres, pero por supuesto, había omitido el descanso en la alfombra con Luke.

Aquella era una ocasión emotiva y la tensión se había aliviado bastante, pero Francesca se alegraría cuando Betty se hubiera ido. Eso significaría un nuevo comienzo.

Y un nuevo comienzo con Luke también… El bostezo se transformó en una sonrisa igualmente privada.

El almuerzo se prolongó un poco y cuando llegaron a trabajar ya tenían dos pacientes, dos mujeres mayores, esperando en la puerta. Cuando les explicaron el motivo de la tardanza, la irritación se les pasó. Las mujeres llevaban bastantes años en la consulta y conocían bien a Betty.

—¿Y qué harás ahora, Betty? —preguntó una de ellas—. No pensaba que te retiraras tan pronto.

—Bueno, un poco antes de lo planeado —dijo la señora Mayberry—. Pero en cuanto a lo que haré, intentaré convencer a Alan de que se retire para irnos a vivir a Carolina del Sur si podemos.

—¿De verdad? Mi hermana y mi marido tienen una casa allí.

La tarde continuó con el mismo ambiente de despedida hasta que la señora Mayberry hizo su último ritual de cierre un poco llorosa.

Francesca, bastante agotada, se cambió enseguida y se puso un vestido de tela vaquera sin mangas y una camiseta de color cereza y cuando fue a la cocina a tomar un zumo frío de naranja se encontró a Luke en el porche trasero.

Con el corazón desbocado, le abrió la puerta.

—No conseguía decidir si esto era una visita profesional o

personal —la saludó—. Quería darte las gracias por lo de anoche.

Tenía las manos metidas en los bolsillos de unos viejos vaqueros y la camisa lo bastante abierta como para revelar una mata del vello que Francesca adoraba. No entró.

—¿No podrían ser las dos cosas?

Habían hecho el amor tres veces el día anterior. Eso flotaba en el aire entre ellos, en la forma en que ahora no se tocaban y en cómo desviaba la mirada. Aquello era todo muy nuevo y la luz del día dibujaba una luz muy diferente que la de la noche.

—Las dos cosas, seguro. ¿Cuál de ellas antes?

—Hum… ¿Cuál va a durar más?

—La parte personal, espero —los dos sonrieron y la tensión desapareció—. ¿Te apetece dar una vuelta?

—¿En la moto?

—No. En la moto no puedo hablar contigo ni mirarte.

—Pero yo te puedo tocar —sugirió ella con picardía.

—Sí y esos suaves brazos tuyos en mi cintura me hacen muy difícil la concentración.

—Entonces será mejor el coche.

—Y si te apetece darte un baño, tráete el bañador. Tengo toallas atrás.

Hizo un gesto hacia el coche aparcado tras su garaje, así que Chess preparó el bañador, el busca y el teléfono móvil, cerró la casa y salieron conduciendo durante veinte minutos hasta llegar al diminuto y privado Lago de las Truchas, donde un amigo de Luke tenía una moderna cabaña de madera con grandes ventanales que daban al lago.

Luke tenía una llave de la casa, pero ni se molestó en entrar, simplemente bajó a la arena ya que todas las casas del vecindario estaban cerradas y no era probable que pasara nadie.

Hacía un día precioso. No del todo húmedo y con un cielo azul salpicado de alguna pequeña nube algodonosa. La superficie del lago estaba lisa como una balsa y en el campamento de verano de la orilla de enfrente se oían los exuberantes gritos de los niños en el agua.

Conscientes el uno del otro, pero sin la urgencia del día anterior, se pusieron los trajes de baño y entraron en el agua fresca sin decir nada que traicionara el estado de las cosas entre ellos hasta que Luke comentó con voz acariciante:

—El rosa fuerte te pega mucho.

—Y el negro a ti.

En ese momento, dio unas brazadas y la tomó en sus brazos para

besarse con ansiedad, sabiendo que no podían hacer mucho más, pero contentos sólo con las largas horas que les quedaban juntos.

Luke era un buen nadador, descubrió Francesca unos minutos más tarde al verlo avanzar a fuertes brazadas hacia el embarcadero. Cuando ella llegó por detrás, le tendió la mano y la ayudó a saltar.

Todavía hacía sol y se tendieron para quitarse el frío del agua.

—¿Sabes algo de los gemelos? —preguntó ella con pereza.

—Sí, están bien. Los tendrán monitorizados durante varios días, pero si no hay problemas volverán enseguida a casa. Y Jackie también está bien. Las vitales normales, la contracción de útero va bien y la hemorragia ha cesado. Se fueron al hospital alrededor de las cuatro. Abby ya no podía esperar más.

—Es estupendo. Me alegro, tanto que todo haya salido bien después del dramático comienzo.

De repente, Francesca no pudo soportar no tocarle. Se incorporó y se inclinó sobre él deseándole, pero sin saber qué decir.

Luke también se sentó y estiró la mano para rozarle el pelo primero y retirarle los mechones mojados tras las orejas. Entonces se acercó más y deslizó los dedos a lo largo de la línea de su escote antes de rozarle las clavículas, las suaves prominencias de sus senos y el valle entre ellos.

Sólo entonces la besó, lentamente y por completo. Ella cerró los ojos y sintió que el mundo entero languidecía, el calor del sol y el calor de su cuerpo casi imposibles de distinguir.

—Me gustaría despojarte del traje de baño, deslizarme en el agua contigo y abrazarte ahí. Pero no me atrevo, porque sé que perdería el control. ¿Es… demasiado machista por mi parte que te sugiera que nos vayamos? De vuelta a mi casa y…

—¡Por favor! —suplicó ella con tono ferviente.

Dentro de la parte privada de su casa, que ella no había visto nunca, encontró las cosas como las había esperado: limpia, un poco barata, con necesidad de reparación en algunas partes y con algunas cosas bonitas que había conseguido mantener en su dura vida. Como el edredón antiguo indio hecho a mano con un estampado glorioso.

Pero tuvo poco tiempo de admirar el edredón, porque él lo apartó al instante y se dio la vuelta hacia ella sonriendo.

—Cuando me gusta tanto estar contigo, hablar contigo, ¿por qué siempre tengo tanta prisa para hacer esto?

—Quizá será mejor que lo averigüemos —murmuró ella con una mezcla de deseo y turbación.

—Chess.

Se acercó a ella y después de eso nada tuvo importancia salvo la perfecta unión de sus cuerpos.

Chess se hubiera quedado así toda la noche, pero Luke se levantó bastante pronto desenroscando las piernas de las de ella y pulsó el reloj radio al lado de la cama para ver la hora.

—¡Siempre me pasa lo mismo contigo! ¡Siempre llego tarde!

—¿Tarde para qué? —preguntó ella un poco dormida estirándose como un gato.

Pero él ya se había ido después de ponerse unos calzoncillos azul marino y unos segundos más tarde, le oyó bajar las escaleras. Su partida la despejó y la dejó con curiosidad. ¿Para qué llegaría tarde?

Seguramente volvería enseguida.

No esperó para descubrirlo, sino que se vistió aprisa y bajó también. ¿Y si tenía… una cita o algo así? Al menos quería despedirse antes de volver a casa.

Luke estaba en su despacho. Escuchó sonidos procedentes de aquella dirección. Con la idea de que podía tener una cita, entró en silencio a la sala de espera para no interrumpir nada, justo a tiempo de verle sacarse una aguda aguja del antebrazo.

En el umbral de la puerta lanzó un gemido y él alzó la vista al instante para ver su cara de horror. ¿Qué le había contado la señora Mayberry? Ahora lo había visto ella también.

Luke estaba tan inmóvil como ella ahora y la miraba con el ceño fruncido. Sus palabras fueron disgustadas y huecas:

—No confías en mí, ¿verdad?

—Sí, yo…

—No. Se puede ver en tu cara como un libro abierto.

—Dime, Luke —suplicó ella desesperada—. Dime la verdad.

—No soy un yonki, Chess. Soy diabético, insulino dependiente.

Demasiado tarde, siguió su mirada y Chess vio el frasco de insulina en la mesa.

Luke se dio la vuelta para tirar la aguja y la tapadera de la papelera crujió. Recordó el familiar sonido la primera vez que había estado en su despacho unas semanas atrás. Y ahora entendía por qué había tenido que tomar comida y zumo en medio de la crisis de Carón Barón, porque se acabaría de meter su inyección de insulina. Por eso a veces le había oído decir: Tengo que comer. Chess lo había interpretado como mera ansiedad o hambre.

Todo encajó al instante, sin embargo, había pasado aquellos horribles segundos de duda. No mucho, pero lo bastante para destruir todo a juzgar por la amarga decepción de la cara de Luke.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Iba a hacerlo. Probablemente esta noche. Sólo esperaba el momento oportuno.

—¿Por qué no antes?

—Bueno, por inseguridad, supongo. Ha habido un par de mujeres que me dijeron que no les importaba, pero luego les importó. Así acabó mi última relación.

—A mí no me importa —él se encogió de hombros como si ya no le importara—. De verdad. Además supongo que ya lo tendrás bastante controlado.

—Mucho. Lo llevo controlando desde los diecinueve años.

—Y aunque no lo tuvieras, yo también soy médico. No me asustan las…

—Ese no es el asunto en este momento, Francesca —la cortó con impaciencia—. Y lo sabes. ¡Lo vi en tu cara! Tu primer impulso fue creer los peores rumores. Sólo viste una aguja y ya pensaste que era un yonki. Te preguntarás por qué no digo que soy diabético. Pues bien, primero no es asunto de nadie y segundo, crearía más escepticismo. Alguna gente cree que un médico que no puede curarse a sí mismo no puede curar a nadie. Con el tiempo se sabrá, por supuesto, pero espero que para cuando la gente me haya aceptado por mis propios méritos.

—Tienes todo del derecho a estar enfadado.

—No, no es enfado. Es peor que eso. Me siento decepcionado. De la misma forma que hace quince años cuando fuiste corriendo a tu papá después de que te besara y le pediste que me echara porque tú no eras capaz de hacerlo.

—¿Correr a mi padre? ¡Yo no hice eso! ¡Nunca le dije nada!

—¿No?

—¡No!

Luke se encogió de hombros de nuevo. Ese gesto era enloquecedor.

—Te estás equivocando, Luke —dijo con voz tensa—. Y si no me crees, entonces los dos tenemos razones para estar enfadados y decepcionados, ¿no crees? Y tienes razón. Por un segundo dudé de ti y busqué en los rumores una explicación para lo que estaba viendo. Ha sido una gran equivocación por mi parte, pero es evidente que no soy la única que saca conclusiones precipitadas. Hubiera preferido morirme a contarle a nadie lo de nuestro beso. ¿Y de verdad me considerabas tan débil como para someterme a todos los deseos de mi padre?

—Yo…

—Quizá los dos tengamos muchos prejuicios para que esta relación sea algo más que sexual.

—Eso está empezando a parecer.

—En ese caso, yo lo dejo, porque para mí no es suficiente. Cuando hay problemas entre la gente, cuestiones de confianza y de compromiso, el sexo no resuelve nada.

—No, eso es cierto —acordó él.

—Lo que significa que no hay más que decir.

Esa vez Luke no replicó y medio minuto más tarde, Francesca se encontró sin una sola pista de cómo iba a lograr quitarse a Luke Wilde de la cabeza.

Capítulo 10

Aquella noche, el bebé que Francesca llevaba esperando decidió venir al mundo. Los padres primerizos que dirigían un hostal en el lago Piper le llamaron a las nueve y media de la tarde y Lauren Gioco llevaba ya cerca de cinco horas de dolores regulares cada cinco a ocho minutos.

—Sí, ¿por qué no venís y la examino antes de volver a casa unas cuantas horas más o al hospital? —preguntó Francesca aliviada de tener alguna distracción—. Sí, traiga la bolsa del hospital, porque es probable que tenga que ir directamente.

Cuando examinó a la excitada madre en presencia del solícito padre, estaba ya dilatada cuatro centímetros y los dolores eran cada vez más intensos.

Los Gioco se fueron al hospital y Francesca se quedó inquieta porque sabía que esa noche recibiría una llamada de madrugada.

A las diez se fue a la cama, ya que no podía hacer otra cosa y a las cuatro la despertaron de un profundo sueño desde Wayans Falls para avisarle que estaba a punto.

—Ahora mismo voy.

¿Por qué se sentía tan deprimida, con necesidad de anestesiarse otras veinticuatro horas de sueño al menos? Estaba claro, por Luke.

El bebé de los Gioco, una saludable y preciosa niña, Carina Marine, nació a la seis de la mañana.

Y ya tenía tres semanas cuando Francesca vio a Luke de nuevo.

La llamó para preguntarle si podían tratar juntos a otra paciente que acababa de visitarle para confirmar su prueba de embarazo.

—Es una diabética insulino dependiente —dijo con tono profesional por teléfono—. Otra refugiada de Nueva York, así que un poco escéptica de que la traten en un pueblo. Con tus conocimientos de obstetricia y mi experiencia en diabetes podremos hacer que las cosas salgan bien, ¿no te parece?

—¡Oh, sí!

Era evidente que él estaba ya dispuesto a apartar sus diferencias personales por el bien de sus pacientes, así que repitió con más firmeza:

—Sí, me parece bien. Podemos consultarnos por teléfono siempre que sea necesario. ¡Y esperemos que no sea muy a menudo!

¿Qué estaba diciendo él?

—Sólo por curiosidad. Esta pareja son amigos de los Saltman. ¿Le dijiste a Eric Saltman que vinieran a mí?

—No le he dicho nada a Eric Saltman, pero mi nueva secretaria

le está diciendo a la gente que no acepto más pacientes nuevos hasta que vea que cupo tengo y esté organizada. No sé si habrán ido a tu consulta primero o a la mía.

Estaba contenta consigo misma por lo profesional que había sonado.

—Bien. Me pondré en contacto para esta nueva paciente y ella te pedirá una cita dentro de unas semanas para un chequeo prenatal adecuado.

—Bien, gracias entonces —terminó ella apresurada antes de colgar para llamar a Dora.

—¿Puedes venir ahora mismo?

La eficiencia de Dora era cada día más visible. El café le llegaba a la hora, no había lágrimas y las habitaciones rosa y azul habían sido pintadas de color crema.

—Aunque me da la sensación de que seguiremos llamándolas la habitación rosa y la azul por el resto de nuestros días —dijo Dixie al examinar el resultado.

—¿Sí, doctora Brady?

—Sólo por curiosidad —se dio cuenta de que había repetido las mismas palabras de Luke—. ¿A cuántos pacientes has rechazado últimamente?

—¡Oh, no a muchos! Sólo un par esta semana. Y otro par de turistas que decidieron ir a Wayans Falls. Por otra parte, sin embargo…

—¿Sí, Dora?

—Ha habido varias solicitudes últimamente de pacientes que solían ver al viejo doctor Wilde y han pedido sus historiales para volverse a apuntar de nuevo. Pero como me dijo que rechazara a la gente de todas formas, no le he dado demasiada importancia. ¿Debería haberlo hecho?

—No, está bien.

—¿Eso era todo?

—Sí, eso es todo.

—Porque creo que Dixie ha pasado a la señora Barkin a la sala azul y le ha examinado las constantes vitales.

—Gracias, Dora. Ahora mismo iré.

Así que la gente estaba empezando a ir a la consulta de Luke. Se lo merecía y ella no iba a amargarse ni ponerse rencorosa como para intentar arruinársela como había hecho su padre con el de él.

Porque… maldición, porque le amaba, comprendió asombrada. Quería verlo triunfar, no fracasar.

Con el paso de los días se fue haciendo más evidente que acabaría triunfando. Lynn Parker seguía con él así que evidentemente había podido pagarla y ahora se rumoreaba que Betsy Schwab había empezado a trabajar con él de enfermera. Francesca no podía evitar mirar hacia su casa cada vez que pasaba y el avance era espectacular.

Los postes del porche estaban todos arreglados y el jardín estaba empezando a ser cuidado, por el mismo Luke, suponía. En ese momento, había dos pintores en la casa rascando y arrancando las viejas maderas para sustituirlas por nuevas. En un par de semanas, el blanco y verde musgo de que había hablado Luke volverían a ser realidad.

Y ella había empezado a oír nuevos rumores también.

—¿Sabía que era diabético? —le preguntó Dixie un día—. Lynn Parker me lo dijo. Quizá de ahí salieran esos rumores de que se metía drogas. E incluso aquel asunto sobre Pastille Brown, ¿quién puede saber la verdad de lo que sucedió? Yo desde luego, confío en Luke Wilde mil veces antes que en Sharon Barón.

Estaban ya a mitad de julio y Louise y sus hijos habían ido a visitarla, lo que había sido una distracción bienvenida. Pero cuando se fueron, Francesca se quedó pensando en la perspectiva del otoño y el invierno sola. En invierno era cuando se necesitaba a la familia para dar un cálido centro a tu vida y ella se empezaba a sentir extrañamente descentrada. ¿Se reducía todo a eso? se preguntaba a menudo. Tenía su consulta, tenía éxito, le encantaba estar de vuelta en las montañas, pero, ¿eso era todo? ¡Oh, Dios! ¡Tenía que olvidarse de él!

Por esa época empezó a aceptar citas. Salió con un periodista amigo de los Satman que estaba de vacaciones y con el propietario del segundo mejor restaurante de Darrensberg, el Lorenzo's. Las dos veladas habían sido muy agradables, pero ninguno de los dos hombres le había pedido que saliera de nuevo. Quizá porque no hubiera podido hacer acopio del entusiasmo suficiente como para animarlos a repetir.

Mientras tanto, seguía asistiendo a la paciente diabética de Luke, Verónica Little, y hablaba con él de su caso. Se encontró un par de veces con él en el supermercado y algunas veces se cruzaron en los pasillos del hospital, pero eso fue todo.

Entonces, a principios de agosto, un sábado por la tarde, sonó su busca cuando estaba sentada en la mecedora del jardín leyendo una novela romántica. No le costó nada interrumpir la lectura. Leer le suponía últimamente más anestesia emocional que otra cosa.

Cuando llamó al servicio para que le dieran el teléfono, averiguó que se trataba del reverendo Peter Epperley, al que había atendido de una uña encarnada tres semanas antes.

—Hay una mujer que parece tener… es decir, me ha dado la impresión de que se ha desmayado en mi iglesia. Al principio pensé que estaba dormida y después borracha. Pero no la puedo levantar ni mover porque se ha caído entre dos bancos. Podría ser quizá alguna reacción a alguna medicación. ¿Puede venir?

—Desde luego. ¿Pero me puede decir algo primero? ¿Está respirando? ¿Le ha examinado el pulso?

—Sí, está respirando bastante rápido y el pulso también me ha parecido rápido. Y tiene un extraño olor, pero no a alcohol, es como a frutas.

¡Frutas! La clásica descripción de un coma diabético.

—El asunto es que es una mujer bastante corpulenta, con exceso de peso y yo tengo sesenta y cinco años y no estoy con buena salud. No estoy muy seguro de que entre los dos podamos arreglárnoslas. Tuve una hernia discal hace unos años.

—Voy ahora mismo para allá, reverendo Epperley —aseguró Francesca con firmeza sin saber si sería una crisis seria que requiriera hospitalización inmediata.

Sin embargo, hizo acopio de una buena cantidad de suministros, incluyendo inyecciones intravenosas y medicamentos para varias posibilidades esperando que fuera una falsa alarma mientras conducía hasta la iglesia episcopal de Trinity.

Francesca reconoció al instante a Sharon Barón caída boca abajo en el espacio entre los dos últimos bancos. Sharon había acudido a visitarla varias veces desde la primera visita tres meses atrás con una sarta de quejas que provenían directamente de su insano estilo de vida y sus malos hábitos alimenticios, aunque ella sólo reconocía y quería que Francesca se lo arreglara al instante.

—Esta mujer es paciente mía, reverendo y creo que está sufriendo una subida de azúcar. Por favor llame inmediatamente a la ambulancia y al doctor Wilde.

Se dio cuenta al instante de que había alarmado al reverendo mientras intentaba escurrirse entre los dos bancos para examinar a Sharon.

—¡Oh, Dios ¡Debería haber tomado esto más en serio!

—Usted no tenía por qué saberlo —dijo ella mientras el padre se apresuraba a ir a llamar a la sacristía.

Luke llegó a los cinco minutos mientras que Francesca y el reverendo seguían forcejeando para sacar a Sharon de aquella

trampa.

—No podemos seguir así —estaba diciendo ella—. Tendré que ponerle la inyección en el pie porque tiene los dos brazos atrapados. Pero con lo alta que tiene la diabetes, la circulación en los pies será terrible. Y le haré la prueba de glucosa en el hombro.

—¿No podéis moverla? —fueron las primeras palabras que anunciaron la llegada de Luke.

—No. Estaba a punto de abandonar.

—Está en una posición terrible.

—Ya lo sé, pero es obesa.

—Entre los tres… ¿están estos bancos apuntalados al suelo, padre?

—No, pero pesan como muertos.

—Vamos a intentar correr este.

Funcionó, pero no fue fácil. Luke consiguió levantarlo, pero entré Francesa y el reverendo sólo consiguieron arrastrar el otro extremo.

—De acuerdo, vamos a por el segundo.

Consiguieron apartarlo los centímetros cruciales para poder rodar a Sharon en el suelo de la iglesia y tener acceso a su cara, su corazón y las venas de los brazos.

Ahora podían trabajar los dos más aprisa. Francesca revisó los signos vitales de Sharon y confirmó que estaba en coma. Entonces pinchó el dedo de la mujer y le midió el nivel de glucosa.

—Está por las nubes. Por lo menos 8000.

Luke ya le estaba inyectando la aguja en el brazo y asintió sin alzar la vista. La obesidad de Sharon hacía que resultara difícil encontrarle la vena.

—¿Cómo tiene el pulso?

—Alto.

—¿Tienes insulina?

—Sí.

—Y puede que su PH sea muy bajo, pero eso lo dejaremos hasta que la haya admitido.

—Le pondré la dosis habitual.

—Sí, adelante.

Mientras tanto, el reverendo estaba tras ellos retorciéndose las manos con nerviosismo cuando ellos llegaron al punto de no poder hacer nada más salvo esperar a la ambulancia.

—Aquí está —anunció Luke al escuchar la sirena.

Salió aprisa afuera para dirigir a los hombres con la camilla. Transportar a Sharon no resultó fácil, pero lo consiguieron y

entonces Francesca le dijo a Luke un poco a la defensiva:

—No hace falta que vengas. Es mi paciente.

—Ya lo sé, pero te acompañaré de todas formas.

Ella no podía mirarle. No tenía sentido que sintiera aquella punzada de amargura. Pero no podía evitarla y tuvo que parpadear para contener las lágrimas que le empañaban los ojos.

¿Las habría visto él? No lo sabía. Luke trepó a la parte trasera del vehículo y le ofreció el brazo para que le siguiera.

Sharon Barón estaba aprisionada entre ellos y el tener que monitorizarla constantemente hizo imposible ninguna confrontación. Era una lástima tener que estar con él de aquella manera. Una auténtica lástima.

«No, piensa en tu paciente. Sé profesional».

Sharon todavía corría peligro de un ataque al corazón, pero parecía que su tratamiento de urgencias hubiera llegado justo a tiempo. Diez minutos antes de llegar al hospital abrió los ojos y se agitó.

—¿Sharon? Hola Sharon. Estás bien. ¿Te acuerdas de lo que pasó?

—No.

—Ahora estás bien. Te estamos llevando al hospital. El nivel de azúcar te subió por las nubes y te desmayaste, pero te encontramos a tiempo.

—Hum…

—¿Nos puedes decir qué día es hoy, Sharon? —preguntó Luke.

Ella esbozó una débil sonrisa.

—Es día de bingo. Sábado. He ganado cuarenta dólares. ¡Eh! —de repente intentó sentarse, pero tuvo que desistir—. ¡Es usted! ¡Luke Wilde!

—La doctora Brady me avisó para ayudarla en un caso de urgencia.

Ella sólo lo miró en silencio durante un largo rato consiguiendo poner nerviosa a Francesca. Debería haber previsto aquello y haberse negado a que Luke la acompañara. El estado de Sharon era serio. Cualquier alteración emocional…

—Han pasado años desde que no le echaba un buen vistazo. Supongo que me ha salvado la vida, ¿es eso lo que está diciendo?

—Sí, lo ha hecho —aseguró Francesca.

—Tilly estaba loca por usted. Ahora lo entiendo. Y como solía ir a nuestra casa todo el tiempo… Fue por entonces cuando empezó a ponerse muy misteriosa. Mi madre estaba muerta y todo me tocaba a mí. No podía permitir que Tilly correteara por ahí como una

furcia, pero lo hacía de todas formas. No era difícil de imaginar. ¿Y qué podía hacer yo? ¿Era usted el padre del crío?

—No. Sólo me gustaba conducir por aquellas carreteras.

Ella lo miró de nuevo con la cara fruncida y los ojos interrogantes.

—Supongo que le creo. ¿Qué podía haber visto usted en Pastille, de todas formas? Entonces debió ser Harry Petty el que se la tiró. Ella, estaba loca por él también. Y yo también hasta que lo encerraron en Dannemora por asalto a mano armada —se detuvo—. Es curioso que ya no me importe. Pero entonces estaba muy colgada por él y Pastille lo sabía, así que cuando me dijo que el crío era suyo, pensé que sólo estaba intentando fastidiarme. ¡Eh! ¿Si fuera a su consulta, podría darme algo para bajar el azúcar?

—Eres tú la única que puede hacerlo, Sharon —contestó Luke.

—¿Eh? Vaya, ya va a decirme lo mismo que todos los demás. ¡Todos iguales! Los pagas para que te curen y te dicen que te cures tú mismo. Pero te siguen cobrando por hacerlo…

Cayó en silencio de nuevo con la respiración agitada y Francesca le apretó la mano.

—No hables ya más, Sharon. Sólo descansa, ¿de acuerdo?

Llegaron al hospital unos minutos más tarde. La ingresaron por urgencias y la llevaron a cuidados intensivos porque su estado era mucho menos que satisfactorio.

Luke y Francesca siguieron ocupados un buen rato más, anotando recetas, historial y todos los detalles del episodio. Los dos acordaron que quizá lo único bueno que aquel drama pudiera traer fuera que Sharon se asustara lo suficiente como para prestar atención inmediata a un educador de diabetes.

—Aquí es crucial el cumplimiento —le explicó Francesca al jefe de equipo—. Necesita insulina y quizá puedan empezar a dársela en el hospital… Sólo está cubierta por un par de días y puede que si lo ve menos alarmante de lo que creía, ella misma empiece después a ponérsela.

—Haremos lo que podamos.

—Creo que yo ya he terminado —dijo Francesca,

—Hasta la vista.

El jefe de residentes hizo un gesto para despedir también a Luke, que no había dicho una sola palabra en los últimos minutos. Eso no le había sorprendido a Francesca, pero de repente sintió que algo no iba del todo bien, y dirigió una mirada incisiva y profesional hacia él.

Luke estaba sudoroso, pálido y tembloroso.

—Luke, ¿estás teniendo una reacción de insulina?

—¡Por supuesto que no! —fue la irritable negativa que en sí misma ya era síntoma del estado que estaba negando.

—Yo creo que sí —insistió ella—. Dime, ¿cuánto ha pasado desde que…?

Pero era demasiado tarde para hacer preguntas. Con un giro brusco y un rápido estiramiento del brazo para agarrarse a la pared, se desplomó en el suelo.

Capítulo 11

No fue un colapso serio. Enseguida le inyectaron glucosa y recuperó la conciencia y se tomó unas galletas con queso para meter hidratos de carbono que le proporcionarían azúcar de absorción lenta.

El sudor, la palidez y los temblores desaparecieron a los pocos minutos. La irritabilidad sin embargo…

—Bajaré a la cafetería —dijo con dureza.

—Te acompaño.

—No, por favor.

—¡Eh! Se supone que con la glucosa debería haber desaparecido la irritabilidad.

—Déjalo, Chess. No había tenido una reacción como esta en doce años. Simplemente no tengo reacciones como esta. Lo tenía todo controlado. ¡Es vital en mi profesión!

—Luke…

—Déjalo, Francesca.

Ella admitió la derrota.

—Voy a visitar a un par de pacientes y después tomaré un taxi. Si quieres volver conmigo, te espero dentro de media hora.

Uno de sus pacientes estaba dormido, así que Francesca se pasó la mayor parte del tiempo esperando.

Luke apareció a los veintinueve minutos.

Cuando llegaron a casa de Francesca, él salió también y ella alcanzó la puerta principal. Se dio la vuelta hacia él sin saber qué decir. Dos meses atrás se habían separado enfadados. Los dos habían hecho acusaciones y suposiciones y ninguno había dado su brazo a torcer.

El aire estaba ahora cargado de electricidad entre ellos, exactamente igual que quince años atrás.

Pero aunque ella estaba sin habla de la intensidad de lo que sentía, él no.

—Francesca, me niego a aceptar lo que dijiste hace dos meses y voy a luchar todo lo que tenga que luchar por recuperarte.

Ella tenía la llave en la mano y se quedó paralizada hasta que la mano de él se posó sobre la suya.

En cuanto estuvieron dentro, Luke la volvió y la apretó contra su pecho.

—Empezaré con un hecho: vivir sin ti me está matando. Lo que me pasó hoy con el nivel de azúcar es sólo el resultado de estar tan obsesionado por ti. Cuando no estoy trabajando, estoy

malditamente distraído. Me olvido de las horas de la insulina y de las revisiones de azúcar que deberían ser y son una segunda naturaleza para mí. ¡No puedo seguir así! Me equivoqué hace dos meses: tú tenías todo el peso de los prejuicios del pueblo sobre ti y aún así sólo desconfiaste unos segundos.

Luke tenía el hombro apoyado contra la puerta y se inclinó alto y poderoso a pocos centímetros de su boca.

Su beso duró una bendita eternidad, consiguiendo una respuesta en todas las terminaciones nerviosas de ella. Casi dolorida de deseo y felicidad, Francesca le rodeó el cuello con los brazos y se puso de puntillas para besarle la cara, saborearle, jugar con sus labios y apretarse contra su fuerza masculina.

Luke se estremeció y gimió y ella sintió su cálida respiración abanicarle el pelo.

—Escucha —dijo él deslizando las manos con abandono sobre su cuerpo antes de alzar la barbilla para mirarla fijamente con aquellos imposibles ojos azules que ella adoraba—. A riesgo de precipitarme, me gustaría dejar clara mi posición.

—¿Sí?

Francesca no podía creer que fuera a decir nada desagradable, aunque su tono la asustó.

Estudiando la cara que amaba para descifrar su estado de ánimo vio el brillo de amor en sus ojos y una definitiva sensación de decisión.

—Punto uno: Creo que una sociedad médica entre marido y mujer puede funcionar. Punto dos: me gustaría tener niños antes de los cuarenta. Punto tres: si aceptas mi apellido, cambiaremos el nombre de la consulta, venderé mi casa y me trasladaré aquí contigo. Y punto cuatro, que quizá debería haber sido el primero: Francesca Brady, quiero que te cases conmigo antes de que me mates.

—¡Uh! ¿Debo responder a esas cuestiones en orden? —preguntó con un guiño de picardía, con el corazón desbocado y la cabeza embriagada.

—¿Mejor en orden inverso?

Él ladeó la cabeza con gesto de súplica.

—De acuerdo: en orden inverso. Punto cuatro: categóricamente sí.

Fue imposible seguir hablando durante unos cuantos minutos, pasados los cuales, él le recordó el punto tres.

—No quiero ponértelo como un ultimátum, cariño, pero tiene sentido, ¿no crees?

—Francesca Wilde —murmuró ella—. Sí, suena bien.

—Me refería a la cónsul…

—Y el Centro Médico Familiar de Darrensberg, asociados Wilde y Wilde.

—No te lo hubiera sugerido si mi consulta no estuviera levantándose cada día más. Para cuando formalicemos el arreglo, espero entrar en igualdad de condiciones.

—Luke, tú ya estás mucho más que igual. En cualquier otro sitio no hubieras pasado por lo que has pasado aquí e incluso aquí, estás consiguiendo cambiar los prejuicios de la gente. La gente ya cree en ti ahora y en cuanto a mí…

—Es tu fe la que me mantiene vivo, princesa —murmuró él antes de esquivar la bofetada de broma que ella dirigió a su oreja.

Pero los dos se estaban riendo. Aquellos fantasmas del pasado ya no tenían el poder de hacerles daño. Unas horas más tarde, Francesca le preguntó pensativa mientras enterraba la barbilla en su nombro desnudo:

—¿Cuántos años antes de los cuarenta quieres tener hijos?

—Hum… Punto dos, quieres decir.

—Eso creo.

—Bueno, veamos… ¿Qué te parece a los treinta y cinco?

—Pero Luke…

—¿Qué?

—Si ya tienes treinta y cuatro.

—Ya lo sé —dijo divertido antes de atraerla a sus brazos de nuevo.

Fin